

Más que  
amigos

EL FINAL

Tres  
Deseos  
HAGAN LIBROS REALIDAD

por  
Carolina Salvo



Más que Amigos  
Mili  
*Un nuevo comienzo*

Por  
Carolina Salvo S.

**“Más que amigos”**

Parte 2: Mili, un nuevo comienzo

Autor: Carolina Salvo S.

©Todos los derechos reservados

DDI N° 278317

ISBN 978-956-9779-20-6

©Editorial Tres Deseos Ltda.

Primera Edición, Mayo 2017

Diseño de portada: Catalina Salvo S.

Ilustración: Mauricio Pérez Gómez.

Modelos portada: Javiera Vallejos Sierra y Esteban Saá Font.

Fotografías Originales : Fernando Lobos Miralles.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra sin previa autorización del autor, ya que se encuentra debidamente inscrita en el Registro de Propiedad Intelectual de la ciudad de Santiago de Chile.

Desde la última vez que te vi...

Esa tarde Tobías me dejó en la puerta de mi edificio, no subió, pero nos besamos por una última vez...

De mis ojos caían lágrimas que no podía, ni quería contener. Despedirse duele y mucho.

Subí hasta el segundo piso arrastrando las pisadas; me sentía cansada, había dejado algo que realmente amaba. No sé cómo seguiré viviendo con esta decisión...

Entré en el departamento y por un instante me hubiese gustado que allí no hubiese nadie para llorar mi pérdida tranquila, pero Francis me esperaba. Él no dijo nada, esperó paciente a que yo dijera la primera palabra y eso no pasó hasta siete días después. Estuve siete días sin hablar, siete días odiándome por tomar aquella tortuosa y masoquista decisión, y estuve siete días ignorando los mensajes de Tobías que no dejaban de llegar a mi celular... Siete días...

¿Algún día terminará todo esto?

## Marzo, 2013

A ún no han pasado dos meses desde que Tobías me dejó por última vez en las puertas de mi edificio ubicado frente al Gran Parque forestal. Han pasado casi dos meses desde ese último beso que a diario revivo en mi cabeza para no olvidarlo. Mis ganas de volver a verlo no desaparecen, al contrario, son cada día peor y eso empeora mi ánimo al punto de hacerme insoportable. Toda mi vida es de color gris y se pone en negro cada vez que Tobías llama a mi teléfono con la esperanza de que algún día le conteste. Hoy, eso terminó.

Francis se quedó sorprendido al entrar en mi cuarto y encontrarme mirando el vaso de agua que tenía en la mano. Mi iPhone yacía en el interior sin señales de vida. En ese momento él supo que debía hacer algo. Lo miré, no sé con qué cara, sólo sé que necesitaba desahogarme.

—Tobías insiste en llamar, no puedo soportarlo más... —dije sin dejar de mirar el vaso.

—¿Y tu teléfono pago las consecuencias? —preguntó, y muy calmado caminó hacia mí.

—¡Me estaba volviendo loca...! —Francis lo miró y luego suspiró.

—Creo que ya es hora de que consigas uno nuevo, con un número nuevo por supuesto —yo apenas sonreí, y luego él continuo—, deberíamos ir a celebrarlo... —Levanté mis cejas ante su proposición, o él estaba loco o yo no entendía su humor. Llevaba encerrada en mi departamento desde que volví de mi huida a la playa, sólo salía al trabajo y los asuntos sociales se los pasaba a mi amiga Vicky que me reemplaza feliz, ella ama ir a mis eventos y aunque no es relacionadora pública, tiene más labia que cualquiera que se jacte de hablar de corrido.

—No lo sé, Francis, aún no soy muy buena compañía —dije sin ganas.

—Para mí, sí lo eres.

—¿Aún no entiendo por qué sigues aquí? Vas a terminar con depresión.

—Ya te lo dije, me iré cuando tú no me necesites más.

—No... —Me detuvo callando mi boca con sus dedos, seguro sabía que diría una estupidez sin pensar.

—No digas que no me necesitas, porque si yo no estuviera aquí te alimentarías sólo de café, galletas y Coca cola.

Sí, eso es verdad; odio cocinar y a él eso se le da natural, además casi nunca tengo hambre y como sólo cuando estoy con Francis presente, el resto del día sólo ingiero cafeína.

—Además... —prosiguió—, te prometí que no te dejaría hasta verte sonreír —mi cara forzó una sonrisa mostrándole mis dientes—, pero una de verdad —dijo serio.

¡¡Ufff!! Para eso sí que hará falta un milagro...

—Francis, de veras, te agradezco que estés aquí conmigo, pero tú también tienes que seguir con tu vida, tus cosas, tus viajes...

—Todo eso ya lo he hecho —dijo acercándose hasta donde yo me encontraba, me quitó el vaso que aún tenía en la mano y se sentó frente a mí—. Ahora quiero estar aquí, contigo.

Lo que dijo fue tan tierno que debería sentirme alagada, esas palabras deberían enamorarme en menos de contar hasta tres, pero no. Por mi vida había pasado un tornado llevándose todo lo bueno que tenía, así que por ahora mi lado romántico no existe, se fue, se perdió, caput... Pero, por otro lado, pensé que una noche de mojitos no estaría nada mal.

—Ok —dije de pronto—, esta noche salimos.

Llegamos a un lugar ubicado en un sector muy concurrido y bohemio del Barrio Bellavista. Francis tenía claro donde quería ir y no se atrevió a pedir mi opinión, sabe que siempre elijo lo contrario a lo que a él le gusta, así que yo cerré mi boca y me dejé llevar. Doblamos por una calle pequeña, la entrada era por una casa antigua con un pasillo largo hasta llegar a los salones. El lugar era muy distinto a lo que tenía en mente, era más bien un restaurant, pero con escenario para música en vivo y una pequeña pista de baile, era simplemente bello. Un camarero nos indicó nuestra mesa, caminé todo el tiempo detrás de Francis mirando lo lindo de la decoración; mesas rusticas, cuadros con músicos, era todo tan intencional que nada estaba fuera de lugar, incluso de fondo sonaba un tema de Los Beatles, no supe qué canción era, pero se notaba que todo esto había sido elegido por un amante de

la música. Nos detuvimos y al centrar la vista mis ojos se abrieron como dos grandes uvas negras. En nuestra mesa estaban esperando: mi papá, Ángela (su mujer), los dos hijos de ella y mi mejor amiga Vicky junto a su esposo Teo. Había estado tantos días ajena a todo lo que ocurría en el mundo real que no me di cuenta qué día era hoy; 14 de marzo, mi cumpleaños. Las lágrimas inundaron mis ojos, pero esta vez de emoción. Ninguno de los allí presentes sabían por lo que yo había pasado hace unos meses atrás, salvo por Francis quien me prometió que nunca, nunca diría una palabra al respecto.

Al verme, todos se levantaron de la mesa, me abrazaron y yo los abracé fuerte a cada uno. Cuando le tocó el turno a mi amiga no pude aguantar el llanto; era la emoción que salía a borbotones, pero también era un sentimiento de culpa, me sentía mal por estar ocultándole todo sobre Tobías.

—¡Miliiii, ay amiga...! Ya sé que nos hemos visto poco, pero ya deja la lloradera para otro día, hoy estamos aquí para celebrar tus... Pues tu cumpleaños.

—Sí, sí, lo siento... —dije secando las lágrimas con mis dedos—. Es que estoy un poquito sensible y muy sorprendida de verlos a todos aquí.

Vicky me tomó del brazo y me sentó a su lado, Francis se nos quedó mirando y yo le hice una seña para que se sentara a mi derecha. En poco tiempo la mesa estaba llena de comida, bebidas y alcohol, mi apetito volvía a florecer como antes. Comí y bebí hasta caer rendida sobre la silla. Los brindis comenzaron justo cuando llegaba mi parte favorita de toda la cena, los postres. Vicky se paró y haciendo sonar su copa de agua llamó la atención de toda la mesa.

—Antes de iniciar el brindis para mi amiga, quiero darle las gracias a éste hombre... —apuntó a mi lado—. Francis, gracias por traernos a este hermoso lugar para celebrar el cumpleaños de Mili. —Francis asintió con la cabeza sin decir nada, creo que aún no se caen muy bien entre ellos—. Después me explicarán cómo es que ustedes están juntos... Otra vez... —dijo entrecerrando los ojos.

Los dos nos miramos y antes de que pudiésemos decir nada mi amiga siguió con el brindis. Luego de que me hiciera llorar otra vez vino la entrega de mis regalos: un libro de parte de Ángela, muy acertada, sobre todo si se trata de una novela romántica; ella es un poco fría o al menos así la veo yo, pero ama a mi papá y eso es lo único que me importa. Mi papá se paró y me entregó una bolsita de terciopelo azul.

—Este presente lo dejó tu madre, hubiese querido estar aquí para dártelo ella misma, pero ya sabes, con la muerte de tu abuela venir nuevamente era muy complicado para ella.

—Lo sé papá, gracias.

Abrí la bolsita y vacié en mi mano el contenido; era una medallita de oro con la imagen de la Virgen María que colgaba de una fina cadena de oro. Volví a mirar a mi papá.

—Era de tu abuela —yo ya lo sabía, ella siempre la llevaba puesta—. Tu mamá la mando a limpiar y la dejó para ti.

—Gracias, es el mejor regalo que me podía dejar.

Mi Abue era muy creyente de la Virgen María al igual que mi papá y al ser un pedacito de ella tiene mucho valor para mí. Me la puse en el cuello y juré no volver a sacármela nunca, nunca en la vida. Mi papá estiró la mano y me entregó otra bolsita de terciopelo azul.

—Y éste es mío.

—Papáaaa, no era necesario... —él me sonrió. ¡Ay! Como lo amo, es el mejor papá que pude tener en la vida. Dentro de la bolsa venia una pulserita también de oro, era muy fina y con tres corazones en el medio—. Está muy linda papi, gracias. —Lo abracé y lo llené de besos. Aunque últimamente lo veía menos, siempre estoy hablando con él y contándole mis cosas, no todas claro. Eso me llena el corazón de alegría, siempre está ahí cuando lo necesito.

Volví a sentarme y agarré de manera instintiva la medallita entre mis manos.

—No me habías contado lo de tu Abue —Francis me habló bajito y yo levanté mis hombros.

—Lo olvidé...

De pronto sentí su mano bajo la mesa. Con sutileza me entrego una cajita, no quería que lo vieran, ya estaba siendo objeto de las miradas de todos y de sólo ver su regalo sería suficiente como para llamar más su atención, atención que ni él ni yo queríamos en estos momentos. La abrí sobre mi regazo, en silencio, tratando de que nadie lo notara, y cuando descubrí lo que había dentro tuve que pestañear varias veces para creer lo que mis ojos veían. Era un anillo de plata con una línea negra en el medio; lo compré cuando estábamos juntos, eran dos, uno para cada uno y el mío lo perdí en uno de esos días de desenfreno y locura buscándolo por los bares que él solía frecuentar. Hoy el anillo estaba frente a mis ojos y yo sin

palabras. Lo miré sorprendida.

—Lo perdiste, pero yo lo encontré —me susurró al oído.

—¿Pero dónde, cuándo?

—Eso no importa, sólo póntelo.

¡Ahh...! No me lo creo, amaba este anillo. Me lo puse en mi mano derecha y lo miré; recordé que los hice grabar, el mío dice: “Siempre.” De pronto Francis me distrajo un momento, lo vi tomar su copa de vino y el otro anillo brilló en su dedo; él lo estaba usando y yo no lo había notado hasta ahora, el suyo decía: “Tuya”. Era una declaración de amor, ideales que sólo una niña tiene a los 15 años, ideales de ese primer amor que piensas durará para siempre, pero la realidad no es así. Tenerlo hoy en mi mano era... no lo sé, raro. Volví a quitármelo para leer el grabado y luego me lo puse otra vez; miré de reojo a Francis y ahora sonreía, creo que se ha vuelto loco de remate, pero ni modo, yo también estaba sonriendo.

Vicky se paró y me dio su regalo; era una camiseta estampada que decía: «Voy a ser Tía», al verla mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas, me paré de mi asiento tan rápido como pude y la abracé como quien abraza a su hermana. Me hacía muy feliz que ella y Teo logaran por fin llenar su hogar con un hijo.

—¡¡Felicidades!! Es una hermosa noticia, no sabes cómo me alegro por ustedes dos. —Agarré a Teo y los abracé a ambos tan fuerte que me dolía a mí. Vicky se puso a llorar también y luego de soltar a Teo volví a enfocarme en mi amiga.

—No me lo esperaba —me dijo al oído—, pero ni modo, no hay vuelta atrás. —Sonó poco convencida y ahora debe estar muriendo de los nervios.

—Amiga... yo pensé que lo estaban buscando.

—Sí... no... o sea... Teo lo buscaba y yo... no es que no quiera, pero justo cuando estaba pensando en buscar un trabajo... pensé que era una señal para esperar y ahora... —volvió a llorar.

—Amiga, tranquila, todo llega en el tiempo que corresponde y bueno... —Levanté los hombros, ya que no supe qué más decir.

Nos separamos y las dos tratamos de sonreír, en el fondo sé que esta feliz, el trabajo nunca fue tan importante para ella. Cuando brindamos, Francis buscó mi mano y me la sostuvo hasta que logré calmar mis lágrimas. Estaba tan feliz por Vicky y al mismo tiempo sentía un trago tan amargo. Mi cuerpo no lograba contener el temblor recordándome que por poco tiempo

también tuve una cosita pequeñita en mi interior, pensé que podríamos haber hecho esto juntas, abrían sido los mejores amigos o amigas desde bebés... Y por unos minutos me perdí en mis pensamientos.

La música inundo mis oídos, era una canción romántica, *Piensa en mi*, de *Luz Casal*. Francis me sacó de allí y me llevó al medio de la pista, tomó mi mano y la pasó por su cuello, la otra la entrelazo con la suya y bailamos.

—¿Estás bien? —preguntó mientras me apretaba más a él.

—Lo estaré...

—Lo sé, pero de haber sabido...

—No habrías podido hacer nada...

—No estés triste, vas a tener otra oportunidad —me separé un poco para mirarlo a los ojos. Yo aún no estaba segura de querer tener otra oportunidad, o al menos no tan pronto.

—Gracias, por tu regalo, me alegró mucho volver a tenerlo —bajó mi mano para ver el anillo.

—Lo tenía guardado hace mucho, la verdad el día que viniste a despedirte ya estaba en mi poder —lo miré confusa—. Quería guardar algo tuyo.

—Eres tan extraño, Francis —sus ojos brillaban. No estoy muy segura que va a pasar, sólo sé que no quiero sufrir nuevamente.

Me acomodé entre sus brazos y bailé cada tema como si fueran lentos, estaba relajada, a gusto, no me hubiese ido a ningún lado. Francis se encargó de hablarme de cosas triviales para mantener alejados pensamientos que arruinarían mi noche y después de una hora nos acercamos a la mesa, momento que mi papá aprovechó para despedirse. Les agradecí por haber venido y cuando quedamos los cuatro llegaron dos rondas de tequila, ocho chupitos, sal y limón —miré a Francis y el sonrió de oreja a oreja.

—Es tu cumpleaños, vamos a celebrar como corresponde.

—Yo no puedo beber —dijo Vicky—, así que le cedo los míos a Mili.

—¿No sé si podré tomar tantos? —respondí arrugando la nariz.

—Ve de uno en uno y tranquila, yo te llevaré sana y salva hasta tu casa —Francis me entregó un chupito, luego tomó uno él y otro Teo, Vicky alzó su copa de agua, agua que de un principio había estado bebiendo y ni siquiera me pareció sospechosa. Juntos hicimos salud. Levantamos las manos y chocamos nuestras bebidas, al fin la noche se pintaba de fiesta.

—¡Dioss! Esto está realmente bueno —dije llevándome un trozo de

limón a la boca y arrugando toda mi cara.

—¡Uyy, amiga! Y eso que la noche recién comienza.

El reloj apenas marcaba la una de la madrugada y la música sonaba a todo volumen. La pista de baile estaba llena a rebosar.

—Vamos, hay que bailar —agarré a Francis del brazo y lo llevé al medio de la pista, no le gustaba bailar a menos que fuera algo lento, pero hizo un esfuerzo por darme en el gusto, las cumbias se robaban el repertorio y cuando me vi sedienta volvimos a la mesa para tomar otro chupito, otro salud y a bailar. De pronto la música cambió al estilo de los ochentas y noventas; las melodías de *Soda Stereo* sonaban en vivo y yo bailaba como hace mucho no lo hacía. Cantaba y danzaba, era mi momento. Mi amiga vino a nosotros con los últimos dos chupitos, me tomé el primero y sentí que la cabeza me daba vueltas y cuando me iba a tomar el otro Francis me lo arrebató de las manos y se lo bebió por mí.

—¡Heeeyy! Ese era mío... —él sonrió.

—Aún queda algo en mis labios... —se relamió con la lengua logrando llamar mi atención.

Mis ojos bajaron como hipnotizados y se posaron en su boca, por un momento quise acercarme, pero un empujón me atrajo nuevamente a la realidad y pestañee reincorporándome al bullicio que por un instante se había perdido en el espacio.

—¡Franciss! —le di un empujón—. ¡Me estás coqueteando!

—No es verdad... —El alcohol se me subió a la cabeza tan rápido que después de eso no recuerdo nada más.

Desperté en mi cama con resaca y con Francis reteniéndome en sus brazos. Miré hacia la ventana y apenas se podía notar que afuera la luz brillaba. En mi mesa de noche había una bebida hidratante y una pastilla, seguro ibuprofeno; me solté de los brazos que me aprisionaban y me senté en el borde de la cama. Bebí de la botella y me tragué la pastilla, todo me daba vueltas, me daban ganas de vomitar de sólo pensar que podría vomitar, pero me rehusaba a hacerlo.

La depresión de los treinta debe durar muchos años, ayer cumplí 34 y me rehusó a cumplir más. Francis seguía durmiendo así que aproveché para darme una larga y relajante ducha reponedora. El agua casi fría me ayudaba a calmar el mareo, «Maldito tequila» Cuando salí al salón y busqué algo para

comer, maldecí, allí no había nada de nada. Quería darle las gracias a Francis de alguna manera por la sorpresa de ayer, incluso logró hacer que mi mamá se aguantara todo el día para llamarme y cuando por fin lo hizo fue al teléfono de Vicky, el mío estaba más que muerto... Cuando hablamos, de mi cuello ya colgaba el regalo que me había dejado y juntas lloramos al teléfono, me cantó el cumpleaños en inglés y en español y luego habló con Francis, no sé qué, no me contó, pero eso lo veré después. No me gusta que viva tan lejos, mi mamá es como mi otra mejor amiga, una que te da consuelo y pastel de chocolate si te ve triste, siempre está para mí, menos cuando está lejos...

Miré la hora, ya eran casi las tres de la tarde, y obvio no pensaba cocinar, era una tarde perfecta para sushi. Como no sabía que le gustaba, si es que lo comía, me di la licencia de pedir de todo un poco, hoy nos daríamos un banquete Japonés. Di media vuelta hacia la cocina; estaba tan ordenada que dudaba que fuera mía, ¿a qué horas Francis la limpia? Yo jamás la podría dejar así de bien, estoy muy convencida que por más que me guste limpiar, no podría dejarla así. Busqué todo lo necesario para comer y dejé lista la mesa, ahora a esperar.

Estuve sentada junto a la ventana, sobre mi sillón favorito de terciopelo lila, ojeando el libro que me había regalado Ángela por mi cumpleaños: “*Diario de una pasión*” de *Nicholas Sparks*, traté de concentrarme, pero no pasé de la primera página, no lograba hacerlo... La voz de Francis sonó a lo lejos...

—¿Atrapada en tus pensamientos? —me volví para mirarlo y sonreí cuando se sentó frente a mí.

—La verdad no pienso en nada, absolutamente en nada —miré hacia afuera y aunque el día brillaba, yo no lo notaba mucho.

—¿Debería asustarme? —dijo bromeando.

—No lo sé, ¡Qué mиеeedo! Ja, ja, ja —ambos nos reímos.

—Veo que tienes la mesa lista para comer, ¿cocinaste algo?

—Mmmm —el timbre sonó justo a tiempo—, algo así —me paré rápido para recibir la comida. Por fin el aroma a comida inundaba mis fosas nasales —. Espero que te guste el sushi —dije levantando la bolsa.

—Vamos a descubrirlo...

Ordené la comida en la mesa y ambos nos sentamos.

—Se ve bien, ¿hay algún orden para comer esto?

—No, come de lo que quieras, este por ejemplo es frito, te recomiendo

que partas con él. ¿No puedo creer que nunca hayas comido sushi?

—Siempre lo he evitado.

—¿Por qué? Es delicioso... —me metí un roll a la boca y lo miré risueña.

—Si tú lo dices —me miró con unos ojos brillantes, esos que no veía desde... en realidad desde anoche. Aclaré mi garganta y le indique para que comiera.

Lo observe mientras se llevaba el primer trozo a la boca e hizo una mueca. Arrugué mi nariz.

—No te gustó... podemos pedir una pizza.

—No, no, está bien, deja que pruebe otro —pero volvió a hacer lo mismo.

—Aún no te gusta...

—Mmm, creo que opto por la pizza, yo mismo la pido.

Los dos soltamos una risa, creo que por primera vez en muchos días me sentía relajada y con los pies en la tierra. No había notado lo acogedor que estaba mi departamento, y la compañía me hacía cada día mejor. Me acerqué al refrigerador y saqué dos Coca colas bien heladas y las llevé a la mesa.

—Listo, mientras llega voy a darme una ducha —caminó hacia el dormitorio quitándose la camiseta que llevaba y me quedé pegada mirando su espalda, era ancho de los hombros y angosto por la cintura... ¿Cómo había cambiado tanto? No es el mismo chico de 18 años que yo conocí, ahora es un hombre maduro que llega a sorprenderme sólo por ser él... Después de despegarme de su agradable figura volví a mis rolls de sushi, a mí sí me gustaban y mucho. Cuarenta minutos después, yo me había comido la mitad de todo mientras Francis me hablaba de como hizo para hablar con mi mamá y coordinar que me llamara al teléfono de Vicky, para eso tuvo que hablar con mi papá y explicarle todo lo que tenía planeado hacer, luego con mi amiga aún sabiendo que ellos dos son capaz de sacar chispa, pero lo logró y con creces. De pronto sonó el timbre, era la pizza.

Seguimos en la mesa y mientras Francis comía le conté lo de mi Abue, él la conoció y le tenía mucho cariño igual que ella a él. También le conté como llegó Abu, mi gato, y claro, cómo apareció en mi puerta justo después que ella nos dejó lo asocie a mi Abuela y lo adopté.

—Me gusta verte sonreír —dijo. Francis me miraba con cariño.

—Gracias a ti. Hasta ayer no me había dado cuenta que había estado

viviendo en el limbo, no sabía qué día era, no sabía qué era de mi vida, incluso no sé cómo he trabajado estos meses... —suspiré—, pero creo que lo peor de todo ha sido estar ajena a lo que le pasaba a Vicky, mi mejor amiga está pasando por un gran cambio en su vida y no me tuvo ni siquiera para pedirme que le llevara un test de embarazo, no la apoyé, he sido una muy mala... no, mala no, pésima amiga, pero ya no más, tengo que levantarme, tengo que seguir... —Francis alargó su mano para tomar la mía y mis palabras que hasta ese minuto salían a borbotones de mi boca se detuvieron.

—Yo voy a estar aquí para ayudarte.

Nunca pensé que una pequeña frase pudiera significar tanto, significaba más de lo que él creía, para mí era como un empujoncito hacia adelante sabiendo que si tropiezo no estaré sola, pero ¿por cuánto tiempo...?

—Si sigues quedándote aquí me voy a acostumbrar y luego no querré que te vayas.

—Espero que así sea pequeña. —Sus labios sonrieron, los míos también. Se levantó de la mesa y me tendió la mano—. Vamos, salgamos a caminar.

—Pero, ¿a dónde?

—A cualquier parte, pero tienes que salir de estas cuatro paredes.

Era sábado; el día estaba hermoso, el sol aún calentaba con fuerza, pero no nos importó en absoluto. A medida que avanzábamos me daba cuenta que nos dirigíamos al Parque Forestal, al mismo que evito desde la última vez que estuve allí con Tobías. Me detuve en seco, él se dio la vuelta para ver que me pasaba y al mirarme a los ojos supo que ocurría.

—Podemos ir donde tú quieras. —tomó mis manos y se las llevó a sus labios, besó mis nudillos y esperó.

Algo le pasó a Francis, no se parece en nada a ese que debía perseguir para lograr llamar su atención, a ese que amaba su libertad, al que quería vivir su vida sin ataduras. Ahora es un hombre risueño, maduro, coqueto y muy... no, no muy, demasiado atento y eso me confunde. De lo que sí estoy segura es que no estoy en plan de estar con alguien, necesito tener tiempo para mí, y aunque su presencia me está ayudando, no significa que debo darle a entender otra cosa o eso espero.

—Vamos a tu local —dije impulsivamente.

—¿A mi local? ¿Por qué querrías ir allá?

—Quiero un tatuaje, y quiero que me lo hagas ahora. —Hablé decidida.

No tenía ni idea de que me haría, nunca me había hecho uno, pero hoy mi vida tendría un nuevo comienzo y lo marcaría en mi piel para siempre.

—No sé si será buena idea, no creo que...

—Si me lo hace otro, ¿cómo te vas a sentir?

—No lo harías...

—Quiero un tatuaje y lo quiero hoy.

Suspiró.

—¿Tiene que ser hoy?

—Hoy es un buen día. —Sonreí. Sabía que no dejaría a nadie marcar mi piel, así que lo tenía en mi mano.

—Está bien, vamos a mi estudio.

¡¡Siii!!

Victoria para mí.

Nos fuimos caminando y hablando de qué me quedaría mejor; algo con color o solo en negro. Francis me aconsejaba que fuera algo simple, mi piel era muy blanca y al ser el primer tatuaje podría doler. Yo no me decidía, quería algo pequeño o de lleno algo que se notara, fuera lo que fuera estaba nerviosa y feliz al mismo tiempo. Llegamos al local y ya sentía mis manos sudadas, el interior estaba algo cambiado, pero seguía siendo el mismo sitio que conocí a los quince.

—¡¡Qué sorpresa!! —Paco, un hombre robusto, calvo y tatuado hasta la cabeza se levanto del mesón para venir a saludarme, estaba igual, un poco más grande, bueno mucho más grande.

—¡¡Paco...!! No pensé que estarías vivo —bromeé.

—Pequeña Emilia, estás igual. —Me dio un abrazo de esos que te envuelven por completo. Fue agradable volver a verlo, siempre fue de los que me cuidaba, y me consolaba cuando Francis andaba de una zorra en otra.

—Tú estás más grande de lo que recordaba.

—Gracias, me esfuerzo cada día porque así sea —se apuntó a si mismo riendo.

—¿Y Maiden? —pregunté.

—Debe estar en uno de los privado rayando a alguien —respondió Paco.

—¿Y es que ustedes no cierran jamás el local?

—No —respondió Paco, estamos siempre que nuestros clientes nos necesiten.

Del interior de uno de los estudios salió un hombre flaco y alto con cara de gringo, venía quitándose los guantes y los arrojó a un bote grande de basura ubicado en un costado de las sillas de trabajo que estaban a la vista.

—Éste, es el Flaco Arthur.

—Hola —lo saludé con la mano.

—Hola —me sonrió y se sentó junto a Paco.

—Arthur lleva 10 años con nosotros, es gringo, pero con toques chilenos —dijo Francis. Yo lo miré mientras hablaba con Paco, pero no cruzamos palabra.

—Ha cambiado mucho el local desde la última vez que estuve aquí.

—Hay que adaptarse a los nuevos tiempos —respondió con gracia el gran Paco, debo admitir que me gustó volver a verlo, él me cuidaba como si fuera su hermana chica y bien difícil que se la puse en esos tiempos.

Lo que antes era una cueva de “Rockeros”, hoy es algo más “Under”, cada uno sigue con su estilo, salvo por Arthur que tiene una onda casi a lo Miami Beach. Como de mi edad; de sonrisa amplia, pelo cobrizo lleno de rulos y si no estuviésemos en Santiago de Chile, diría que está a punto de ir a surfear algunas olas.

—Bueno... —Francis se acercó hasta ponerse frente a mí, usualmente lo hacía mucho—. ¿Qué te vas a hacer? —dijo pegado a mi rostro.

No lo sé —pensé—. Me vine decidida y ahora no se me ocurre nada; no puedo dejar que Francis me haga volver a casa sin mi tatuaje... ¡¡Quiero tatuarme!!

—Quiero algo que signifique un nuevo comienzo y lo quiero en el costado izquierdo bajo el busto.

—No lo sé... Ese lugar es muy sensible —su mano busco mis costillas y subió levemente mi blusa rozándome con sus dedos, mi piel reaccionó con un escalofrío.

—Ok, ok... ya entendí —me moví un poco, ya me estaba sintiendo algo incómoda e incluso me hizo dudar sobre lo que estaba haciendo—. ¿Qué te parece en la espalda?

—Mmmm si, pero ¿qué? —¡¡Dioss no lo sé!! Dije en mi cabeza obviamente.

—¿Qué se te ocurre a ti? —Finalmente le di el mando a él, es experto en esto y sé que escogerá algo que me va a gustar.

—Podría dibujar un Ave Fénix en forma de tribal —tomó una hoja, lo

dibujó y me lo mostró—. Lo haría justo aquí —estaba parado frente a mí, su brazo derecho buscó mi espalda y sus dedos rozaron suavemente el lugar donde lo haría—. Bajo tu cuello, justo en el medio donde comienza tu espalda.

Mi piel estaba completamente erizada y él lo notaba, ¿qué le pasa? ¿Por qué se comporta de esta manera? ¿Por qué ahora? —respiré profundo para poder hablar de corrido.

—Me gusta. —mi voz sonaba insegura, no por el tatuaje que sí me gustaba y mucho, más bien era por mi reacción ante su roce—. Ese quiero. — Bajé la mirada para que no notara el rubor en mi rostro.

Francis sonrió y me indico uno de los sillones, debía esperar mientras él preparaba todo, tardo apenas unos diez minutos, luego apuntó una de las sillas para que me acomodara y con su dedo rozó mi camiseta, yo bajé los tirantes por los hombros hasta el busto.

—Si hubiésemos estado solos te la quitaba toda... —quise decir algo pero se me hizo un nudo en la garganta—. ¡¿Lista?! —preguntó y yo asentí, estaba muda—. Bien, vamos a comenzar, puede ser un poco molesto al principio, tengo que marcar los bordes muy bien, pero te acostumbrarás.

—Ok —balbucee. Uff, creo que comencé a sudar frío, me puso muy nerviosa el sonido de la maquina, era intimidante y si a eso le sumaba la voz sensual de Francis y el cosquilleo de sus manos ¡Uyyyyy!—. Debí tomar algo antes —dije en voz alta.

—Lo haremos después...

—¡Promesa...!

—Promesa —dijo con voz tranquila y sí, muy sensual.

Estaba sentada dándole la espalda. Francis dibujó el Ave Fénix sobre mi piel; luego de mirarlo y dar los últimos retoques comenzó su trabajo. Di un respingo al sentir por primera vez las agujas en mi espalda, eran movimientos rápidos; la máquina pasaba y yo no sentía ningún dolor, era un poco más que un cosquilleo, incluso era agradable. Treinta minutos después su trabajo estaba terminado.

—¡Listo! —dijo Francis. Limpió bien mi piel y luego me hizo levantar de la silla. Frente a mi había un espejo inmenso, él se paró detrás con otro espejo y pude verlo. Era hermoso, lo amé de inmediato y él sonrió al ver mi expresión.

—¡Me encanta! —Mi rostro mostraba una gran sonrisa, no podía dejar

de mirarlo.

—Estará algo hinchado por un tiempo, pero en un par de días estará perfecto. ¿Te dolió?

—Nooooo, ni un poquito.

—Me alegra haber sido yo el primero... —Francis se estaba aprovechando de todo esto, lo sé.

—¡Francisssss! —me di la vuelta para darle un empujón.

—¡¿Quéeee?! ¿Acaso es pecado alegrarse de ser el primero?

—¡Francisssss! Basta, vas a hacer que me ponga roja.

—Ya lo estás...

Me cubrí la cara con las manos, sabía que lo estaba. ¿Qué le pasa? Francis sabe perfectamente que estoy saliendo de una... bueno de lo que viví con Tobías, no puedo llamarlo una relación, porque no lo fue, pero fue complicado. Aún así él me coquetea como si fuera normal, y no, no es normal. Él fue mi primer amor, el primero en muchas cosas y entre ellas la más importante de todas, con él me convertí en mujer, pero también fue el primero en romper mi corazón en mil pedazos. Ahora me trata con guante de seda y eso me desconcierta; bajo ese atuendo de chico rudo se esconde un hombre maduro que solo busca contenerme, consentirme, busca hacerme sonreír y últimamente sabe cómo hacer que me ponga nerviosa. Aún así no puedo, me rehúso a involucrarme con él, debo ser fuerte, debo contener cualquier necesidad carnal y mantener la cordura. Amigos, sólo seremos amigos.

Llevo dos días con mi nuevo tatuaje, me encanta y ya estoy pensando en qué me haré después. Es lunes y como cada lunes comencé el día corriendo, siempre atrasada. Cuando llegué al hotel, todo el mundo me saludó por mi cumpleaños, al parecer todos se acordaban menos yo, ya que ni siquiera me digne a ir a trabajar el viernes pasado. Todos trataron de comunicarse conmigo por teléfono y obvio, gracias a mi arranque de no querer que me llamara Tobías lo envié directo al mundo de nunca jamás, así que nadie pudo comunicarse. «Nota mental: debo conseguir un teléfono nuevo» Me pasé la mañana ordenando mis cosas y me demoré una eternidad en recolectar los teléfonos de contacto que mi cargo requería para sobrevivir en el mundo de las Relaciones Públicas. A las dos y media de la tarde por fin pude salir a comer algo, hacía mucho que no lo hacía; luego fui a conseguir mi nuevo aparato inteligente, era tan inteligente que ni yo sabía cómo comenzar a usarlo. Para cuando terminé de agregar los contactos a mi aparato nuevo lo único que había aprendido a usar era precisamente eso, guardar mis contactos telefónicos... ¡Qué Horror! No me sabía ni siquiera el teléfono de mi papá... Al primero que llamé fue a Francis, se demoró tanto en responder que por poco cuelgo.

—Hola...

—Hola... Pensé que estarías esperando mi llamado. —Yo estaba sentada en mi escritorio riendo, sólo... porque si.

—Te tardaste todo el día y me llamas justo cuando estoy en la mitad de un trabajo, pero como supuse que eras tú contesté, de lo contrario no lo hubiese hecho.

—¡Uff! Sorry, apenas y supe cómo funcionaba esta cosa, mientras más moderno peor.

—Sí, lo sé, pero ahora tengo que colgar.

—Ok, nos vemos más tarde...

—Nos vemos.

¡Dioss! ¿Por qué esto resulta tan natural? Hablar con él es tan normal,

no sé si eso es bueno o malo. Suspiré.

Hoy todo ha sido muy rutinario, para bien. Almorcé, cosa que no hacía hace mucho, pero eso es algo normal, compré un nuevo celular, lo cual me tiene tranquila, pero ¿es normal que lo miré cada dos minutos por si llama él? Sé que no va a sonar, pero aún así. Me estoy volviendo loca lo sé, necesito más vida social. En fin todo va de lo más normal. A las seis de la tarde salí del hotel, me paré en la entrada y respiré profundo. No quería irme al departamento, no quería estar sola. Francis aún estaba en su estudio así que enfile mis pasos hacía allá. Caminé y me relajé, la tarde era simplemente perfecta, o bueno eso pensaba. Demoré apenas 25 minutos en llegar, la moto de Francis seguía estacionada como pensé. Entré en el local justo en el momento que una mujer grande y exuberante besaba a Francis en la boca, me quedé paralizada, no sabía si salir o quedarme viendo aquel espectáculo. Cuando la mujer se dio por satisfecha y por fin lo soltó, los ojos de él vieron los míos que aún no daban crédito. No sé qué cara debo haber tenido, pero creo que mis piernas se volvieron de lana, sentí que me desvanecía. Francis voló para sostenerme antes de caer al suelo. En segundos estaba en uno de los sillones y Paco sobre mí con un vaso de agua en las manos.

—¿Estás bien, Pequeña? Toma, bebe algo.

—Sí, sí, gracias, es sólo... no sé... no sé que me pasó.

Francis me tomó la mano y yo se la quité como por reflejo.

—Emi, no es lo que estás pensando.

—No estoy pensando nada...

—Pequeña, aunque el local esté distinto, las cosas no cambian tanto. Las mujeres se ven tentadas ante el idiota éste, la verdad ni yo sé que le ven.  
—Paco me sonrió.

—No pasa nada, en serio —Francis volvió a tomar mi mano.

«¡No hagas esooooo, diossss esto me supera!» Mi mente estaba como loca.

—Necesito aire. —Me paré y salí corriendo, pero me detuve a unos metros de la moto estacionada, en el fondo sabía que él vendría por mi.

No debería afectarme ver eso, yo misma soy quién se niega a tener algo con él, al menos por ahora, no lo sé, estoy tan confundida con todo esto...

—Emi... —sus manos en mi cintura me tomaron por sorpresa, al ver que no me movía aprovecho de abrazarme por completo, pegó su cuerpo al mío y suspiró justo en mi cabello—. Es un mal habito dejar que las clientas

me besen, pero lo voy a dejar, ni siquiera me gusta que lo hagan.

Suspiró nuevamente.

—No te quedes callada, dime algo, grítame, lo que sea...

—Lo siento... ni siquiera quiero que me importe...

—Pero te importa, ¿no es así? —no quise responder a esa pregunta.

Francis me giró y volvió a cubrirme con sus brazos.

—Llevo mucho esperando que vuelvas a besarme como lo hiciste aquella tarde en la piscina...

—Eso fue para callar a la manada de quinceañeras...

—Lo sé, pero me gustó y...

—Francis... yo... —negué con la cabeza, no quería hablar de eso.

—Déjame terminar, sólo... déjame terminar. —volví a cerrar la boca—.

Sentir tus labios esa tarde fue lo mejor que me pasó en mucho tiempo, he estado tratando de arreglar mi vida, de aclarar mis sentimientos. Hasta ese momento todo lo que me ocurría estaba pintado de negro y... apareciste tú, otra vez, así de la nada en el medio de una carretera, ¿qué posibilidades habían de que nos volviéramos a encontrar?

—Fue sólo una coincidencia, hiciste algo lindo por una chica en aprietos y punto.

—Pero resultó que esa chica eras tú. Eso es el destino —afirmó seguro.

—Francis, el destino no quiere nada conmigo te lo aseguro.

—Tal vez era mi destino y no el tuyo. Tú simplemente sigues siendo mi destino.

Levantó mi rostro con sus dedos y se quedó viendo mis labios, su mirada era oscura y su boca muy tentadora. De pronto mis ojos se cerraron esperando a que me besara... pero no lo hizo. Cuando abrí mis ridículos ojos él aún me miraba. Me desconcertó tanto que quería gritar.

—¡Franciss... No... no... ¿no sé qué quieres?! —Mi voz tartamuda acusaba mis nervios.

—Quiero verificar si puedo provocar algo en ti.

—¡Pensé que me besarías! —solté de repente, en realidad le grité, ya no media mis decibeles.

—¿Quieres que lo haga? —dijo tan tranquilo que me estresaba.

—¡No lo sé! —respondí—. ¡Diossss, creo que he perdido toda mi dignidad!

—Tranquila, no quiero ponerte nerviosa. —Francis me soltó y entró en

el local, salió dos minutos después con los cascos de la moto en sus manos, me pasó uno y con un gesto de cabeza me hizo subir tras él. Respiré profundo, otra vez y me subí.

Llevábamos al menos treinta minutos de camino y no se me ocurría donde me llevaba, justo en ese instante estacionó frente a unos locales comerciales y al bajarme sólo pude sonreír.

—Francis, esto es lo más... como te lo digo... es lo más cursi que has hecho en tu vida. —Se me quedó viendo, pero se hizo el desentendido.

Tomó mi mano y entramos en el local de juegos de video donde solíamos ir cuando aún no tenía siquiera licencia de conducir; al lado estaba el local de tatuajes donde Francis dio sus primeros pasos en ese oficio y me hizo recordar que nos pasábamos la tarde completa jugando o en su caso tatuando. Hoy todo había cambiado, el local no tenía ni un solo juego Arcade y ni un solo Flipper; ahora era un Cyber Game, todo lo anterior fue reemplazado por computadoras. El antiguo local de tatuajes tampoco existía, pero aún quedaban algunas fotos pegadas en los vidrios; al mirar hacia el interior por la ventana se veía que estaba completamente vacío, ni rastro de lo que fue hace mil años atrás.

—Todo está distinto —dije mientras miraba todo. Francis tiró de mi mano para acercarme a él.

—No todo.

—¿No? —pregunté muy, muy nerviosa.

—No —respondió él, y esta vez sí... ¡Me besó!

Me tomó por sorpresa. Sus manos en mi rostro y sus labios en los míos. Yo tiritaba de los nervios, no sabía si tocarlo o no. Mis manos me estorbaban. Francis intensificó su beso, buscó mis manos inertes a los costados de mi cuerpo y las entrelazó a su cuello. Yo me sujeté con fuerza y me entregué a su beso; era tierno, pero intenso «¡Diossss, ¿dónde está mi fuerza?», Pensé. Si me suelta seguro me caigo al suelo. De pronto separó sus labios y volvió a mirarme.

—Creo que esto sigue igual... —dijo todo tierno.

—¿Esto? —contesté medio atontada.

—Sí, aquí fue donde te besé por primera vez y estabas tan nerviosa como ahora.

—Soy como una gelatina —dije por decir algo—. Siento que en cualquier momento me caigo al suelo.

—Aquí estoy yo, no te dejaré caer...

¡¡ESTO NO ME PUEDE ESTAR PASANDO!!!

Llegar al departamento ya no se sentía normal como ayer, o como esta mañana. Subí las escaleras tomada de la mano de Francis, él abrió la puerta y en vez de irme al baño, como usualmente hago al llegar, me quedé parada en medio del salón. «¿Y ahora qué?» —Me dije. Lo vi moverse naturalmente. Fue al dormitorio, luego a la cocina; le dio comida y agua a Abu, quien no dejaba de frotarse en sus piernas. Luego preparó algo de cenar. Me miraba sin decir nada hasta que me invitó a sentarme junto a él a la mesa.

—¿Vienes a cenar? —dijo antes de sentarse.

—Sí, claro... antes debo ir a lavarme las manos.

Corrí al baño, me senté y mientras hacía pis, me puse a pensar. — ¡¿Ahora qué hago?! No tengo claro que es lo que acaba de pasar. Francis prácticamente se ha declarado y yo me he dejado. Ahora estoy llena de dudas y no sé qué decirle. «Francis, estoy segura que me pones muy muy nerviosa y más después de hacerme recordar como inició todo entre nosotros, relación en la que yo salí herida gracias a ti. Ahora soy yo la confundida, aunque me gustó que me besaras por sorpresa y todo eso...» Mi discurso no estaba tan mal, sólo tenía que decírselo a él y no al espejo del baño.

Un golpe en la puerta me trajo de vuelta a la realidad.

—¿Emi, estás bien?

—Sí, sorry, ya salgo.

—Ok, te espero en la mesa.

«Ok, tranquila, sólo actúa normal» —Me dije antes de salir.

Llegué al salón y Francis me estaba esperando tal como dijo, pero no en la mesa, ni sentado. Estaba parado en el mismo lugar que yo estuve minutos antes, en el centro del salón. Estaba descalzo y de torso desnudo, llevaba los pantalones caídos a la cintura dejando ver el borde de sus boxers. Sus músculos marcados eran una gran distracción, debo reconocerlo. Levanté la vista de a poco y admiré cada uno de sus tatuajes, en realidad miraba sus músculos; estaba bien marcado y tonificado. Cuando lo miré a la cara no sonreía, más bien estaba atento, esperando el momento justo para atacar. Ahí deje de pensar. Mis manos buscaron el borde de mi blusa y me la quité de un solo movimiento. Él dio un paso al frente. Yo... desabroché mi brasier. Él, dio otro paso adelante. Yo... me lo quité del todo. Él me miró y se humedeció los labios, bajó la vista a mis pechos desnudos y yo no me pude

contener. Me abalancé sobre él y mi boca se apoderó de la suya, en segundos estábamos sobre la cama. Francis era fuerte y me aprisionaba bajo su cuerpo; sus manos me acariciaban de arriba abajo. Sentí bajar el cierre de mi pantalón y luego se movió para desnudarme, las ropas le estorbaban, quise pararme para desnudarlo, pero no me dio tiempo, él se lo quitó todo rápido y volvió a posarse sobre mí. Me miró una última vez a los ojos y por fin se fundió dentro de mí ser...

No pensé sentirlo de esta manera, fue distinto a la primera vez y las siguientes, en realidad, fue como una nueva primera vez. Ya no éramos unos adolescentes, él sabía cómo tocarme y me hizo temblar de placer. Estoy consciente de lo que está ocurriendo, pero no del impacto que esto tendrá en mi vida.

¡Destino, no juegues conmigo...!

La cena terminó en el dormitorio dos horas después. Francis no dejaba de tocarme, besarme o decirme cosas lindas y tiernas. Después de comer quise darme una ducha que terminamos compartiendo los dos; ahí continuaron las caricias que nos llevaron nuevamente a la cama y no para dormir precisamente, o al menos no por otra hora.

El despertador sonó y yo lo escuchaba como si estuviera en el departamento de al lado, era como si quisiera despertarme y a la vez no. Mi cuerpo estaba cubierto por los brazos de Francis y mis piernas entrelazadas con las suyas; su rostro estaba enterrado en mi cuello y su respiración era tan pausaba que ni se notaba. No quería despertarlo, pero debía levantarme para ir a trabajar, así que como pude salí de entre sus brazos y logré no despertarlo.

Me fui a la ducha en silencio, me sentía culpable, sentía que estaba engañando a Tobías... no lo sé, ¿por qué las mujeres somos tan complicadas? Debería estar feliz por volver a estar con alguien que dice quererme y no llorando por otro que ni siquiera puede estar conmigo. Necesito borrarlo de mi vida ¡Ahora!

Cuando volví al dormitorio lo vi moverse, abrió los ojos y me buscó con sus manos. Sonreí al verlo. Él se giró rápido y me miró algo asustado.

—Estoy aquí —le dije sonriendo. Me acerqué y le di un pequeño beso en los labios.

—No me gusta que te vayas así de mi lado. —No sé por qué se asusta si no me encuentra, pero me parece incluso tierno de su parte.

—Tengo que ir a trabajar y no quise despertarte, anoche dormimos apenas unas horas.

—Ven —dijo alargando sus brazos para que me acercara—. Quédate cinco minutos más conmigo en la cama y te dejo ir, lo prometo.

—Si me quedo, seguro serán más de cinco minutos...

—Ok, quédate media hora más...

—¡¡Que Nooo!!

—Emi, vas a hacer que me levante y te arrastre hasta aquí conmigo.

—¡No lo harías...!

—Estoy por hacerlo...

Me miró y lo vi levantarse de la cama, yo sólo llevaba la toalla encima y él estaba completamente desnudo. Quise arrancar por inercia, pero me largué a reír y no logré llegar a la puerta. Francis ya me tenía cautiva; aprisionó mi cuerpo con el suyo contra la pared del dormitorio, levantó mi pierna derecha y notó lo excitada que estaba, encajó su cuerpo con el mío e hicimos el amor como nunca me había tenido antes, contra la pared, pero con ternura... luego tuve que volver a la ducha.

Esta mañana en la oficina, lo primero que hice fue llamar a Vicky, quería contarle lo que acababa de pasar con Francis. Mi amiga dio un grito a través del teléfono, no se lo creía. Después de delirar con la noticia por unos minutos, me invito a su casa, quería que nos viéramos y yo también, necesitaba una tarde de chicas con mi mejor amiga.

Salí del trabajo a las 6 en punto y de camino a su casa llamé a Francis que quedó en pasar por mí más tarde, luego me fui a la pastelería que estaba cerca de su departamento y compré unos dulces de chocolate y galletitas de limón caseras (Antojos de mi amiga).

Llegué a su edificio ubicado en la calle Suecia; eran de esos antiguos, de los pocos que quedan. Vicky vivía en el primer piso, con salida a un patio privado y al jardín en común. El interior del departamento era inmenso, con un gran salón decorado por unos lindos sofás en tonos claros, cubiertos con mantas tejidas por ella en varios colores, eso le daba el toque acogedor de mi abuelita. La cocina era grande ideal para ella que ama cocinar; tres dormitorios y dos baños, parece una casa más que un departamento.

Toqué el timbre y no habría, volví a tocar y mi amiga se asomó con una cara terrible.

—¿Vicky, estás bien? No tienes muy buena pinta.

—Estoy embarazada y de tres meses... —dijo con voz de ultratumba. Cualquiera creería que esta arrepentida y ya no hay vuelta atrás.

—Amiga, ¿tan mal te sientes? —recordé los vómitos que sufrí pensando que se trataban de la resaca, pero que en realidad eran producto del embarazo,

y sí, eran horribles, no sé si quiero volver a pasar por eso.

—No, amiga —me respondió mientras me dejaba entrar—, se siente del terror, ahora me siento mal, pero por la mañana vomito 3 o 4 veces, no soy capaz de retener nada de lo que como, lo bueno es que ligerito me da hambre y me repongo un poquito.

—¡Qué pesadilla amiga! ¿Cuánto tiempo seguirás así, tiene que parar en algún momento...?

—El doctor me dijo que después del tercer mes, espero que tenga razón de lo contrario me cambio de ginecólogo ¡¡Lo juro!!

Me largué a reír con ganas.

—No puedes cambiarlo y dejar que otro te meta mano porque sí no más...

—Pues no me importa, si me miente para calmarme imagina qué me inventará para el día del parto... no me importa, si esto no para me cambio de ginecólogo y punto.

Ahora las dos reíamos.

—Vamos, te acompaño para que descanses un rato. Si estabas tan mal podrías haber llamado, tal vez no fue muy buena idea venir hoy.

—Mili... ningún día es bueno para mí, pero quiero que sufras conmigo, al menos un poquito.

—Así será, de aquí no me voy hasta que me echas.

—Entonces mejor te traes tus cosas y te vienes a vivir conmigo.

—Lo haría, pero creo que estoy viviendo con Francis... —me levanté de la cama y busque las galletas, quería mantener su boca ocupada mientras le contaba algunos detalles.

—¿Cómo es eso? No sabía que estaban viviendo juntos.

—Ni siquiera yo sé cómo pasó, simplemente pasó.

—Mili, desde que Nicolás se fue que estás rara, apenas nos vimos en ese tiempo y qué decir cuando te fuiste sin siquiera decirme a mí que se supone soy tu mejor amiga.

—Lo sé, Vicky, he sido una ingrata y muy mala amiga, pero te lo compensaré, lo prometo.

—No eres mala amiga... aunque sí, lo has sido; a lo que me refiero es que hay algo que no me has contado y no te deja dormir, tarde o temprano me lo contarás, lo sé.

—Vicky... yo... —estaba dispuesta a soltarlo todo, por suerte me

interrumpió.

—Amiga, tu tranquila, ya será el momento, pero por ahora quiero saber cómo es que ustedes dos volvieron a encontrarse.

—Ok —dije aliviada. Contarle esa parte de la historia era mucho más sencillo, sólo omitiría la parte de Tobías y mi estadía en el hospital.

El tiempo se nos pasó volando, no me quería ir, pero Vicky no seguía muy bien, ni miró las galletas que le traje, ni menos los pasteles de chocolate, así que yo solidaricé con ella y no probé nada frente a sus ojos. Francis llegó cerca de las 10 de la noche, no quiso entrar así que me despedí de mi pobre amiga que aún se veía fatal, y de Teo que había llegado hace una hora atrás —el pobre había comido fuera de casa, ya que mi amiga de solo ver la comida se descomponía, los olores la mataban y el pobre hasta tuvo que dejar de usar desodorante. Realmente ese hombre se convertirá en un santo si logra sobrevivir a todo el embarazo de Vicky.

Bajé muy feliz después de estar horas con mi amiga. Teníamos tanto de qué hablar. Al mirar a Francis lo note algo extraño; estaba apoyado en la moto y a penas me vio se puso su casco, no logré ver su rostro, pero se notaba que algo no andaba bien. Me entregó el otro casco y se subió a la moto.

—¿Estás bien? —dije sin dejar de mirarlo.

—Lo estaré pequeña, vamos te llevo a casa.

En realidad, a mi casa, pero no iba a discutirlo, algo le pasa y no me gusta que no quiera hablar de ello. Me puse el casco y me senté tras él. Francis apretó mis manos antes de echar andar. Suspiró y sin decir palabras salió a toda velocidad por las calles de Santiago.

Al llegar a mi edificio, me bajé y caminé hacia la entrada. Francis seguía montado en la moto. Me miraba como si quisiera contarme lo que le pasaba.

«Ok, es definitivo, tengo que saber que es»

—Francis... —Él aún llevaba su casco, por lo que se me hacía dificultoso descifrar la expresión en su rostro—. ¿Pasa algo? ¿Dime qué te pasa? Por favor...

—Debo irme, al menos por esta noche —dijo por fin.

—¿Por qué... pasó algo? —él dudó un poco antes de responder.

—Sólo... debo solucionar algunos asuntos en mi departamento.

—Ok, tu ve tranquilo, haz lo que tengas que hacer... —di unos pasos atrás y lo vi alejarse—. Esto está raro.

Entré en mi hogar cerca de las 10:30 de la noche; estaba todo muy silencioso y oscuro, salvo por los rayos de luna que se colaban por la ventana del salón, lo mejor era que esta noche había luna llena. Dejé el salón así, no quise encender ninguna luz y me fui directo al baño. Después de tanto tiempo, hoy será la primera noche que duermo sola, después de... uff mejor no quiero recordarlo —suspiré—. Me preparé un baño y me acomodé en la bañera. Disfrute media hora del agua caliente llena de burbujas; mi música favorita (Francisca Valenzuela, ella canta con el corazón y eso me encanta), pero lo mejor de todo es que aquí no había nadie más que yo...

Era tarde y no podía dormir. Caminé hasta el salón y encendí la cálida luz de la mesita a un costado de mi sillón felpudo, y me concentré en el libro que me habían regalado en mi cumpleaños, apenas llevaba veinte páginas cuando el timbre me sacó de la historia. —«Bah, será que Francis se arrepintió y claro, olvidó sus llaves, suerte que aún estoy despierta.» Me dije camino hacia la puerta.

—Francis, se te olvidaron... —No pude continuar, ya que no era él quien estaba parado en el umbral de la puerta.

—Mili... —dijo sin acercarse mucho, esperaba a ser invitado, creo...

—Tobías... ¿Qué...? ¿Qué haces aquí... y a estas horas? —miré mi reloj, eran casi las doce de la noche.

—¿Estás sola? —preguntó en un tono muy bajito.

—Sí... yo...

—Perdón por venir hasta acá, en realidad sé que él no está por eso me atreví a subir, aunque admito que me demoré un par de horas en hacerlo.

—Tobías, ¿Desde qué hora estas afuera?

—No lo sé, ya perdí la cuenta. —me sonrió tímidamente; estaba nervioso, llevaba sus manos escondidas en los bolsillos y no se atrevía a entrar.

—¿Quieres pasar? —dije no muy convencida, mi pregunta era: ¿quería yo que entrara? Obvio que sí, era Tobías ¡¡Por Diossss!!

—Solo si no te causo problemas —me hizo reír su acotación.

—Pasa, de todas formas, tú siempre serás un problema...

Tobías entró y se quedó parado en medio del salón, se dio la vuelta y me miró directo a los ojos.

—Estás muy linda...

—Gracias... tú estas muy flaco. —Me atreví a decir lo que mis ojos veían. Estaba algo ojeroso y cabizbajo, muy delgado, su rostro lo delataba. Tenía el pelo más largo y la barba como de una semana. ¡Diosss, me dieron ganas de abrazarlo, consolar sus penas! ¿Pero qué digo? Yo también tengo mis penas y todas son por él...

—¿Está bien si te abrazo? —preguntó con un hilo de voz. No le respondí, simplemente fui a abrazarlo. Mi cuerpo nunca podría rechazarlo.

Esa noche se quedó hasta el amanecer; me contó más o menos por lo que había pasado desde que dejamos de vernos. Le cuesta dar detalles y yo prefiero no saber tanto.

Llevaba un mes separado y según él era definitivo. Ahora estaba viviendo en la casa de sus papás, había regresado a su antiguo cuarto, a ese, que de adolescentes tuve la oportunidad de visitar una sola vez, y aunque él sabía que era un retroceso, en el fondo estaba seguro que sería un empujón para su nueva vida, porque no era fácil lo que se venía. Yo no sé qué pensar, quien sabe, tal vez lo sea o tal vez no, cuando hay hijos de por medio nada es totalmente definitivo y aunque una pequeña esperanza se apoderó de mi alma, algo me dice que debo ser precavida.

Nada pasó, sólo hablamos y nos abrazamos. Y sí, aún sigue siendo mi lugar favorito en todo el mundo. Se fue temprano para no toparse con Francis. Hubiese querido que la noche no terminara nunca, que fuese infinita... Le di mi nuevo número de teléfono y le conté de manera graciosa como fue que asesiné mi antiguo aparato y que por su culpa perdí todos mis contactos. Finalmente me doy cuenta que no podemos estar alejados... Así como voy, nunca podré olvidarlo...

Nunca.

Francis no solo no regresó en toda la noche, lo cual agradezco. Preparé desayuno para dos, pero tampoco llegó. Miré en mi celular y nada. A este hombre se lo tragó la tierra.

Estuve yendo y viniendo toda la mañana en asuntos de la oficina, yendo a los hoteles y manteniendo reuniones; a la hora de almuerzo quise darme un

respiro y como quería saber de Francis decidí darme una vuelta por su estudio; tenía la intención de contarle la visita que me hizo Tobías antes de que se entere por otra fuente; aunque no pasó nada y consciente que entre Francis y yo no hay nada formal, sé que al menos tengo que ser sincera con él. No quise llamarlo, más bien quería sorprenderlo y desde que se queda en mi casa ésta es la primera vez que estamos tantas horas alejados...

A medida que me acercaba, distinguía a dos personas fuera del local hablando, más bien parecía una pelea. La moto estaba afuera como siempre y si no me equivocaba, uno de los que estaba discutiendo era Francis. La otra persona era una mujer igual de alta que él; pelo liso, muy liso y de textura bien delgada. Escuché que le gritaba, no sé qué, pero él miraba el suelo. De pronto levantó la vista y me vio. Su rostro era de sorpresa, una no muy buena al parecer y así como si nada me detuve, no pude seguir caminando. Vi como Francis tomó a esa mujer de un brazo y la hizo entrar en el local, volvió a girarse a mí y caminó a paso cansino todo el espacio que aún nos separaba. Un mal presentimiento se metió en mi cabeza.

—Emi... ¿Qué haces aquí?

—Yo... sólo... quería almorzar contigo.

—Emi, no es un buen momento, nos vemos en casa más tarde, sí.

—¿Quéee...? Si, claro —comencé a retroceder y me di la vuelta para salir corriendo de allí, pero no pude hacerlo—. ¡No! —dije en voz alta. Me giré y él seguía mirándome—. Vine porque tengo que contarte algo, algo importante, no quiero que después te enteres de otra manera.

Francis me miró con el cejo cerrado, se quedó en el mismo sitio esperando a lo que tenía que decir y yo proseguí.

—Anoche... Tobías fue a verme al departamento.

—¿Tobías? Pero, ¿a qué hora?

—Un par de horas después que te fuiste, pensé que eras tú, que habías olvidado tus llaves y... —Francis estaba mudo, apretaba la mandíbula y los puños, no le gustó nada aquella visita inesperada—. No pasó nada, sólo hablamos, hablamos mucho, se quedó hasta el amanecer, pero...

—¿Por qué me lo cuentas, Emi?

—Porque no quiero ocultarte nada. Si estamos juntos... porque creo que lo estamos —dije dudando aquella frase porque ni siquiera yo estaba segura—, quiero que sea sin mentiras. Tú sabes lo que siento por Tobías, pero ya tome mi decisión...

Nos quedamos mirando y sus ojos brillaban.

—Emi, creo que lo mejor será que continuemos esto en casa, más tarde.

—¿Vendrás esta noche? —pregunté más tranquila, necesitaba quitarme ese peso de encima. No quiero más mentiras en mi vida.

—Lo haré, claro que lo haré. —Estaba por tomar mi rostro en sus manos cuando una mujer lo llamó por su nombre.

—¡Francis! —Él cerró los ojos y dio un suspiro, yo seguía en mi sitio, miré por sobre su hombro y vi a la mujer que había metido en su estudio al percatarse de mi presencia.

—¡Francis! ¿Hasta qué hora te voy a esperar?

—Emi, por favor, vete a casa —lo miré tratando de entender lo que pasaba, pero la mujer se nos acercó dando grandes zancadas y en cuanto tuvo oportunidad me miró hacia abajo y con un desprecio se volvió hacia Francis.

—¿Clienta tuya...? —preguntó bruscamente.

—¿Y tú eres...? —yo la ingenua, pregunté a la misma. De hecho, de haber sabido quien era, mejor no lo pregunto.

—Yo soy su esposa. —dijo muy campante.

—¿Su quéeee? —Creo que escuché mal... dijo... su esposa. Lo miré exigiendo una explicación. Francis llevaba durmiendo conmigo, en mi casa ¡En mi cama! Más de dos meses ¡Y recién hoy me entero que tiene una esposa! ¡¿En qué novela me he metido?! ¡Diossssss!

—Sí —repitió ella tomándole el brazo—. Su esposa.

—Creo que ahora sí me voy. —Comencé a caminar sin creer lo recién vivido. Yo vine a darle explicaciones y resulta que él tiene esposa. Esto es un castigo lo sé, tarde o temprano tenía que pagar mis pecados.

Mi teléfono comenzó a sonar, era Francis. Corté la llamada, necesitaba pensar, aún no digería la noticia. El teléfono volvió a sonar; dos, tres, cuatro veces hasta que lo apagué. Caminé como no lo hacía hace mucho tiempo en dirección al Parque Forestal, a la banca que solíamos usar con Tobías. Aún era temprano, pero no quería regresar a la oficina. No dejaba de escuchar en mi cabeza una y otra vez la voz de ella, ni siquiera conozco su nombre, solo llevo en mi mente, “Su Esposa”.

¡Diosss aún no me lo creo!

A las seis de la tarde volví a encender mi teléfono. Las llamadas de Francis eran tantas que me trajo malos recuerdos, «“Deberías llamarlo, si sigue insistiendo debe ser porque le preocupa”» Esas fueron sus propias

palabras, sólo espero que tenga razón. Estaba por volver a apagarlo cuando entró un mensaje; esta vez no era de quién me escondía, sino de Tobías.

«Mili, quería agradecerte el haberme recibido anoche, nunca fue mi intención provocarte un problema, pero quisiera volver a verte... ¿Alguna posibilidad?» —Tobías.

De inmediato comencé a teclear una respuesta.

«En este momento estoy en la banca del parque... ¿Puedes venir?» —Mili.

«Estaré ahí en menos de un suspiro» —Tobías.

Su respuesta me trajo un poco de alivio. No tengo idea que voy a hacer ahora; aún no me explico por qué Francis me ocultó algo tan importante, y si hago memoria, esa tarde en casa de su tío me habló de una relación seria, pero jamás se me pasó por la cabeza que fuese así de seria y peor aún que fuera reciente. Me llevé las manos a la cara y apoye los codos en mis rodillas, no sé por cuánto tiempo estuve en ese estado, pero unas manos me tomaron por los hombros. Yo no lloraba, estaba cansada, abatida; no sentía rabia, más bien me sentía desilusionada, pero al ver a Tobías y recordar todo lo ocurrido y más encima ahora encontrarme nuevamente en medio de... ahhh... no lo quiero ni decir, otra vez ¡Nooooooooo!

—Mili, ven aquí —se sentó a mi lado y me atrajo hacia él. Y por fin lloré. Sus caricias me consolaban. ¡Diosss, Tobías! Todo sería más simple si nunca te hubiese vuelto a ver. Ahora solo he conseguido una cadena de desastres y para rematar sigo en este círculo vicioso. Primero, Tobías, luego Francis y ahora su esposa... ¡Ni idea de en qué parte estoy yoooo!

Cuando estuve más calmada, Tobías se aventuro a preguntar qué me pasaba. Se quedó de una pieza al enterarse de lo ocurrido, pero no opinó nada al respecto, ni puso a Francis en mi contra.

—Tobías, no sé qué hacer... —dije hundiendo mi rostro en su cuello. No es justo que él me este consolando, no cuando ambos sentimos algo más.

—No lo sé Mili, pero quiero que sepas que te voy a apoyar en todo lo que decidas...

Volví a mirarlo para comprobar algo. Y sí, aun lo amo; bajo esos lentes se esconden aquellos ojitos oscuros que tanto extraño, me miraban brillantes sabiendo que estos momentos son tan valiosos para él como lo son para mí. Pero aún así me da miedo, sé que en cualquier momento puede volver a elegir y probablemente no seré yo.

Volví a centrarme en Francis, necesitaba desviar mis pensamientos antes de que mis acciones me traicionen. Ya estaba lista para hablar con él, necesitaba una explicación por omitir algo tan importante, al menos para saber que terreno pisaba y así de paso, no me llevaba tal desilusión.

—Tobías, ¿me acompañas a mi casa?

—No tienes que pedírmelo...

Se paró y de inmediato me ayudo a incorporarme. Caminamos lento por el sendero que daba hasta mi edificio, me mantuvo abrazada todo el camino y cuando llegamos a mi calle me detuve, tomé aire y lo miré.

—Si me acompañas hasta arriba no me molestaría en absoluto. No quiero subir sola a encontrarme con él, necesito algo de apoyo.

—Tranquila, prometo no intervenir, a menos que sea necesario. —Me sonrió, pero en el fondo sé que nada pasará.

Subimos y ahora me llevaba tomado de la mano; metí la llave en la puerta, pero ésta se abrió sin que la girara.

—Emi... —La voz de Francis sonaba algo angustiada y empeoró al verme llegar con Tobías, que por cierto no me soltaba la mano—. ¿Estás bien? —dijo tomándome del brazo y atrayéndome hacia él.

—Lo estoy, tranquilo —me di la vuelta y sonreí a Tobías—. Gracias por acompañarme, me hizo bien hablar.

—De nada, Mili. Me voy, pero si necesitas algo... sabes cómo ubicarme, a la hora que sea, ¿vale? —miró a Francis de reojo y se acercó a mi, me besó en la mejilla y Francis me dio un pequeño tirón para separarnos—. Buena suerte. —La ironía impregnó sus palabras. Atravesó la puerta y se fue sin mirar atrás.

Un portazo me hizo dar un salto; me di la vuelta y lo vi con la frente pegada a la puerta. Decidí que sería yo quien comenzaría a hablar.

—Francis... ¿podrías...?

—¡Cielos, Emilia! —me interrumpe exaltado, ese hombre de ojos verdes estaba enojado—. Podrías esperar al menos... dejar que te explique la situación antes de correr a los brazos del idiota ese. —Su respiración era acelerada, las fosas nasales se le abrían y cerraban, su mandíbula estaba tensa; no recuerdo haberlo visto así de enojado nunca, al menos no conmigo.

—Yo no he corrido a los brazos de nadie... ¿Qué mierda te pasa...? Juro que entre él y yo no ha pasado nada, absolutamente nada.

—Aún lo quieres, Emi, lo sé...

—Claro que lo quiero, siempre lo voy a querer, pero ya te dije que tomé mi decisión, nada pasó... —¡Diossss, como cambió el tema hacia mí y Tobías! Es él quien tiene que darme las explicaciones y aún así soy yo quien se las está entregando—. Francis... ¡Basta! —abrió los ojos ante mi pedido—. No puedes seguir evadiendo el tema, ¡Estás casado...! ¿Por qué me lo ocultaste?

—Yo... quise decírtelo... no pensé que volvería...

—¿Volver? ¿De dónde?

—Ella se fue del país después de que...

—¿De qué, Francissss? ¡Diosss, no te quedes a la mitad! —Ahora soy yo quien comenzaba a alterarse.

—¡Después de abortar a nuestro hijo! ¡Contenta!

Mierda... me quedé sin palabras. Su rostro angustioso me miraba con atención. Recordé su enojo conmigo cuando estábamos en el hospital, me abandonó cuando supo de la pérdida. Él ya había pasado por esto antes, pero yo no lo hice a propósito. Comencé a sentirme culpable por lo que me ocurrió, ¿cómo no me di cuenta que estaba embarazada? No supe ver las señales... Diosss, Emilia, vuelve al presente...

—Francis, ¿por qué no me lo dijiste? —en ese momento mi tono de voz era casi como un susurro, me dio tanta pena.

—No lo sé, soy un imbécil —de pronto su cuerpo le pesaba y dejándose caer en mi sillón favorito volvió a mirarme, para mi sorpresa siguió hablando—. Ella es una egoísta, dice que me ama, pero en realidad sólo se ama a sí misma. Cuando abortó, lo hizo sin siquiera pedir mi opinión, lo hizo a escondidas. Creí que no podría perdonarla, pero la cuide y sentí pena por ella; cuando se recupero tomó sus maletas y se fue. Me dejó. Sin una carta, sin un llamado, sin nada. Simplemente se fue. —Suspiró y cerró los ojos.

—Francis, no sé qué decir... —Me acerqué a él y me senté en su regazo. Me acurruque en su pecho y él me cubrió fuertemente con sus brazos. Ambos suspiramos—. Francis, él sólo me hizo compañía, necesitaba a alguien con quien hablar... no lo sé, quería contención, nada pasó.

—Te creo, Emi... ahora sólo abrázame.

Volví a acomodarme, creo que me dormí acurrucada en él. Desperté no sé a qué hora, pero aún no amanecía. Francis seguía dormido, estaba tranquilo, pero no me soltaba. Creo que ya voy entendiendo porque se pone histérico cada vez que no me encuentra. Me moví despacio, pero se despertó

al medio segundo aferrándome más a él.

—Tranquilo, ven, vamos a la cama...

Nos movimos y caminamos hasta el cuarto. Me quité la ropa con la intención de enfundarme mi camisa de dormir; él se quedó en bóxer y al verme me tomó de la mano y me llevó a la cama sólo en mi ropa interior.

—Ven aquí —dijo arrastrándome. Yo no sabía qué hacer, de pronto sentí pudor.

—Pequeña, no vamos a hacer nada —mi reacción lo alertó—. Sólo quiero sentirte cerca.

—Lo siento —dije avergonzada.

—No tienes que disculparte, creo que eso me toca a mí. —Sonreí, pero aún sentía ese extraño pudor.

Nos recostamos y pego mi espalda a su pecho; con sus manos me acariciaba suavemente, su tacto me estremecía, y no lograba conciliar el sueño. Quería saber un poco más.

—Francis...

—Si... —Él tampoco dormía.

—¿Por qué regreso? Tú esposa, ¿qué quiere de ti? —suspiró en mi cuello.

—Quiere que volvamos e intentemos tener un hijo.

Se me erizó la piel al escucharlo, esta vez fue directo, demasiado directo. Luego de esa declaración preferí callar. Francis me apretó más a él, me dio un beso en el cuello y se durmió acariciando mi piel, yo también logré caer rendida por el cansancio, no pensé en nada más, al menos no por esa noche.

## 4

Todo ese mes fue extraño. Francis se iba muy temprano por la mañana y apenas cruzábamos palabras. Para la hora del almuerzo llegaba a mi oficina con comida, se iba a las tres de la tarde en punto y venía por mí a la salida de mi trabajo para llevarme a casa o a lo de Vicky. Para rematar llegaba muy de noche, casi cuando ya estaba dormida, lo sé porque cada vez que despierto lo tengo pegado a mí, durmiendo. Esto no va bien, tiene que hablar conmigo, necesito saber qué está pasando, necesito saber si ella lo sigue buscando o peor si él se lo está replanteando...

El día sábado yo no trabajaba, pero él sí. Francis había agendado un par de clientes, así que me agarré de eso para ir con él.

—Francis, ¿puedo acompañarte hoy?

—¿Acompañarme?

—Sí, tal vez podrías hacerme un nuevo tatuaje...

—No lo sé...

—¡Vamossss... sabes que quiero otro!

—Tengo dos clientes y no sé cuánto me demore con ellos.

—¡Dioss, Francis, sólo quiero pasar tiempo contigo, llevas días escapándote de mí!

—Emi, he estado muy ocupado, lo sabes.

—No, Francis, no lo sé...

Él, que en ese momento me daba la espalda llevó ambas manos a sus caderas y suspiro profundamente.

—Está bien, vamos. —Se dio la vuelta y yo salté sobre él.

—Graciasssss —lo besé por toda la cara, estaba feliz de poder pasar el día con él.

—Nos vamos en 10 minutos.

—Estaré lista en 5.

Partí al baño y mientras cepillaba mis dientes me observaba en el espejo. Estaba mucho mejor que hace unas semanas atrás, creo que he ganado algo de peso, gracias a mi amiga Vicky. Después que se le quitaron esos horrorosos ataques de nauseas y vómitos, por fin comenzó a sonreír, pero los antojos han sido de mucho dulce; tortas, helados y galletas, y yo he sido su “dealer oficial,” aunque reconozco que sus antojos se han transformado también en los míos. En fin, me siento de mucho mejor ánimo e incluso he comenzado a cantar en mi cabeza, cualquier día vuelvo al local y retomo mis presentaciones, que es algo que amo y extraño hacer, cantar.

Antes del medio día llegamos a su estudio, sólo estábamos Paco, Francis y yo. Su primer cliente llegó muy puntual, así que me dedique por más de dos horas a jugar a los naipes junto a paco; hablamos de la vida en general, de su familia y de la mía. Paco me mostraba en su teléfono las fotos de sus hijos, dos gemelos igual a él, eran algo rellenitos, pelo cobrizo y muchas pecas, posaban sonrientes y a Paco la baba de orgullo le llegaba hasta el suelo, también estaban sus mascotas; dos perros Rotweiler y una Iguana, su mujer era una delgada y adorable mujer que tuve el gusto de conocer hace mucho años atrás y me alegré de que siguieran juntos, siempre supe que eran el uno para el otro. Yo estaba feliz en su compañía, estaba tan entretenida escuchando sus historias que hasta me olvide que también venía por un tatuaje nuevo. A las 14:30 de la tarde llegaron las pizzas que habíamos ordenado y en ese mismo momento salió Francis junto a un pálido, pero feliz cliente recién tatuado. Traía su torso al descubierto y pude apreciar bajo el parche transparente el tatuaje recién hecho, era una calavera inmensa con algunas figuras que no supe distinguir, era un arte increíble, aunque estoy segura que yo jamás me haría algo así. Dos minutos después Francis se unió a nosotros y los tres nos devoramos las pizzas.

—Entonces, ¿te decidiste por algún diseño? —Aproveché de preguntarme Francis al tiempo que le daba un mordisco a su pizza.

—Aún no, estuve charlando con Paco y ni siquiera los miré.

—Ok, mi próximo cliente debe estar por llegar, así que piénsalo bien, aunque tampoco es necesario que lo hagamos hoy mismo.

—Claro que sí, además Paco también puede hacerlo.

—Nada de eso.

—¡Hey, man! ¿Qué confianza es esa hermano?

—A Emi, sólo la toco yo... —Francis estaba serio, esos celos eran tan extraños en él, nunca se comportó así cuando éramos jóvenes.

—Ni que fueras su dueño... —Yo los miraba y reía al escucharlos, era genial volver a estar junto a ellos.

De pronto la puerta del local se abrió haciendo sonar una campanita. Los tres nos giramos y vimos entrar a una mujer, no la reconocí al principio; era alta, pelo oscuro liso que le caía bajo el hombro. Ojos grandes y oscuros. Caminó hacia nosotros como si ésta fuera su casa y cuando posó sus ojos sobre mí una mueca de desprecio se reflejó en su rostro, era la esposa de Francis, me miraba con odio y debo admitir que me dio terror, estuve a punto de esconderme detrás de Paco.

—Paulina, ¿qué haces aquí?

—Como no contestabas el teléfono me aventuré a venir aquí y mira con lo que me encuentro, con tu amante.

—Vine por un tatuaje —contesté sin saber por qué lo dije.

—Francis, dijiste que no la verías más.

—¡Paco...! —le hablé tratando de que ahora sí me escondiera.

—Ven aquí pequeña.

—Paulina, vete a casa sí —Francis le habló golpeado, más bien encolerizado.

—No, no quiero, me prometiste que volverías y no lo has hecho.

—No te prometí nada, no inventes quieres.

—Claro que sí, me lo prometiste, dijiste que tendríamos un hijo, no uno, dos, lo prometiste.

—No, Paulina, eso no es verdad, ¡Para ya! —Yo no me atrevía a hablar, me apegue más a Paco quien me abrazó y me hizo sentir invisible.

—Francis, ya te dije que lo que hice fue porque estaba insegura, pero ahora estoy lista, se que quieres un hijo, me lo dijiste...

—¡Basta, estás loca... nos vamos de aquí!

Francis se acercó más a ella y tomándola del brazo la sacó del local, volvió minutos después y se dirigió a Paco, al parecer yo aún era invisible.

—Paco, necesito que te encargues de mi cliente y de Emi...

—Ve, que yo me encargo —Francis me miró y sentí el dolor en su mirada. Algo no estaba bien y él lo sabía—. Ve, no hay problema hermano, deja que yo me encargue por hoy.

Cuando Francis salió ambos nos miramos, Paco levantó los hombros en señal de no saber más que yo. La campanita volvió a sonar y me giré de inmediato a mirar, no era Francis, esta vez era otro hombre que sonriente entraba en el estudio. Me relajé sabiendo que no eran ellos, pero al mismo tiempo sentía una punzada al recordar las palabras de esa mujer «Sé que quieres hijos, me lo dijiste» Francis quiere hijos... yo no puedo darle hijos, al menos no por ahora, no después de lo que pasé... ni siquiera soy capaz de decirlo en voz alta, el recuerdo aún me atormenta... sólo sé que no estoy preparada.

Esa noche llegué sola de vuelta a mi departamento, esperé a Francis en el salón, sentada en mi felpudo, trataba de leer, pero por más que leía no avanzaba página. Miré la hora y me di cuenta que eran pasadas las dos de la madrugada, él ya no llegaría. Me paré y resignada me tiré sobre la cama. «Tal vez ya es hora de volver a estar sola, nada me funciona y creo que lo mejor será hacerme monja.»

Desperté con mucho calor, mi cuerpo sudaba, apenas abrí mis ojos sentí unas manos que me atrapaban. Me giré un poco y ahí estaba él, no creí que llegaría, no lo sentí entrar, pero ahí estaba, a mi lado, y yo sin darme cuenta me puse a llorar en silencio. Pese al calor que su cuerpo le daba al mío, fui incapaz de moverme. En silencio me giré para quedar frente a su rostro, incluso durmiendo notaba su preocupación, el ceño de su frente formaba una ve, estaba tenso y sin pensarlo mis manos le acariciaron ese espacio tenso, de a poco comenzó a moverse hasta que abrió sus ojos verdes. Me miró mientras yo seguía con mi mano en su rostro y antes de que pudiera decir algo se acercó hasta mi boca, relamió mis labios con su lengua y yo simplemente me dejé llevar... Sentí como sus manos se deslizaban por mis brazos, bajando lentamente hasta detenerse en mi cintura, sus manos me apretaron contra él y de un solo movimiento me dejó sobre su cuerpo. Su rostro ya no estaba tenso,

lo sé porque en ningún momento dejé de mirarlo. Me levantó para ayudarme, y cuando estuvo en mi interior su mirada cambió, era como si me rogara sin palabras que me moviera para él, y así lo hice. Las sensaciones innegablemente eran sublimes; verlo, tocarlo, sentirlo, eran un conjunto de emociones que erizaba todo mi cuerpo. En estos momentos mi cabeza no pensaba en nada. Ambos nos mirábamos fijamente, su cuerpo también se movía levantándose a mi ritmo, sus dedos se clavaban en mis caderas, mis manos en sus brazos y como si hubiera una conexión, ambos llegamos al clímax. Mi placer, su placer. Ambos tuvimos un orgasmo intenso, mi cuerpo se dejó caer sobre el suyo, exhausto. No me atreví a hablar, ¿qué me pasa? ¿por qué soy tan débil? Mi cabeza me traicionaba... Salí de ese estado al sentir sus manos acariciando mi espalda, no supe cuanto tiempo transcurrió.

—Te vas a enfriar —dice mientras me aprieta más a él.

—Lo dudo, tu cuerpo aún sigue caliente.

—Emi, por más que me guste estar dentro de ti, te recuerdo que debo recuperarme y así me será algo difícil...

—¿Qué dices? —me encontraba cómoda, tanto así que no entendía lo que me decía.

—Que debo separarme un poco, sólo iré unos minutos al baño.

—Oh, ok...

Sus fuertes brazos me tomaron para acomodarme a un costado, él se paró y desapareció tras la puerta del baño. Lo seguí apenas con la mirada y cuando la puerta se cerró me giré y cubrí con las sábanas. Necesitaba dormir.

Desperté al medio día del día domingo, sola en mi cama. Estaba fresco y yo vestía una camiseta ancha que no recuerdo haberme puesto. Me levanté algo aturdida, creo que dormir tantas horas me hicieron mal. Salí al salón y allí no había nadie. Al parecer hoy estaré sola y sin siquiera saber de él. Francis tiene que tomar una decisión y odio tener que ser una de ellas, pero lo que realmente odio es que todo se repita, tal vez no es igual, pero siento que la mala suerte me persigue...

El teléfono sonó para salvar mi domingo, era mi mamá que necesitaba contarme una buena noticia. Al parecer mi tío Manuel, hermano de mi mamá, había desistido de la venta de la casa de mi abuela y me estaban dando la posibilidad de ir a vivir en ella. Casi no me lo creía, era una oportunidad que no podría rechazar, pero luego recordé que Tobías había vuelto a vivir a la casa de sus papas y que yo “aparentemente” estoy con Francis, aunque

técnicamente el sigue “casado.” ¡Diosssssss! No puedo creer que sea una decisión difícil de tomar, es la casa de mi abuela, como podría rechazar esa posibilidad. Por la tarde salí decidida. Antes del atardecer estaba parada fuera de la casa vacía. Mi antigua llave en la mano y luego de ver la casa de al lado por unos momento tuve el valor de entrar. No venía desde que con mi madre cerramos todo. Aún había luz, ya que nos encargamos de seguir pagando los servicios básicos, en caso de que hubiera algún comprador y debíamos mostrarla. Al entrar un olor a lavanda aún se sentía al pasar, mi Abue siempre adoró ese aroma y se encargaba de que la casa oliera así en cada rincón. Caminé encendiendo las luces y quitando las sábanas de los muebles, quería sentir que estaba en casa y que de alguna parte saldría ella con unos pastelitos recién preparados para regalarnos, pero allí no había nadie, la cocina estaba vacía, la mesa sin una taza lista por si alguien llegaba a la hora del té, allí solo habían recuerdos... Subí al que por un verano fue mi cuarto y encendí sólo la lámpara de noche, todo seguía igual. Puse la radio y mientras la música sonaba caminé hasta la ventana, mire hacía el frente e igual que hace muchos años atrás allí estaba él... Me miraba con esos ojitos tiernos de adolescente, yo le sonreí y con rapidez me hizo una seña para que bajara a encontrarme con él. Corrí escalera abajo tal como lo hice hace diecisiete años, salí a la entrada y vi que me hacía señas para que lo acompañara a la parte de atrás de su casa... simplemente hay cosas que nunca van a cambiar.

Tuve que devolverme a la entrada de la casa de los padres de Tobías para poder seguirlo hasta el patio trasero. No supe en que momento apareció una reja dividiendo ambos terrenos, antes este sitio lo ocupaban arbustos bien cortados y a una altura que pudiesen saludarse de un lado a otro. Ahora, barras de fierro dividen ambos terrenos como si fuese nuestro karma.

Al llegar, Tobías me esperaba tirado en el pasto mirando el cielo, no a mí, al cielo. Me tiré a su lado y sonreí, él con cuidado buscó mi mano y tomó mi dedo meñique, suspiró y como si fuera todo muy normal me saludó.

—Hola, Mili.

—Tobías...

—Quisiera decirte que te eche mucho de menos, pero no me atrevo a escuchar tu respuesta.

—Yo siempre te echo de menos, incluso cuando me arranco de ti —lo vi de reojo y sonreía.

—Yo creo que te echo de menos incluso desde mis vidas pasadas, creo

que en ninguna he sido digno de ti.

—Digno, ¿qué dices?

—Eso, digno, porque es lo que quiero ser, digno de ti, de merecer tu cariño, tu amor y estoy temiendo que eso tampoco ocurrirá en esta vida. — Tobías cerró los ojos justo en el instante en que me giré a verlo.

—Tobías, las cosas están muy... raras, no sé que estoy haciendo de mi vida, un día estoy bien, vivo con un hombre que me ama, me cuida, que quiere proyectarse conmigo y al día siguiente vienes tú y pones mi mundo de cabeza. Luego me doy cuenta que no puedo seguir metida en una burbuja de fantasías y trato de alejarme de ti, pero ahí aparece Francis. Él me da su apoyo, pero a la vez dice que quiere estar conmigo... —Tobías me interrumpe.

—Pero tiene esposa, algo loca por cierto.

—Así es... —suspiro—. Estoy confundida.

—Tal vez pueda ayudarte.

—¿Cómo?

Tobías se sentó y me ayudo a hacer lo mismo, tomo mi mano y la apretó, luego su mano libre buscó mi rostro y yo sentí su calor, cerré mis ojos y disfruté unos segundos de su tacto, al abrirlos lo vi acercándose directo a mi boca, él iba a besarme, pero esta vez moví mi mejilla y sólo logró besar mi rostro.

—No, Tobías, lo siento. Ahora estoy con él, o eso creo. —yo misma titubeaba al escucharme hablar.

—Mili, yo te quiero... no, más que eso, te necesito, no puedo vivir lejos de ti, quiero estar contigo.

—Yo también te quiero, eres como un mundo lleno de lugares que quisiera descubrir, pero...

—¿Pero qué, preciosa?

—Nada me asegura que no vayas a volver a tu casa, con tus hijos, que es donde deberías estar.

—No, no lo haré, y ellos no dejarán de verme, tu los conocerás, verás que te aceptarán...

—No lo creo, Tobías. —Me paré de mi sitio y comencé a caminar de un lado a otro—. Yo no sabría como mirarlos a la cara sabiendo que fui la responsable de que su padre los abandonara.

—No los he abandonado, Mili, y no es tu culpa, mi relación con

Cristina no iba a durar mucho más si tú no hubieras aparecido. No la amo; la quiero, es la madre de mis hijos, pero a la que amo, a la que siempre he amado es a ti, a ti, Emilia Santis... —Lo miré directo a sus ojos, sus lindos ojos negros, él esperaba expectante una respuesta, pero mi cabeza estaba mal, confundida, quería decirle que también lo amaba, pero no podía repetir nuevamente la historia, en mi vida había un hombre que decía quererme, ese era Francis y yo había decidido darle un oportunidad.

—Lo siento, Tobías, pero nosotros tuvimos una segunda oportunidad y ambos sabemos lo que pasó, ahora sólo podemos ser amigos, y yo quiero ser tu amiga, porque no quiero dejar de verte...

—Está bien... —él suspiró largo y levantó la cabeza—, pero yo no voy a volver con ella, te voy a esperar, aunque sea viejo, calvo y arrugado, pero quiero ser yo el que cuide de ti, quiero estar a tu lado hasta sentir tu último aliento, hasta que tu corazón deje de latir y deba cerrar tus ojos, quiero decirte: adiós preciosa, siempre serás el amor de mi vida...

—¡Para, Tobías! —Mis ojos estaban inundados en lágrimas, no soportaba seguir escuchando esas palabras, me estremecía con sus dichos y me hacía desear todo lo que de su boca salía. ¿Por qué, Tobías, por qué ahora? Repetía en mi cabeza una y otra vez mientras él me cubría con sus brazos, su abrazo... ¡Diossss, cómo adoro sus abrazos!

Como pude me separé de su cuerpo y sequé las lágrimas con mis manos, lo prudente en este momento era la distancia. Tomé aire para poder hablar y decirle que pese a sus palabras, me mantendría en mi postura, incluso sintiendo que me dolía en lo más profundo de mi ser.

—Gracias, no tienes idea lo que significa escuchar esas palabras, pero ya tomé mi decisión y espero que la respetes.

—Lo haré, siempre y cuando no te alejes de mí, no podría soportarlo.

¿Qué le pasa a este hombre? ¿Acaso no piensa darme un respiro?

—No lo haré, no lo haré... —No dejaba de mirarme a los ojos y yo me estaba poniendo nerviosa, siempre que hacía eso se acercaba y terminaba besándome y yo debía escapar de eso a menos que... no, Emilia, aleja esos pensamientos de tu cabeza. Tuve que reprimir hasta mis pensamientos para no caer en la tentación— ...Lo mejor será que me vaya.

—¿Dormirás aquí?

—No, sólo vine a darme una vuelta, pero creo que tendré que venir más seguido... —Ahora él abrió mucho los ojos—, no a lo que estás pensando,

no, Tobías ¡Ya deja de mirarme de esa manera!

—No lo puedo evitar —Me sonrió y eso me hizo sonreír a mi.

—Vendré a limpiarla y no lo sé, tal vez...

—¿Te vendrás a vivir aquí? —La mirada se le iluminó como nunca y se le notaba ansioso a mi respuesta.

—Quizás... Aún no lo sé. —Junte mis labios para reprimir una sonrisa, no quería demostrarle lo mucho que me gustaba esa idea, el hecho de tenerlo cerca era toda una tentación.

—Pues deberías.

—Ya lo veremos, ahora iré a cerrar, debo irme.

—Te acompaño hasta la puerta.

Caminamos en silencio hasta la puerta de la casa de mi abuela, le di un beso de despedida, pero en la mejilla y con una sonrisa en mi rostro entré en la casa. Me quedé apoyada en la puerta varios minutos hasta que mi teléfono comenzó a sonar, lo miré y vi el número de Francis en la pantalla, contesté de inmediato.

—¡Emilia, ¿dónde estás?!

—Estoy en casa de mi abuela.

—¡¿Qué haces allá?!

—Vine a ver como estaba todo, ¿por qué? ¿pasó algo?

—No, es sólo que llegué y no estabas...

—Pero yo desperté esta mañana y tú no estabas, Francis, ya es tiempo de que hablemos ¿no lo crees?

Silencio absoluto.

—Espérame ahí, voy por ti.

—No, no es necesario, vine en mi Giulietta. Además ya estoy por irme —lo escuché maldecir, pero me hice la desentendida—, nos vemos en un rato sí...

—Está bien.

Colgué el móvil y lo llevé a mi pecho... mi confusión era como una nebulosa, pero de una cosa estaba segura, necesitaba esa charla con él para tomar decisiones, para encarrilar mi vida, para... al menos para saber que suelo estoy pisando.

Antes de entrar en mi departamento respiré profundo, introduje la llave en la cerradura y giré, al abrir él estaba sentado en mi sillón junto a la ventana, la luz era tenue y él me miró con unos ojos cansados, llevaba el

torso desnudo y eso no era precisamente justo, pues me distrajo unos momentos antes de volver a mirarlo. Una vez que cerré la puerta, Francis se puso de pie, caminó calmado hacia mi y me besó como reclamándome. Al igual que durante la madrugada, comenzó a tocarme de manera que mi cuerpo se negara a rechazarlo, todas sus caricias repercutían en mi zona más sensible, y aunque quería hablar, mi cuerpo hacía todo lo contrario. Francis era un experto en tocar esa parte sensible de mi cuerpo, me estremecía sólo con sus manos, pero su boca me mataba. Yo no escuchaba a mi mente cuando él me tocaba, yo simplemente me dejaba hacer, me entregaba a sus ordenes hasta caer rendida... Él sabía como lograr que me olvidara de aquella conversación, y yo la olvidaría por esta noche, pero no le conviene que vuelva amanecer sola, esa no la perdono dos veces, ni siquiera con sexo.

Era media noche y sentí un ruido que me hizo abrir los ojos. Vi una sombra moverse de manera sigilosa a los pies de la cama, pero esta vez no pudo escabullirse el muy bastardo, esta vez tendría que darme explicaciones...

—Francis, si piensas salir, deberías también llevarte tus cosas y cuando digo tus cosas, me refiero a todas tus cosas —se quedó de piedra al escuchar mi voz, y yo ni siquiera me molesté en levantarme, si él quiere salir como una rata, a escondidas, pues que lo haga, yo no pienso detenerlo.

—Lamento haberte despertado, pequeña.

—Y yo... lamento tener que sentir pena por mi...

—Pequeña, no digas eso. —Francis se acercó a mi y me abrazó, pero ya era tarde, mis ojos estaban enjuagados en lágrimas que no controlaba, y cada vez que me hablaba era peor—. Por favor, deja de llorar, odio que estés así por mi culpa.

Mis sorbetones fueron disminuyendo al tiempo que las ganas de hablarle crecían, esta era mi oportunidad de sacarle algo, así que trate de calmarme hasta finalmente lograrlo...

—¿Dime por qué te vas así, huyendo?

—No... no estoy huyendo, es sólo que...

—¿Qué, Francis?! Desde que ella volvió estás raro, te vas a horas muy extrañas, ya no sonrías y solo te desfogas conmigo...

—¿Qué dices? ¿Así es cómo lo ves?

—De qué otra manera si no, sabes que no me puedo negar a tus caricias

a tu... a todo tu cuerpo... ¡Diossss, Francis, esto no está bien, necesito saber qué pasa!

—Es ella... —Dos palabras abatidas salieron de sus labios, dos palabras que confirmaron mis sospechas, mis vaticinios, mis temores, todo.

—Ella te quiere de vuelta y te lo estás pensando...

—¡No!

—¿Entonces?

—Ella me esta... chantajeando.

—¿Qué ella qué? Perdón, me perdí de siglo. ¡¿Una mujer te está chantajeando a ti?!

—Si, y me esta dando donde más duele.

—¿Con qué?

—Contigo, el divorcio, y con su instinto suicida.

—No lo entiendo. Ilumíname.

—Ella me tiene amenazado con quitarse la vida a menos que...

—¿Quééééé? Francis, termina ya las frases o me va a dar algo.

—A menos de que la embarace.

¡Ay noooooooooo, Diosssssssito! ¡Esa mujer si que está loca de remate!

—¿No estarás pensando en darle en el gusto? Francis, no me digas que te estás acostando con ella y luego vienes aquí y te acuestas conmigo, porque juro que eso no podría soportarlo.

Sin darme cuenta me había zafado de sus brazos y ya caminaba de un lado a otro en la habitación.

—Emi, eso no ha pasado y no pasará.

—No lo sé, ella dijo algo que sé es verdad. Tú quieres hijos y eso conmigo está lejos de ocurrir.

—Eso... eso es problema mío, yo por ahora estoy tratando de lidiar con toda esta situación, además ella esta mal de la cabeza, sólo le hago creer que estoy en casa, apenas duermo tratando de pensar en como solucionar todo este embrollo, créeme, Emi, lo que menos pienso en estos momentos es en hijos.

Quería creerle todas y cada una de sus palabras, en el fondo, el tiempo que estuvo conmigo antes de que esa loca de remate apareciera a malograr su vida, era otro Francis, uno divertido, juguetón, coqueto, tierno, preocupado... Ahora, ahora estaba triste, mustio, sin energía... Ella no se merece ni un poquito de su preocupación, pero la tiene y eso increíblemente me duele.

—Francis, creo que debes encargarte de tu problema con ella, si no vas a estar aquí a tiempo completo, creo que lo mejor es que no estés.

—¿Qué me quieres decir? ¿Quieres que me valla?

—Algo así... —me puse nerviosa de un momento a otro y no dejaba de caminar por el salón.

—Emilia, yo no voy a volver a vivir con ella, además es contigo con quien quiero estar...

—¡Basta, Francis... basta! Ya tomé una decisión, lo he pensado y creo que lo mejor es esto... Yo estoy bien, no es necesario que sigas aquí, y si no arreglas todo ese lío con tu mujer...

—Ex mujer, Emi, ex... —me interrumpió acercándose a mí.

—Lo que sea, mujer, ex, da igual. No quiero ser la tercera en esto, no de nuevo, me rehúso...

Caminé hasta mi cuarto y Francis de inmediato me siguió histérico, al parecer no le cayó tan bien mi decisión, pero ¿qué más podía yo hacer? ¿Conformarme? No, eso no.

—Emi... —Suspiró con fuerza tratando de ordenar sus ideas, en el fondo sabía lo que me quería decir, solo que esta vez yo pondría los límites y esos ya estaban decididos.

—No, Francis... Quiero que sepas que me iré a vivir a la casa de mi abuela, y lo haré sola, es lo mejor para todos.

—No, no lo es, dije que no me iría y no lo haré.

—No, no lo harás, porque soy yo la que se irá, te puedes quedar en este departamento todo el tiempo que quieras, al menos cuando quieras estar solo, pero yo me voy... —Saqué una gran maleta de uno de los armarios y para ser más dramática comencé a empacar la ropa y todo lo que se me ponía por delante. Francis me miraba sin dar crédito y sin pensarlo de sus labios salieron palabras que él sabía me dolerían.

—Te vas por él, ¿no es así?

—¡Francissssss, por Diossssss!

—No lo niegues, sé que sigues enamorada de él, pero también sientes algo por mí... lo sé.

—Yo... no quiero hablar de eso —no lo miré, al contrario, seguí empacando y pidiéndole a mis lágrimas que no salieran más, mis ojos ardían, pero aún así aguanté como la mujer valiente y orgullosa que soy.

—Emilia, necesito saber, necesito tomar una decisión...

—¿Decisión? ¿Decidir qué? ¡¿Ella o yo?! ¡Diossssssss!

—No me malentiendas, no es eso lo que quise decir...

Hasta aquí llegué, mi paciencia no era tan paciente como yo creía y definitivamente no quería seguir con aquella conversación. Agarré la maleta y pasé por su lado sin mirarlo. No alcancé a llegar a la puerta de entrada y eso lo esperaba, pero cuando me agarró del brazo y me apegó a él, supe que debía ayudarlo a decidir.

—¡Emilia, no quiero que te vayas!

—Yo no puedo ser quien tú quieres que sea, no puedo dejar de querer a Tobías y no soy capaz de darte los hijos que esperas, pero lo más importante, no volveré a ser la otra...

Francis sabía a lo que me refería. Me soltó con cuidado sin dejar de mirarme, pero lo que vi en sus ojos no era lo que me esperaba, sus ojos mostraban resignación y eso confirmaba mis sospechas; él me quería, pero el tema de la paternidad lo estaba atormentando, no sé por qué, pero le atormentaba y ahora ella regresaba ofreciendo lo que él más quería. Pues, esta noche su decisión sería más fácil porque la que saldría de su vida sería yo.

—Adiós, Francis.

Abrí la puerta y salí en silencio. No la cerré, simplemente caminé hasta las escaleras y bajé. Llegué hasta mi Giulietta y una vez dentro me permití llorar. ¿Acaso no me darán un respiro? ¿Qué le pasa al estúpido destino? Quiero hacer lo correcto, pero no me deja. Necesito un respiro...

¡¡Necesito un maldito respiroooooo!!

E stuve circulando sin rumbo por las calles capitalinas por más de dos horas y finalmente terminé en la puerta de la casa de mi amiga Vicky, no me atrevía a golpear, eran más de las dos de la madrugada. Pude haber ido a la casa de mi Abue, pero sería el primer lugar donde Francis me buscaría, así que decidí ir donde mi amiga, él no ha pisado su casa... nunca. Me senté a esperar a que amaneciera, con la maleta a un lado y el celular en la mano, solo había un mensaje de él, uno solo, pero que me estaba torturando. Él sabía que no quería verlo y obvio, fue testigo de cómo me aleje de Tobías. Él me daría el espacio que necesitaba, aunque no sé por cuánto tiempo. A las ocho de la mañana la puerta de entrada se abrió despertándome de golpe.

—¿Emilia? ¿Qué haces durmiendo aquí?

—Teo, hola, lo siento llegué de madrugada y no quise despertarlos —El marido de mi amiga me ayudo a levantarme y entró mi maleta. Mi amiga venía con una bata y una taza de leche caliente en las manos, me miró fijo y puso cara de reproche.

—¿Qué te hizo ese imbécil?!

—Amiga... —caminé hacia ella y como si fuera una niña pequeña lloré. Ella no dudó en cobijarme y apretarme con su abrazo maternal. Me llevó a su dormitorio y me acomodó en su cama.

—Iré a traerte un vaso de agua con azúcar para que te calmes, tú desahógate todo lo que quieras, ya me contarás que fue lo que pasó, y mira, que si ese desgraciado te hizo algo voy y lo mato, lo mato... —Se alejó del dormitorio echando humo por los poros. Mi amiga era capaz de eso y más aún en su estado, lo que ella no sabía era la historia completa y creo que hoy llegó el día de enterarse.

Luego de llorar abrazada a mi amiga, me quedé profundamente dormida. Dormí casi todo el día. Cuando abrí mis ojos, Vicky estaba sentada a mi lado palillos en mano tejiendo algo para el bebé, y el televisor encendido a un volumen bajo.

—Hola, ¿qué hora es?

—Son casi las ocho de la noche, me alegro que ya estés despertando porque la curiosidad me esta matando, ya casi he terminado el chalequito que he empezado a penas te dormiste.

—Gracias por dejarme estar aquí, necesitaba dormir tranquila.

—No hay problema amiga, sabes que estaría feliz de que te quedaras aquí de manera indefinida.

—¿Qué diría Teo?

—Diría: gracias por quitarme de encima a esta loca embarazada de casi cuatro meses...

—¡Vickyyyyyy, qué dices!

—¡La verdad! Mili, al pobre lo tengo casi en el loquero con todos mis antojos y arrebatos, y lo peor es que a veces ni yo misma me aguanto, y si te quedas aquí estoy segura que te lo agradecerá eternamente. —Mi amiga por fin lograba sacarme una sonrisa, pero creo que tiene razón, Teo ya estaba cerca de ganarse el cielo soportando a esta mujer, suerte que él la adora al igual que yo, sólo espero que ese bebé nazca pronto.

Las dos nos levantamos y fuimos a la cocina a preparar algo de comer, justo en ese momento entró el santo en persona con una bolsa de papel en la mano y una de hilos para la futura madre que no paraba de tejer. Los tres compartimos de una cena y charlamos de nada en particular y cuando Teo decidió ir a su cuarto a descansar fue la hora en que Vicky y yo nos sentamos en uno de los cómodos sofás del salón y sin más vueltas le conté toda la historia, de principio a fin, no omití ningún detalle, inclusive le conté de la perdida de esa cosita que logró formarse dentro de mi; en ese momento las dos lloramos, pero cuando me repuse continué con la historia y cuando llegué a la parte de Paulina, de la mujer o ex mujer de Francis, la vi empuñando su taza con tanta fuerza que pensé la reventaba... Finalmente le conté de la reaparición de Tobías, de la casa de mi Abue y de las amenazas de esa mujer para con Francis y de sus ganas de ser padre, algo que yo no podría cumplir en estos momentos... y ¡ah! lo más importante, de que mi corazón estaba completamente dividido en dos... Dos amores del pasado, uno por el cual daba mi vida completa, un amor de niña, de joven, de adolescente y otro... otro que me dio la frescura de volver a ser yo misma y que de adulta me hizo vibrar hasta amarlo por ser simplemente él... ¡Diossss! Aclara mi cabeza, ya que la razón es lo único que me puede ayudar en estos momentos.

—Entonces, amiga, creo que debes tomar una decisión, aunque yo creo

que deberías dejarlos a los dos, ninguno te conviene y lo sabes.

—Pero, Vicky...

—Pero nada, amiga, necesitas un tiempo a solas, sin hombres. —Ella tenía razón, pero ¿cómo lograrlo cuando el corazón es más fuerte? El mío late y late fuerte.

Esa noche apenas y dormimos. Vicky me obligo a contarle con lujo de detalle todo sobre Tobías, y como ya había develado todos mis secretos, aproveché de ir detallando algunas cosas que mi amiga moría por saber y cada palabra que salía de mi boca provocaba que los recuerdos vividos me erizaran los pelos. Daría cualquier cosa por volver el tiempo atrás. Daría cualquier cosa por volver a los diecisiete.

Desperté a las siete de la mañana, había dormido apenas dos horas, pero era martes y debía ir a trabajar. Ayer ni siquiera avise mi ausencia y si sigo así pronto quedaré sin empleo, «“nadie es imprescindible”» dice siempre mi papá y tiene razón. Me di una ducha y me vestí rápido, al rato estábamos todos desayunando; Teo, Vicky y yo.

—Amiga, te vendrás esta noche para acá.

—No lo sé, Vicky, creo que iré a la casa de mi Abue.

—¿Acaso, Teo te ha puesto mala cara? —Vicky lo miró con reproche y el pobre me miró de vuelta.

—Noooo, tranquila. Ninguna mala cara, es sólo que ustedes necesitan su espacio y yo el mío.

—¡Ay, Miliiii! Yo estaría feliz de que te vinieses aquí, además, Teo sería feliz con dos mujeres, como la teleserie esa, “Dos mujeres, un camino.”

—Vicky, no me hagas reír... —La mesa se llenó de risas, pero Teo apenas pudo se escabulló para marcharse a su trabajo.

—Bueno chicas, yo debo retirarme, las dejo para que sigan con su charla, y Mili, créeme, jamás serás una molestia en esta casa, siempre serás bienvenida.

—Gracias, Teo, lo sé.

Las dos los vimos salir por esa puerta y Vicky volvió al ataque.

—A ver, dime, ¿cuándo sacarás tus cosas del departamento?

—No lo sé, iré durante el día.

—Y Abu, te lo llevarás...

—¡Por diossss! Abuuuuu, no había pensado en ese gato loco...

—Déjasele y te vienes aquí.

—Noooo, si es el alma de mi abuela, me lo llevo conmigo, estará feliz de volver a su casa, como gato claro.

—Ok, ahora te convertirás en la loca de los gatos, solo falta que le hables como si fuera una persona.

—Pues ahí tienes la razón de porque no puedo venirme contigo, pero no te preocupes que me tendrás aquí muchos días a la semana, en especial cuando tu puntito salga de esa enorme panza. —A Vicky se le llenaron de lágrimas los ojos, al parecer toque una fibra sensible sin darme cuenta.

—¿Qué, qué dije? Vicky, dime que dije...

—Nada, es que mírame, parezco un balón de esos que usábamos en yoga, cuando íbamos claro...

—Amiga, es porque estás embarazada, pronto nacerá tu bebé y volverás a ser tú.

—Pero ahora, Teo ni me toca, y yo tengo ganas.

—Díselo. No te quedes callada.

—Me da vergüenza, y cuando me he insinuado, no se da por aludido.

—Debe ser por el bebé, no por ti, a los hombres les da cosa.

—De igual manera, yo me miro y creo que en cualquier momento me desparramo.

—¿Y cuando sabrán el sexo?

—Cuando Teo me toqué.

—¡¡No ese “sexo”, el del bebé!! —Mi amiga me miró y finalmente soltó una carcajada, su humor mejoraba y con eso mi día.

—En estos días iré con el doctor, veremos si tengo suerte.

—Pues me cuentas a la hora que sea... —Me paré para buscar mis cosas, se me estaba haciendo tarde. Vicky me miro tristonaa—, qué... amiga, yaaaaa cambia la cara.

—Mili, pensé que te vendrías aquí esta noche.

—Amiga, porque mejor hoy no te arreglas, te pones tu mejor pilcha y tratas de hacer que tu marido se aproveche de ti, mmm.

—No sé, no sé... veré que pasa, pero que quede claro que si no tengo sexo con él, tendrás que venirte a aguantar mi mal genio.

—¡Ahhhh, Teo, más te vale que le digas que sí! —Le di un beso en la mejilla a Vicky y le sobé la panza como para sentirme mejor con migo misma.

Salí del departamento y del edificio. El cielo estaba cerrado por las nubes que amenazaban una jornada fría, cerré los ojos y respiré profundo. Hoy debía tomar una decisión difícil.

Su voz llegó a mi oído, Francis estaba esperándome y aunque reconozco que eso no me molestó, también me provocó algunas contradicciones.

—Emilia, sabía que estarías aquí —Francis caminó hacia mi y yo lo miré a los ojos.

—¿Dónde más verdad?! Creo que últimamente soy algo predecible...

—No, en verdad no lo eres, pero ayer llamé a Vicky y me dijo que estabas aquí.

No me lo creo, mi amiga me delató y no me dijo nada.

—Por eso no me llamaste...

—Te conozco, Emi, sé que necesitabas tu espacio.

—Entonces también deberías saber que aún no quiero hablar contigo.

—Eso lo tengo claro, sólo quiero que me escuches. He pensado mucho desde que te marchaste de tu departamento y esta vez soy yo quien ha tomado la decisión correcta.

Escucharlo hablar no me estaba gustando nada, que él tuviese la última palabra no me gustaba nada, no, eso no es lo que yo esperaba.

—Pues di lo que tengas que decir rápido, tengo que trabajar.

—Me iré del departamento, ese es tu lugar y no pienso quitártelo —ufff sentí un alivio; no me quería ir a la casa de mi abuela tan pronto, en el fondo, un espacio tan grande no era precisamente bueno para mi salud.

—¿Te irás, pero a dónde? —pregunté sabiendo la respuesta. Yo y mi tendencia masoquista.

—Vuelvo a mi lugar, tú tenías razón en todo, Paulina no está bien y necesito arreglar las cosas.

—Vas a volver con ella entonces, tendrán hijos y serán felices para siempre jamás... —ironicé y sin darme cuenta comencé a caminar con lágrimas en los ojos. En el fondo lo quería y aunque era la decisión correcta, me dolía. Sentía como se me apretaba el pecho y no me gustaba esa sensación.

—No, no... Emi, yo no quiero eso, pero es lo correcto, necesito resolver ese problema en mi vida y créeme, no sé cómo...

Me detuve en seco.

—¡Francis! ¡Diossss, tú sabes que esto no es fácil para mi, ¿lo sabes verdad?! —El asintió con su cabeza y aún así se acercó más a mí.

—Lo sé... —Llegó hasta mi y sin darme tiempo de reaccionar me besó. Mi cuerpo temblaba, no sé si del frío o de los nervios, pero me dejé, ¿podría éste ser su último beso? No lo sé, pero sabía a amor...

—Te quiero, Francis, fuiste el amor de mi vida, el primer amor de mi vida. Ahora todo es diferente, pero...

—Te quiero, Emi, eres mi destino y eso nunca, escúchame bien, eso nunca va a cambiar.

Francis se alejó de mí y partió en su moto. Yo quedé ahí, parada bajo la fría mañana de Abril. El cielo estaba cubierto por grises nubes que amenazaban con llover. Hoy volvía a estar sola, hoy recuperaba mi lugar, pero estaba sola. Ni Tobías ni Francis estaban en mi vida, solo seríamos Abu y yo.

## 6

A bu estaba a los pies de mi cama, ronroneaba y movía la punta de la cola esperando que le pusiera atención. Yo no dejaba de ver mi teléfono, quería llamar a Francis y decirle que sentía rabia. Si yo era su destino, ¿por qué se iba con ella? Sé que me contradigo, pero no puedo evitar ser una tonta. Estoy tan confundida.

Dos semana después, mi vida estaba siendo rutinaria. Iba de la casa al trabajo, del trabajo a ver a Vicky, quien aún no sabía el sexo del bebé y del otro sexo ni hablar. Por las noches, volvía a la soledad de mi departamento. Sigo convencida que no sirvo para vivir sola. Si no fuera por Abu...

La primera semana de Junio fui a limpiar un poco la casa de mi Abu, seguía tal cual la dejé hace un mes atrás. Comencé a limpiar todo y subí el volumen de la música a todo lo que daba. Por un momento me sentí de nuevo una adolescente, estar aquí me traía tantos recuerdos. No me daba cuenta lo rápido que avanzaba, hasta que llegué al que había sido mi cuarto. Saqué el polvo de los muebles y la cama, abrí las cortina y al mirar a través de la ventana una silueta se divisaba en la ventana de enfrente. Corrí el pestillo y abrí mi ventana, lo hice por instinto, creí que si lo hacía él también lo haría, pero no pasó. Quizás quería creer que era él quien estaba del otro lado, pero no lo era. Llevaba casi un mes sin saber de él, al igual que de Francis. Aún así mi corazón se aceleró con la mínima posibilidad de verlo, de que él abriera su ventana y me saludara con la mano... Veinte minutos después el frío que me tenía erizada la piel me obligo a cerrar la ventana corrí las cortinas y suspirando como una loca volví a lo mío.

Estaba dispuesta a marcharme cuando sonó el timbre de la casa. Miré en dirección a la entrada y pregunté quien era. Su voz me sacó una sonrisa y como si fuera ayer abrí la puerta.

—¿Terminó la cenicienta? —Tobías me miró sonriente. Llevaba sus

manos en los bolsillos llevando mi memoria a cuando nos conocimos.

—Sí, ¿y tú, qué haces aquí?

—Estuve dándome valor toda la tarde para venir aquí, así que... aquí estoy.

—¿Me tienes miedo? —me hizo gracia su comentario, pero yo tampoco me atrevía a llamarlo.

—No, pero no sabía si querrías verme después de... tú sabes.

—No, no sé.

—Tal vez deba irme...

—No, Tobías —me acerqué a él y lo abracé. Era tan lindo abrazarlo después de todo este tiempo. Sentirlo, olerlo, todo.

—Yo también te eche de menos, Mili.

Nos quedamos así, abrazados y en silencio por un largo rato. Lo solté a regañadientes.

—Ven, pasa —tiré de su mano y cerré la puerta. ¿Quieres algo de beber?

—En verdad, no.

Nos quedamos mirando sin decir nada. Tenerlo aquí, mirándome con descaro me producía calor, nervios, dolor de estomago; sentía mis piernas flácidas, pero aun así lo miraba directamente a los ojos. Gracias al cielo que fue él el primero en romper ese silencio.

¡Dios, como adoro ese cómodo silencio!

—¿Aún sigues con él? —¿Qué es eso? Fue directo hasta la médula, me pilló de sorpresa, pero con la sensatez viva.

—No, ¿y tú, has vuelto a tu casa? —Tic tac, tic tac... Me miró sin responder unos largos segundos, hasta que lo vi mover su cabeza de manera negativa y un no remarcaron sus labios.

Mi rostro se iluminó como si la luz de un ángel cayera sobre mi cuerpo. De pronto, lo vi acercarse y antes de darme tiempo sus labios ya estaban sobre los míos.

¡Diosss, sus labios!

La intensidad de su beso clamaba a gritos que lo siguiera, me acorraló contra la pared y me levantó del suelo dejándome entrelazada a su cuerpo, pero se detuvo.

—Iremos a tu cuarto, quiero ver ese immaculado cuarto que esta noche será testigo de lo que siento por ti.

Sentí un ahogo en el pecho.

—¿Qué es... lo que sientes por mi? —pregunté. Tragué saliva, quería escucharlo y a la vez no. Me aterraba mi reacción.

—Te quiero, Mili, te quiero desde el día que te vi bajar de aquel taxi, te quiero desde que tus ojos miraron los míos un breve instante. A partir de ese día fui hecho sólo para quererte a ti.

—Tobías... —Él me llevaba por las escaleras con firmeza. Entramos en el cuarto y me bajó dejando apoyados mis pies en los suyos, y volvió a mirarme a los ojos.

—Déjame quererte, esta noche no me iré, quiero amanecer junto a ti, pegarme a tu espalda y sentir que encajamos de manera perfecta.

Dos lágrimas brotaron de mis ojos, sus palabras eran las más perfectas del mundo, al menos para mí.

—Sí —respondí a sus suplicas.

Su manera de tocarme, era casi de ensueño. Conocía cada milímetro de mi piel, sabía dónde y como tocarme para lograr que la excitación de mi cuerpo se elevara. Sus manos firmes, a ratos dejaban de acariciarme para apretarme contra él. Yo cerré mis ojos para sentirlo y olvidarme del mundo. Esta noche él era mi regalo y yo también lo deseaba. Esta noche no pensaría, me dejaría llevar. «Yo también te quiero Tobías, nunca he dejado de hacerlo...»

Desperté sin saber la hora. No estaba sola, efectivamente él estaba conmigo, me tenía abrazada por la espalda bien pegada a su cuerpo. No me lo creía. Despertar junto a él fue lo que esperé hace muchos meses atrás. Hoy estaba conmigo, en mi cama y yo me sentía en la gloria. Su voz me erizó los pelos.

—Buenos días, ¿por qué estas despierta? Es muy temprano...

—Buenos días... sólo quiero aprovechar este momento.

—Mmmmm, no me pienso mover de aquí, hace mucho que no me sentía tan cómodo.

Comencé a removerme para quedar frente a él. Tenía los ojos cerrados y sonreía. Mirarlo así era tan extraño.

—Tobías, gracias por lo de anoche.

—No tienes que agradecer nada, al revés, soy yo el que tiene que dar

gracias de poder estar así contigo. No tienes idea lo que esperé para poder disfrutar este momento.

—Me cuesta creer que aún estés aquí conmigo...

—Créelo —Tobías me sonreía y sus ojos achinados parecían cerrados, pero me estaba viendo a través de sus pestañas.

—Me creerías si te digo que no tengo nada de comer en esta casa. La verdad vine a limpiar, a quitarme... —De pronto mis labios se detuvieron, no quería contarle porque decidí venir.

—¿Qué, Mili? —Él me miró esperando que dijera algo.

—La soledad tal vez.

Su boca se apretó al escucharme decir esas palabras. Me estrechó con fuerza y besó mis labios. Estoy segura que quiso decirme algo, pero se contuvo. Simplemente me abrazó de la manera que yo necesitaba. Increíblemente nuestras vidas han estado unidas lapsus cortos de tiempo, y aún así me conoce más que yo misma. Sabe como consolar mis penas, pero también sabe que ha sido culpable de muchas de ellas. Yo no lo culpo de nada, en realidad, no sé que sería de mi vida si él no hubiese aparecido en ella. Francis había sido el amor de mi vida, pero Tobías... me enamoré de Tobías y de todas sus ataduras, de todas sus cargas y sería capaz de dejarlo ir una y otra vez con tal que él fuera feliz.

Su móvil vibró sobre la mesa de noche, ambos lo miramos y yo cerré los ojos al saber que lo buscaban. Tobías no lo respondió, pero ambos nos tensamos hasta que dejó de vibrar. Me volví hacia él y lo miré con ternura. El móvil volvió a vibrar y lo animé a contestar, al parecer el destino sólo nos había regalado unas horas de este cuento de hadas, y yo era consciente de eso.

—Hola —habló muy calmado—. Estoy bien —volvió a hablar y me miró con una sonrisa que me hizo sonrojar—. Estoy cerca, dime ¿qué pasa? —Mientras él escuchaba, su semblante iba cambiando, paso de sonriente a preocupado en fracción de segundos. Al parecer la persona que estaba del otro lado del teléfono no le estaba dando las mejores noticias y eso me puso en alerta—. Iré ahora mismo... sí papá, estoy aquí al lado. —Volvió a mirarme y ahora era yo quien había cambiado mi rostro a desfigurado de la vergüenza, a ese señor no podré mirarlo a la cara.

Al fin cortó la llamada.

—Debo irme, lo siento mucho...

—Ve, no te preocupes. —Me levanté de la cama y comencé a ponerme algo de ropa. Tobías hizo lo mismo al tiempo que me miraba con cautela.

—¿No me vas a preguntar qué pasa?

—¿Debería?

—Sí, no quiero que pienses que no volveré. —Escuchar esas palabras, esa simple oración me volvió el alma al cuerpo.

—¿Quieres contarme lo que pasa?

—Quiero que seas parte de mi vida, y eso incluye a mis hijos.

—¿Pasó algo con ellos? —me preocupé enseguida cuando los nombró.

—No, es más bien Cristina, llamó a casa para decir que los traería, debe salir fuera unos días, pero no entiendo por qué no me llamó directamente. Mis padres no son intermediarios con mis hijos.

¡Diosss! Respiré profundo al escuchar de que se trataba todo, ya me estaba imaginando lo peor de lo peor.

—Entonces, ¿debes ir por ellos?

—Así es. Me gustaría que los conocieras.

—¡Oh noooo, Tobías, eso no!

—¿Por qué no?

—No es correcto.

—¿Qué tiene de malo? Yo quiero estar contigo y ellos son parte de mi vida...

—Pasa que nosotros sólo somos amigos, no tenemos nada serio ni formal, y no es correcto que tus hijos conozcan a otra persona en tu vida, ellos no lo entenderían —de pronto Tobías me miró de otra manera.

—Nosotros somos más que amigos, quiero ser más que eso, a menos que tú... a menos que tú no lo quieras.

¡Uyyy! Qué injusto, ahora soy yo quien debe decidir qué hacer... ¡¿Por quéeee?!

—No lo tomes de esa manera, es sólo que creo que no es el momento...

—Ahora es el momento Mili, no quiero esperar otros dieciséis años para estar contigo, ya somos adultos, el tiempo viene en nuestra contra.

—Tobías, tú y yo no somos una pareja y tú apenas te estas separando, no es prudente.

Cuando dicen que las palabras duelen, tienen toda la razón, pues después de decir esas palabras, Tobías no dijo nada más. Se vistió en silencio y antes de irse se acercó a darme un beso en la mejilla ¡En la mejillaaaaa!

Ahora soy yo la tonta que hubiese deseado mantener la boca cerrada, pero como no me puedo guardar nada, ya no puedo dar marcha atrás.

Ese domingo me quedé en casa de mi Abue todo el día esperando a que viniera, sabía que no lo haría, pero aún así me quedé. Cada dos minutos revisaba mi móvil por si me entraba algún mensaje o llamada, pero nada. Casi a las nueve de la noche decidí volver a mi departamento, si seguía aquí me vendría la depresión por bocona.

Mientras caminaba hacia mi auto, Tobías se acercó a mi...

—¿Te vas? —Su voz era todo lo que deseaba escuchar. Estaba por subir en mi Giulietta y ahí estaba él. Me di la vuelta para mirarlo y lo vi parado a dos metros de distancia con las manos en los bolsillos.

—Sí, ya me voy.

—Vine a decir que aunque no quieras conocerlos, “aún” —puntualizó —, no voy a darme por vencido.

—¿Y eso en español qué sería?

—Que te quiero y que ésta vez no me alejaré de ti. Si me quieres echar de tu vida, alejarte de mis hijos o hacerte la invisible, está bien, lo entiendo, pero yo no me pienso alejar de ti, porque yo sí quiero estar contigo, que conozcas a mi familia a mis hijos, mi papá... no tienes idea las ganas que tiene él de conocerte... Mi mamá... bueno, ella no mucho, pero que más da, ¿qué suegra quiere a la mujer que le roba el cariño de su hijo? —Mientras escuchaba hablar a Tobías, mi cabeza quería todo lo que él decía, pero mi instinto de supervivencia deseaba todo lo contrario... tal vez no estaba echa para una relación realmente seria y estable, tal vez sí, pero me asustaba, nada es fácil cuando eres a quien apuntarán luego, cuando dirán que gracias a ti él dejó su hogar, a su mujer y a sus hijos. Tobías no sabe lo que dice, no señor.

—Para, Tobías... ¿Estás pensando lo que dices?

—Todas y cada una de mis palabras. Sé lo que quiero, pasé mucho tiempo viviendo lo que otros querían, ahora por fin sé lo que yo quiero y es a ti. —¿Quién no se derrite después de escuchar esas palabras? Traté de hacer lo correcto, pero lo correcto es lo que dice mi corazón, que de paso hace rato late por este tímido y terco hombre.

Caminé hacia él y busqué sus manos, estaban heladas por el sudor de los nervios, era una reacción que yo le provocaba y eso me encantaba. Entrelacé mis dedos con los suyos y me puse de puntitas para besarlos. Sus

labios suaves y blandos eran el cielo sobre mi boca, y la dulzura de su gesto me hacía temblar. Después de ese beso, una sonrisa salió de mis labios contagiándolo a él. Pensé en quedarme una noche más allí, con él, pero si ese huevito quería salir, que al menos le cueste. Al separarnos, volví a besar su boca a modo de despedida y caminé en dirección a mi auto, me di la vuelta solo para ver su rostro...

—Yo también te quiero, Tobías, pero por ahora solo te quiero a ti.

Él me miró y sonrió. Antes de subir miré en dirección a su casa y de ella nos estaba observando su madre, al parecer no estaba muy feliz con lo que acababa de ver, pero no le dije nada, volví a mirarlo para lanzarle un beso de despedida y me fui de allí. Ella no lo aceptará nunca, pero qué más da. Nada es perfecto en la vida, pero que no se diga que no traté de alejarme de él, que nadie lo diga.

Esa noche, antes de llegar a mi departamento, hice una parada en casa de mi amiga Vicky, ella estaba algo molesta con su panza, Teo no le era de su agrado en estos momentos y requerían mi presencia. Al llegar, Teo dio un suspiro de alivio, al parecer mi amiga lo estaba volviendo loco con su genio del terror, cinco meses y medio y su humor era como de una película de miedo, la niña del exorcista era un algodón de azúcar al lado de Vicky. Entré a su cuarto con cautela e hice la señal de la cruz por si acaso. Caminé despacio y me senté a su lado, estaba llorando, calladita y me dio pena. Mi amiga, la fuerte Vicky estaba débil y vulnerable gracias a su embarazo y las malditas y dispersas hormonas.

—Amiga, ya estoy aquí... —me acurruque y la abracé—. Todo va a salir bien, queda muy poquito para que conozcas a tu bebé, ya verás.

Vicky abrió los ojos y se secó las lágrimas. Se notaba que llevaba mucho así. Odiaba verla en ese estado.

—Gracias por venir, la verdad no quiero estar con él, me hace recordar que es su culpa que yo este así.

—Ayyy amiga, siento decepcionarte, pero los dos tienen mucho que ver en esto.

—¿Y de parte de quien estás tú?

—De la tuya amiga, pero Teo no tiene mayor culpa, así que no lo trates de esa manera.

—Ok, ok... pero no sé, necesito echarle la culpa a alguien o moriré de

la histeria.

—Creo que te hace falta hacer algo para mantenerte más ocupada. ¡Y... se me ocurre una idea!

—¿Tú crees? ¿Cómo qué?

—Podría irnos unos días a la playa, de vacaciones. También sabes que estoy arreglando la casa de mi Abue, quizás puedes serme útil, aún te mueves sin problemas.

—Eso no sería malo, redecorar la casa de la Abue, eso me gusta más que ir a meter los pies a la arena... odio la arena y lo sabes, sería mucho más agradable que las playas estuviesen cubiertas de pasto y no de arena.

—Buen punto, eso y que aún estamos en invierno —la verdad recordé que las escapadas son algo peligrosas para mí, así que mejor nos quedamos en Santiago.

—Entonces, ¿cuando comenzamos?

—El sábado.

—Mañana es lunes y aún falta mucho para eso, mejor comenzamos mañana después del trabajo, si no hago algo con mi vida acabaré tirándome de un puente.

—Pero, Vicky, no digas esas cosas. Podrías comenzar a organizar el cuarto del bebé, tejer ropa, no lo sé, todas esas cosas que las madres hacen.

—Ay, es que estar aquí encerrada todo el día me tiene con estrés, además de que Teo no quiere tocarme, juro que con eso ya estaría más contenta, pero no hay remedio, tendré que esperar a que mi bebé nazca, crezca no sé cuantos años para que él se desbloquee y sienta que ya es hora de volver a tener sexo conmigo...

—Uhyyy, creo que ya sé qué pasa, lo tuyo es netamente ansias. Tus hormonas están disparadas y Teo no se imagina el poder que tiene...

—Pues sí, mis estúpidas hormonas son lo peor, las odio y la culpa es de él...

Finalmente me quedé con ella hasta que se durmió, y antes de irme tuve una charla con Teo, él necesitaba saber que pasaba con su mujer y la manera de ayudarla. Aunque él cree que puede causar un daño a su bebé, me costó que entendiera que eso no ocurriría, que debía tratarla con cariño, pero a la vez con pasión. Si quería que Vicky terminara su embarazo de buena manera, debía complacerla y punto.

Llegue a mi departamento tarde, cansada y sin animo ni de cambiarme para dormir. Nunca pensé que al entrar me encontraría con semejante sorpresa. Francis estaba sentado en mi felpudo junto a la ventana. Una maleta en el centro del salón y su mirada clavada en mí al momento de entrar.

—Buenas noches —me saludó él poniéndose de pie.

—Hola, no esperaba...

—¿Verme?

—Sí.

—Necesitamos hablar —Francis se acercó a mi y yo me puse nerviosa. Pensé es arrancar, pero que más daba, si él quería hablar me buscaría de todos modos.

—No me imagino de que.

—De nosotros.

—Nosotros, por Dios Francis, eso ya pasó, no volverá a haber un nosotros, tú estás casado con una chiflada y no quiero ser parte de eso.

—Pero me quieres —eso lo dijo en tono de afirmación, uno que me provoco dudas al momento de responder. ¿Qué si lo quiero? Claro que sí, pero también quiero a Tobías...¡Pero qué digo!! Por Tobías siento mucho más que querer, es con él con quien quiero estar, me desarma cada vez que está frente a mí, pero todo eso de conocer a su familia me agobia. ¿Quién soy yo para entrar en su familia? Una extraña, una roba hombres, una que no toleraría ser apuntada y juzgada por ser la otra, una furcia sin corazón... Diosss... esos pensamientos me tiraron al piso, estaba loca si imaginaba que me recibirían con los brazos abiertos en la casa de sus padres, menos de conocer a sus hijos, ellos me odiarían y con razón, yo les robe a su papá... ¡Calla Emilia, calla!

—Emilia —Francis volvió a hablarme atrayéndome de nuevo a la realidad—, no puedo más, no soporto estar alejado de ti, volví a casa obligado, chantajeado por ella, pero no la soporto, llevo la última semana durmiendo en el estudio, Paco es testigo...

—¿Qué quieres que haga? ¿Qué me olvide de todo y te diga: «Sí, quiero que regreses conmigo, que pienso olvidarme de ella, hacer como que no existe.» Francis, ella sí existe y vendrá hasta aquí buscándote, lo hará porque está demente y no quiero estar metida en medio...

—Emi, yo sé que me quieres, quise mantenerte al margen, pero no puedo, ella está loca, sí, pero no dejaré que se acerque a ti.

—No puedes asegurar algo así, además no quiero, lo siento Francis, pero todo esto me supera.

—¿Ya no me quieres, Emi? Hace apenas un mes me decías que sí, que no me fuera...

—Cambié de opinión, ¿acaso no puedo?

—No se deja de querer en tan poco tiempo, Emi...

—No lo he hecho, pero no quiero más... Francis, no quiero más... no entiendo cuando se me complico toda la vida —de pronto estaba llorando, mis rodillas flaquearon logrando hacer que mi cuerpo cayera al piso temblando de la rabia. Las lágrimas eran la explosión de todo lo que pasaba por mi cabeza. Estaba destrozada y no era que recién me estaba dando cuenta, porque lo estaba desde el día que me escape de Santiago para alejarme de Tobías. Tal vez mi mejor remedio sería desaparecer de este planeta, desintegrarme y desvanecer los recuerdos de todos, ni siquiera quiero reencarnarme, esta vida no la quiero, ni la que venga, ni la siguiente. Hoy siento lo vulnerable que es una vida en desamor.

Sigo llorando y cada vez con más fuerza. Siento que voy a quebrarme en mil pedazos, y a decir verdad lo deseo, lo deseo con todas mis fuerzas, pero sigo aquí, llorando frente a Francis...

—Ven, ven aquí, pequeña... no sé que decirte... Perdóname por ocultarte que estaba casado, perdóname por dejarte, juró que no lo hice por mí, sino por ti. Perdóname por estar frente a ti pidiendo perdón, pero te quiero, necesito que lo entiendas. Dame una última oportunidad de hacer bien las cosas. No volveré con Paulina, no me importan sus amenazas, ya hablé con su madre, ella la está acompañando en estos momentos y tratará de mantenerla alejada, no puedo hacer más...

Seguí sollozando ahora envuelta en sus brazos. Francis se quedó aferrado a mí durante una hora entera. Cuando me moví, me ayudó a levantarme, pasó sus brazos bajo mis rodillas y me llevó hasta la cama. Desapareció unos momentos y volvió al cuarto con la maleta. Se quitó la camiseta y se acostó a mi lado apegándose a él. Esto no estaba bien, hace veinticuatro horas me encontraba haciendo el amor con Tobías... esto no está bien...

—Francis, necesito ir al baño —él me dejó ir notando mi languidez.

Yo caminé hasta el baño y cerré con pestillo.

Quería llorar, pero esta vez sola, no quería sus malditos brazos ni su

cuerpo perfecto cubriendo el mío.

Necesitaba llorar sola.

Por primera vez supe que me necesitaba a mí, reencontrarme conmigo y no dejar que ellos gobernaran mi cabeza. Para eso la necesitaba a ella, a mi mamá.

Volví a la cama y me acosté en mi lado, no me acerqué a Francis, el tampoco volvió a hacerlo y apenas amaneció me levanté para ir al trabajo. Lo primero que hice fue comprar un ticket a Miami, en un principio sería solo de ida, pero a quien quería engañar, sería incapaz de quedarme allá, así que compre de ida y vuelta, pero sin fecha de retorno, solo el de ida. Partiría pasado mañana y nada ni nadie me haría cambiar de opinión.

Salí del trabajo a las seis en punto. Busqué mi Giulietta que estaba estacionada a dos cuadras de la oficina y me fui directo a la casa de mi Abue. Por primera vez estaba decidida a ir, pararme en la puerta de los padres de Tobías y golpear como una mujer valiente. La verdad es que no lo era, era cobarde, porque al bajarme del auto caminé hasta la entrada de la casa de mi Abue, busque en mi teléfono y lo llamé, pero estaba apagado. Era como si mi decisión de ir y pararme a golpear su puerta fuese “la” única opción.

Recé todo el camino rogando que abriera él mismo o en último caso su papá, que según Tobías, quería conocerme... Al llegar, respiré profundo y me di ánimos, ¿qué tan malo podría ser? Cerré los ojos y presioné el timbre.

¡Ringgggg!

Todo en mi temblaba, me sentía una niña que desconocía lo que vendría y, me aterraba.

¡Ringgggg!

Volví a tocar, pues nadie abría.

Abrí los ojos aliviada, nadie salía a abrir. Lo mejor era marcharme. Bajé la escalinata y antes de seguir una voz femenina me detuvo.

—Hola —solo escucharla me paró los pelos. Cerré los ojos me giré para verla.

—Hola, busco a Tobías, ¿está en casa? —ella me sonrió. Bueno era una sonrisa extraña, si no me equivoco, ella me odia con todas sus fuerzas.

—Claro, esta en su casa, con su familia, con su mujer y sus hijos —se me apretó el estómago al escuchar hablar a su mamá, pero no lo entendía. ¿Tobías había vuelto a su casa? Pero, ¿cuándo?

—Disculpe, me estoy recién enterando... —ella me interrumpió.

—¿Tú creías que él dejaría todo por ti? ¿Que se iría contigo prometiéndote amor eterno?

—No, claro que no... —su madre comenzó a sermonearme y un foso apareció bajo mis pies. Sentí asco y pena. Él me había dicho que quería estar conmigo, que me amaba y ahora estaba de vuelta con su familia, no es que yo me ilusionara, dios sabe que no es así, pero de igual modo me siento la mujer más estúpida del mundo. Y antes que ella siguiera me fui corriendo. Subí en mi auto y me alejé de allí.

Siempre supe la posibilidad de que Tobías volviera a su casa, en el fondo era exactamente eso lo que me detenía a estar con él. Pero ¿para qué mentirme dos días atrás? Ahora más que nunca creo que ir donde mi mamá y alejarme un tiempo de todo esto es la mejor decisión. Al menos para aclarar mis ideas, calmar mis hormonas y vaciar mi corazón en algún sitio donde nadie pueda usarlo.

Llegue a mi departamento y al rato llegó Francis.

—Olvidaba que aún tienes llaves. Puedes quedártelas, es más, puedes quedarte aquí un tiempo, porque haré un viaje y no sé cuando regresaré.

—Hola, yo también me alegro de verte —ironizó y besó mi mejilla—. Ahora dime otra vez, ¿cómo es eso que harás un viaje?

—Sí, iré a ver a mi mamá a Miami y tú no estás invitado.

Entré en mi cuarto y busqué la maleta de viajes. Él, obviamente me siguió pidiendo más información.

—¿Cuándo te irás?

—Pasado mañana.

—Otra vez estás escapando.

—¿Y qué si es así? Es mi manera de afrontar las cosas y además es asunto mío.

—No, Emi, no es manera, además si eres asunto mío. Déjame ir contigo.

—No, iré sola. Quiero estar sola, ¿acaso no lo entiendes?

—Quiero estar contigo, que te des cuenta...

—Nada, Francis, este último tiempo me he dado cuenta de muchas cosas, ¿y sabes qué? Quiero estar sola, no quiero tu compañía ni la de Tobías, necesito tiempo para mí...

—Está bien —él levantó sus brazos en señal de haber perdido—, pero estaré aquí cuando vuelvas y tendremos una charla.

—¿Una charla? ¿De qué, por diossss? Uyyhhggg, Francissss, ¿es que no me quieres dejar en paz?

—Lo haré cuando esté bajo tierra, no antes.

—¿Y si decido que no quiero estar contigo?

—Lo aceptaré, pero seguiré cerca de ti.

—Uffff está bien, pero ahora déjame sola.

—Me iré al taller, pero pasado mañana te llevo al aeropuerto.

—Está bien, ya vete —por fin una sonrisa salió de mis labios.

«¿Qué voy a hacer, Dioss?»

Antes de dormir llamé a Vicky, se puso triste cuando le conté de mi viaje, pero le prometí que antes que tuviera a su bebé estaría de vuelta. En el fondo me entendía y feliz se hubiese ido conmigo, pero en su estado no era prudente hacer un viaje tan largo. Le dije que iría a verla al día siguiente para despedirme y abrazarla. Nos haríamos mucha falta, eso era seguro y de pasó atrincaría o amenazaría a Teo para que le de a mi amiga lo que necesitaba para terminar su embarazo de buena manera.

Este viaje era algo que necesitaba para reencontrarme conmigo misma, pero también porque necesitaba el abrazo de mi mamá.

«¿Por qué tenías que estar tan lejos?»

Hoy no fui a trabajar, es más, esta mañana llevé mi carta de renuncia. Ya estaba aburrida y como no quería dar explicaciones de mi viaje sin fecha de regreso, opté por lo más sano. En el Hotel se quedaron sorprendidos e insistieron a que me quedara. ¿No tengo idea por qué? Llevo trabajando como un ente sin vida desde hace muchos meses y aún así me quieren en sus filas, ni que yo fuera la Reina Isabel o Claudia Schiffer. En fin, les comenté que estaría fuera por un tiempo y que a mi regreso vendría por mi finiquito. Antes de la hora de almuerzo estaba en lo de Vicky. Preparamos algo rico de comer y hablamos toda la tarde. Cuando Teo llegó a casa, me lo llevé para poder hablar en privado y le insistí en el remedio casero para calmar el mal humor de mi amiga y creo que lo entendió, me prometió que haría un esfuerzo, pero que iría a hablar con el doctor de Vicky para estar más seguro. Allá él, finalmente es su decisión.

Ya en la noche miré todo listo y suspiré. Solo me quedaba una cosa por hacer, llamar a mi mamá para contarle la noticia. Mi papá ya estaba al tanto y cuando le conté que había renunciado me ofreció su apoyo incondicional. Vino a cenar conmigo y antes de irse me abrazó con todo el amor que un padre puede dar. Me llenó de fuerzas y creo que lo necesitaba.

Y luego...

—¿Quéééééé? ¿Te vienes mañana? —el grito de mi mamá me dejó sorda.

—¡Sorpresaaaa! —contesté sabiendo que vendrían más gritos.

—Hijaaaa, pero como me avisas así, ¿quieres que me de algo...?

—Pero, mamá, pensé que te alegrarías...

—Y claroooo, es que me quedé en shock, nunca quieres venir y ahora me sales con esto, pero claro que me alegro... ya quiero que sea mañana o bueno casi pasado, son muchas horas de vuelo.

—¡¡Ayyyyy siiiii, pero quiero llegar ya!! Sabes que no me gustan los aviones.

—No seas cobarde, hija, que no pasa nada. Espera que le cuente a Lea, se pondrá feliz.

—Ya, pues ve a contarle. Mañana te llamo del aeropuerto vale.

—Claro, hija, claro... nos hablamos mañana y ya quiero abrazarte.

—Y yo a ti, Ma. Te quiero.

—Te quiero, hija, byeeee —y del otro lado y antes de colgar se escuchó un grito de esos que mi mamá siempre daba cuando estaba contenta o emocionada. Creo que esta vez eran de ambos y eso me puso feliz.

Ahora sí, ya estaba todo listo. La maleta lista. Pasaporte y documentos listos. Dinero listo. Todo estaba listo... menos una cosa, debía avisarle a Tobías, esta vez no me iría arrancando, pero no lo llamaría esta noche, lo haría mañana antes de subir al avión. Nada impedirá que este viaje se realice, nadie.

El despertador sonó a las once de la mañana. Mi vuelo saldría a las nueve de la noche, por lo tanto tenía tiempo suficiente para hacer todo tranquila.

Me levante casi a las doce del día, me di un baño largo con el agua bien caliente, y al salir del baño sentí olor a comida. Me acerqué y vi a Francis ordenando la mesa.

—¿Te crees que estás haciendo méritos?

—Yo también me alegro de verte, Emi y no necesito hacer méritos, ya sabes que me gusta alimentarte...

—Y... ¿qué trajiste?

—Sushi, para ti. Pizza, para mí.

—Mmmm, huele bien.

—¿Estás segura que no soy yo?

—Segurísima, tú no hueles a pescado crudo ni a peperonni... deja que me visto y ya vengo.

Fui hasta el cuarto y me sentí con energía. Sin darme cuenta estaba experimentando una sensación de calma, de confianza, qué sé yo, era extraño, pero saber que estaría alejada de todo me hacía sentir bien. Quizás esto debí hacerlo hace mucho, si me hubiese ido cuando murió mi Abue, tal vez todo sería diferente. O tal vez no. Pero este día sentía que estaba haciendo lo correcto.

Comer junto a Francis, “otra vez” era muy agradable. Le dejé en claro

que debía hacerse cargo de las cuentas si no quería que lo desalojaran al mes siguiente, pero prometió que todo estaría aquí a mi regreso. Después de comer me dijo que estaba listo para darme mi segundo tatuaje, yo lo miré y le sonreí.

—¿Te acuerdas que en la época del colegio dibujabas un sol en forma de tribal en todos lados?

—Sí.

—Eso te haré en el tobillo derecho. Así que ven aquí.

Francis me mostró un dibujo y era igual a sol que dibujaba en todos mis cuadernos, lo hacía en las hojas de pruebas, en los libros, en las puertas del baño... en toooooodo y me entusiasmo que ahora estuviera en mi piel, era muy lindo, simple y sutil. Me instalé y en diez minutos ya estaba listo. Era hermoso.

—Gracias, me encanta.

—Me alegro. Cuídalo bien.

—Lo haré.

—Voy a echarte de menos, Emi. Estoy seguro que te hará bien este viaje, no lo dudo, pero estaré esperándote.

Francis se acercó a mí y me abrazó. Unas locas lágrimas salieron de mis ojos, pero me hice la fuerte, ya era hora de que lo hiciera. Luego de eso arreglamos todo y salimos de camino al aeropuerto. Mi viaje comenzaba.

Despedirse era raro. Francis me besó en los labios, fue un beso cerrado, tierno y esperanzado. Yo cerré los ojos y tristemente me lo imaginé a él, a Tobías, quise pensar que era él quien me esperaría el día de mi regreso, bueno he querido muchas cosas de él que solo han sido ilusiones, así que ya no esperaba nada. Cuando dejó de besarme me abrazó y me contuve con todas mis fuerzas de no llorar, mostré una falsa sonrisa y me alejé de él... Antes de entrar a policía Internacional me volví y con la mano le dije adiós. El hizo lo mismo. Yo me mordí el labio inferior, bajé la mirada y entré.

Ya estaba en la sala de embarques sentada en esas frías sillas. Esperaba el anuncio para abordar mientras miraba mi teléfono, aún no lo llamaba, esperaba a que dieran el aviso y así darme fuerzas de esas que salen en último minuto... casi una hora después marqué su número.

Tuuuuuuu, tuuuuuu...

—Hola, Mili —Tobías respondió y sonaba tan normal. Yo me esperaba

algo más... no lo sé... raro.

—Tobías, necesitaba hablarte.

—Lo sé, siento no haberte llamado, he estado ocupado con los niños y...

—Ey, tranquilo, te entiendo, sólo quiero que sepas que estoy por salir del país, viajo a Miami ahora...

—¿Ahora?

—Sí, voy a ver a mi mamá.

—¿Y cuándo vuelves? ¿Podría haberte llevado al aeropuerto? — ¡Diossss! Quería tirarle todo lo que su madre me había dicho en la cara, pero no sabía cómo hacerlo...

—No es necesario, Francis me trajo —y ese fue el detonante que necesitaba para el inicio del final.

—Mili, no te estoy entendiendo —su voz ahora había cambiado. Estaba serio, atento a lo que tuviera de decirle.

—¿Tu mamá no te dijo que fui a verte, verdad? Pues, me contó que habías vuelto a tu casa, con tus hijos, mejor dicho, con tu familia. Casi disfruté viendo como mi rostro se iba desfigurando mientras hablaba. Pasé la vergüenza de mi vida, y ¿sabes qué? Siempre supe que volverías, me apena saber que en algún momento creí que podríamos funcionar, pero... —Tobías me detuvo para que lo escuchara.

—Mili, no puedes creerle a mi mamá lo que te dijo...

—Puedo, porque sino, como es que no me has llamado. Han pasado tres días y no he sabido de ti.

—Es cierto que tuve que volver a casa, pero no es lo que crees.

—No me interesa saber más, Tobías. Haz lo que tengas que hacer, yo me iré y no tengo claro cuando voy a volver. Olvídate de mí y recupera a tu familia...

—¿Qué dices, por dios?!

—Eso, si sigo aquí siempre estaremos así, ya no puedo más —y de pronto ya no puede seguir siendo fuerte. Me puse a llorar con él al otro lado del teléfono. Tobías trataba de hablarme, pero yo ya no lo escuchaba. Solo le dije adiós.

Corté y apagué el teléfono. Lo tiré en el bolso de mano y abordé el avión. Tuve un viaje triste, sin emoción alguna. Al llegar me sequé cada lágrima. La Emilia triste se quedaba en ese avión, la nueva Emilia bajaría

para abrazar a la madre que ilusionada esperaba mi llegada. Fuerte, esa esperaba ser desde ahora, Emilia la fuerte.

B ajé del avión y fui en busca de mis maletas, bueno, una, sólo llevaba una maleta más mi bolso de mano. Cuando atravesé inmigración, lo primero que vi fue a mi mamá, estaba llorando y lista para abrazarme.

—Mamáaaa, ayyy que me vas a hacer llorar a mí.

—Hija, es que me emociona que estés aquí.

—Lo sé, debí venir antes, pero...

—Pero nada, ahora lo estás y eso me hace la mujer más feliz del mundo.

Ambas lloramos y con ganas. La última vez que nos vimos fue para el funeral de mi Abue, ella se quedó dos semanas y antes de volver me pidió que hiciera un esfuerzo por venir a verla, que yo le hacía falta. Pero siempre me costó tomar la decisión, no quería que mi vida cambiara, “¿extraño?”, lo sé, porque este último año ha cambiado en 180 grados y venir no era tan malo después de todo.

Llegamos a una casa en las afueras de Miami, lo más Top estaba en el centro y hacia la costa, y aunque su marido trabajaba bien, era darse una vida de ricos vivir allí. La casa era muy cómoda y grande. Con jardines en la parte delantera y sin rejas, igual que en las películas; con patio trasero, muchas áreas verdes, en general, todo era muy gringo.

Lindo, pero no era Chile.

Entramos en ella e inmediatamente me indicó mi cuarto. El marido de mi mamá llegaba más tarde y eso me demostró que estaba mucho tiempo sola, pero aún así no se quejaba. Para la hora de cenar, teníamos toda la mesa montada con rica comida para celebrar mi llegada. Lea entró con flores en la mano y saludó a mi mamá con un beso de esos que te dan ganas de taparte la cara de vergüenza, esa escena no es para mirarla, es más bien privada... me hice la loca y en cuanto acabó la demostración de amor me acerque a Leandro para saludarlo. Él me dio un abrazo cálido y me dio la bienvenida. Era todo raro. Lea y mi mamá se conocieron en Argentina y desde ese día no se han

separado jamás, pero su alma aventurero lo ha llevado a viajar de país en país buscando su golpe de suerte. Vivir aquí fue más bien un accidente; unas vacaciones bastaron para que quisieran quedarse, y aunque yo me he mantenido al margen de sus decisiones, me gustaría que algún día se vuelvan a Chile y listo. Leandro se dedica a limpiar piscinas en las casas de las celebridades y no se queja, gana muy bien y aunque vivieron a escondidas de migración por un tiempo largo, finalmente obtuvieron residencia. Claro que eso fue antes de la caída de las Torres Gemelas, porque ahora conseguir residencia es casi una broma, o mejor dicho imposible.

—Entonces, che... ¿Qué te hizo venir a ver a tu madre?

—La echaba de menos y también quería que me contaras tus historias limpiando piscinas de famosos... —lo dije con ironía, se notó.

—Yyy... luego te cuento Absolutly Everything... Ahora a comer que las tripas se me salen y no querrás que tu madre enviude.

Sep, definitivamente no entiendo que le vio mi mamá a Lea. Yo no le veo nada. Se supone que como su hija deberíamos tener patrones o algo de similitud, pero está claro que no en los hombres.

—Espero que te guste, preparamos asado de bienvenida —mi mamá estaba convertida en la ama de casa que yo no quiero llegar a ser. ¿Era mi mamá? Juro que estoy muy confundida, con mi papá jamás tuvo esta complacencia, ella era más alocada, distraída y para nada como es ahora. Creo que me la cambiaron, pero qué más da, es mi mamá y la quiero.

—¡Oh, pero que maravilla, llegar a casa es un placer. A comer chicas! —dio un aplauso y nos indicó para que nos uniéramos. Comimos y hablamos como si fuéramos amigos. La verdad es que Lea era más simpático de lo que demostraba su apariencia de hombre arrebatador e impulsivo. Y lograba entender en parte porque mi mamá estaba con él. La trataba bien, con cariño y eso me dejó tranquila, no es que me jacte ahora de venir a preocuparme, pero no es lo mismo saber que está bien de lejos a verlos por mi misma y saber que es verdad. Eso me alegró y supe que los días que pasaría aquí serían muy buenos para mí.

La noche fue larga, en vela y triste. Pensé en todo lo que Francis me había dicho antes de dejarme partir. Él me quiere, pero yo no a él, yo amo a Tobías y eso no va a cambiar. Francis deberá entenderlo, incluso si yo no vuelvo a estar con Tobías, no sé si volveré a tener algo con él. En primer

lugar porque sigue casado con la loca de Paulina y en segundo lugar, porque no puedo forzar mis sentimientos, él fue muy importante en mi juventud, siempre lo dije, él fue el amor de mi vida, lo fue, pasado. Hoy soy una mujer completamente diferente, quiero otras cosas, como cantar y viajar. No lo sé, no sé que quiero de mi vida, pero si sé que amaré por siempre al hombre que se robó mi todo y que daría lo que fuera por envejecer a su lado... Soy romántica, sé que no me ayuda pensar así, pero es la verdad, no hay otra.

Los primeros días fueron de conocer: la playa y todas las tiendas caras en las que no lograba comprar nada. Mi mamá me incentivaba, pero ella no sabía que ahora su hija era cesante, en fin, solo me hice de un traje de baño y un par de blusas para sentirme ad hoc. Fuimos a Orlando, Florida y sí, también a Disney... Soñaba con encontrarme algún famosillo por ahí, pero eso nunca pasó. Mi mamá estaba feliz, ya que dejé que hiciera conmigo lo que se le antojara. Después de la tercera semana me bajó la depresión, me quedé encerrada en la casa varios días pese al calor y los días soleados. Mi mamá retomó su rutina y me di cuenta que hacía muchas cosas, como: Yoga, casi todas las mañanas. Cocía, era una estupenda modista, cosa que sí sabía ya que siempre me hacía vestidos, además seguía cocinando como los dioses del Olimpo. Todo eso y creo que un par de cosas más.

Lea, era un buen amigo para sentarse a ver películas, aunque sufría cuando con mi mamá nos dedicábamos a hablar sobre las escenas y le cortábamos todo el hilo de la historia. Por las noches cenábamos los tres juntos y ya los podía mirar cuando había gestos de cariño “innecesarios” para mi gusto, pero reconozco que era de pura envidia, sana, pero envidia al fin.

El peor momento de mi día llegaba al caer la noche. Aún seguía recibiendo mensajes de Tobías, me decía que él no había vuelto con Cristina, que no lo haría. Que lo entendiera y que me amaba. Me pregunté miles de veces si eso era cierto, pero ¿qué razón tendría su mamá para mentirme? ¿Acaso la felicidad de su hijo no debiera ser lo más importante? Eso me dice mi mamá a mí. Estuve varias veces tentada de confirmar mi regreso a Chile para ir a hablarle, aunque no lo hice y aún no sé por qué. Quizás por miedo y ya que estaba lejos mejor lo dejaba así.

Al comenzar la quinta semana me llevé una sorpresa. No supe si grata, extraña o linda “sorpresa”, todo depende de qué lado que se le mire. Al levantarme no había nadie en casa. Mi madre según yo andaba en alguna de

sus actividades, pero cerca del medio día llegó a casa y no venía sola. Junto a ella estaba él, Francis...

«¡Qué hombre más terco!»

—¡Hijaaaa... mira quien vino a verte!

—Maaaa... —cuando lo vi entrar me quedé con la boca abierta. No lo esperaba, y no digamos que viajó de Santiago hasta Arica, sino que se vino del Pacífico al Atlántico...

—Hola, pequeña —Francis me saludó desde la puerta y espero mi reacción. Me miraba con cautela esperando lo que saldría de mi boca.

—Hola, no te esperaba... —fue todo lo que dije. Si pensaron que me tirarían sobre él a besarlos como pasa en las películas, pues están muy equivocados. Mi cuerpo ya no se sentía atraído al suyo. Él no era mi hombre y yo no era su mujer. No estábamos hechos el uno para el otro, al menos no como amantes. Pero si como amigos. Fue entonces que me di cuenta de ello y caminé hasta él para abrazarlo.

Francis me tomó en brazos y mi madre aplaudió como si estuviese en frente de una reconciliación. Nos hizo avanzar hasta la cocina y le sirvió algo frío a Francis. Él me miraba atento y yo bajaba la mirada. Me alegró verlo, no lo podía negar, pero... ¿Querrá Francis sólo ser un amigo?

—Bueno, chicos los dejaré solos para que hablen, al parecer mi presencia los cohibe un poco. Me iré a mis clases de Yoga. —Mi mamá salió riendo de la cocina y ambos sonreímos. Estaba claro que no le había contado nunca nuestra historia, pero lo recordaba y tal como mi abuela, a Francis todos lo querían.

—Entonces, ¿no te alegra mucho verme? Me esperaba otra reacción, no sé, quizás mi hice una idea que no es...

—Francis... ¿por qué viviste? Tú sabías que quería estar un tiempo conmigo misma. Aclarar mis ideas, encontrarme con mi yo interno y...

—No puedo estar más tiempo lejos de ti, Emilia. Necesito demostrarte que te quiero...

—No puedes... yo no quiero eso, lo siento mucho Francis, pero no puedo.

Le dije eso mirándolo fijamente a los ojos. Él supo que hablaba en serio y agachó la mirada para no seguir viendo mi rostro.

—Lo siento mucho, de verdad. De haber sabido que vendrías, te lo hubiese dicho antes, pero tienes que entenderme, solo quiero a uno...

—A Tobías...

—Sí, a Tobías.

Francis se acercó a mi y sin darme tiempo besó mis labios, fue un beso corto y tierno, pero que yo no correspondí, luego de eso me abrazó y ambos suspiramos, en el fondo creo que me entendió, al menos eso es lo que yo quería, que me entendiera.

Esa noche nos bebimos una botella de vino entre los dos. Francis estaba tratando de entender mi decisión, no lograba hacerlo sin antes intentar cambiar mi postura. Yo estaba tan segura, que ya no sentía mariposas al verlo, y eso que se quitó la camiseta a propósito para tentarme. Pero en mi mente había un hombre diferente, quizás no era con el cuerpo perfecto para pose de revistas, pero era el hombre que yo realmente amaba...¿Por qué no fue él quien atravesó esa puerta? ¿Por qué no fue Tobías quien viajó tantas horas para verme? Tantas preguntas que me hacía sabiendo la respuesta, él tenía su familia... y yo nada.

Tres semanas después ya estaba lista para regresar a Chile. La visita de Francis resultó ser más positiva de lo que pensaba, pues arrendó una moto con la que recorrimos toda la costa. Cada día salíamos y mi distracción era mucha. Mi madre debía de pensar que estábamos juntos, pero sólo éramos amigos. Francis “entendió” que yo estaba cerrada, pero me aclaró que no me dejaría sola, yo estaba en su vida por algo y que me seguiría la pista sin interponerse en mis decisiones. Raro, no sé como resultará eso, pero estaba bien para mí.

La estadía en Miami estaba llegando a su fin y mi mamá ya estaba llorando por mi partida. Lea se había despedido de nosotros durante la cena de la noche anterior, ya que trabajaba desde muy temprano y no llegaba hasta la noche.

De camino al aeropuerto todos íbamos callados. Pero al llegar no pude evitar derramar algunas lágrimas. Estaba acostumbrada a estar sola, pero siempre que estaba con mi madre sentía la necesidad de no dejarla.

Suspiré. La abracé y besé muchas veces. Le dije te amo y nos fuimos.

—¿Estás nerviosa?

—¿Por qué me lo preguntas? —Francis me miraba mientras esperábamos para abordar. Llevábamos callados desde que entramos y eso no era cómodo para él.

—No lo sé, supongo que irás a verlo cuando llegemos a Chile.

—No, no vuelvo a la casa de sus padres, aunque me paguen diez millones de dólares.

—¿Lo llamarás?

—Puede, tal vez...

—Mmmm...

—Su madre me dijo que él había regresado a su casa, con su familia — de pronto y sin darme cuenta comencé a contarle mis temores sobre lo que había pasado. Imagino que para él fue más incómodo que para mí, pero si quería tratar de ser mi amigo no le quedaba de otra—. Él dice que no pasó nada y que no volverá con ella, pero...

—Sabes que siempre existe una posibilidad, ¿no es así?

—Sí, pero necesito saber...

—Deberías llamarlo entonces, sabes que él no es mi persona favorita, pero también sé que está enamorado de ti, lo supe incluso cuando vino a pedir explicaciones cuando aún era un niño.

—No era un niño...

—Lo era, pero da igual, debes hablar con él, de lo contrario yo no podré saber que ocurrirá conmigo.

Lo miré y sonreí.

—¿No te vas a dar por vencido?

—Nunca.

¡Dioss, la vida nunca me dará un respiro!

El viaje de regreso fue tranquilo. No niego que me inquietaba volver a la realidad, porque así era. Cabe mencionar que no tenía trabajo y aunque me ofrecieran regresar no estoy segura de querer volver. Mi vida en general era una incertidumbre, pero necesitaba cambiar de aire, hacer otra cosa, volver a cantar quizás, aunque no gane mucho, pero sería feliz. Por otro lado, Francis, por más que quiera evitarlo no puede negar que tiene un problema por su lado, aún esta la loca de Paulina que sé no lo dejará tranquilo y ahí sí que paso... En el fondo él debe hacerse cargo de ella le guste o no.

### En Chile...

Al llegar al aeropuerto bajamos hasta los estacionamientos. Francis había dejado mi Giulietta aparcada en los estacionamientos pagados y me dio gusto verla entera, sana y salva. Insistí en manejar y aunque a Francis le costó ceder, finalmente gané la batalla, pero salir del aeropuerto era tan enredado que terminé en dirección contraria a Santiago. Definitivo: Las autopistas y yo nos somos amigas.

Mi departamento estaba tal cual, salvo por unas cosas de Francis que estaban por ahí tiradas, había estado durmiendo allí, según él, Abu necesitaba compañía. Mi amiga Vicky estuvo viniendo este mes, pero allí había algo más... no sé, sentí algo raro.

Entré en mi cuarto y me lo encontré ahí, parado frente a la puerta...

—¿Tobías...?

—Mili.

—¿Qué... qué...?

—Emi, ¿dónde dejo tus coo...sas? —justo en ese instante entró Francis, traía mi maleta y unas bolsas. Se nos quedó mirando desde atrás igualmente sorprendido.

—Yo... no sabía que estarías acá... —no supe qué hacer.

Francis bajó las cosas y yo me giré hacia él. Lo vi dejar las llaves del auto y las del departamento sobre la mesa. Se me acercó y me dio un beso en la mejilla. No me dijo adiós, simplemente salió cerrando la puerta con fuerza lo que me hizo dar un salto.

Mi corazón estaba saltando dentro de mi pecho.

La respiración se me aceleraba.

Un hormigueo comenzó a recorrer todo mi cuerpo hasta el punto de debilitar mis piernas.

No me atrevía a girarme a verlo...

Sentí su respiración en mi cuello y cerré los ojos en señal de debilidad. Tobías se acercó a mí, pero no me tocó, simplemente se acercó y aspiró mi olor... Yo tiritaba (malditos nervios) Las mariposas en el estómago hace rato que hacían de las suyas hasta que de pronto...

—Te amo, Emilia —su voz me desmoronó por completo—. Nadie en este mundo, ni siquiera mi madre puede cambiar eso; aunque te haya dicho los peores calificativos del mundo o las mentiras que lograron alejarte de mí. Te amo, Emilia y no puedo estar con ninguna otra mujer que no seas tú, porque si no aceptas que debes estar a mi lado me quedaré solo hasta el final de mis días y porque estoy seguro que nuestro destino está entendiendo que no podemos estar separados, deja ya de huir de mí, deja ya de tomar mis decisiones y asume que nacimos para estar juntos tú y yo, hasta el fin de nuestros días, y que un día estaremos viejos y recordaremos lo difícil que fue, pero que valió la pena, porque entendiste que tú eres todo para mí.

—Tobías... —su nombre salió de mis labios casi como una súplica.

Sus manos se posaron en mis hombros y yo me estremecí. Poco a poco bajaron por mis brazos hasta llegar a mis manos y sentí el sudor en sus dedos, en su palma, estaban frías, suaves, tal como las recordaba. Me giré de a poco para verlo. Su mirada estaba clavada en mis ojos y se quitó los lentes, tal y como a mí me gustaba. Ambos nos miramos fijo hasta que supe no podría más... Humedecí mis labios e instintivamente su mirada se desvió hacia ese gesto, pero no se contuvo esta vez. Tobías tomó mi rostro con sus manos y como si no existiese un mañana me besó de la manera más apasionada y posesiva que pueda existir. Sus manos bajaron hasta mi cintura y me apretó con fuerza al notar que yo no lo rechazaba, no podía hacerlo, era Tobías, el hombre que llegó a mi vida para volverme loca, pero de amor...

—¿Acaso existe algo mejor que tus besos? —sus palabras me hicieron

reír.

—Sí —respondí—. Tus abrazos, son los mejores en el mundo entero.

Ahí nos relajamos. La tensión de ambos era evidente y romper el hielo nunca fue un problema para nosotros. Los silencios cómodos y las miradas de ojitos brillantes, como ahora.

Volví a besarlo y esta vez me levantó del suelo para dejarme sobre la cama. Habían pasado dos meses y ambos estábamos con deseo. Mi cuerpo lo necesitaba, pero mi cabeza aún buscaba respuestas, antes de seguir quise saber en qué situación nos encontrábamos y aunque nos costó parar, pronto nos vimos los dos sentados sobre la cama en la posición de loto listos para hablar. Frente a frente, él y yo, hoy se acababan las mentiras.

—Tu mamá me odia. —Aseguré iniciando la conversación.

—Sí, pero tarde o temprano te aceptará y si eso no ocurre, tú tranquila, que yo no me dejo intimidar... —se rió y vi sus ojitos achinados. Yo también me reí.

—Ella dijo que habías vuelto a tu casa, con tu familia —continué.

—“Mi familia”, quiere decir: Mis hijos.

—¿Y ella?

—Ella se fue de la casa la mañana después que estuvimos juntos. Resulta que tiene o tenía un amante.

Yo levanté mis cejas en señal de sorpresa. Tobías agachó un poco la mirada y cuando volvió a mirarme volvió a sonreír.

—¿Y tú no lo sabías?

—Ni que llevara un letrero en la frente... no, no lo sabía y reconozco que me pilló por sorpresa la noticia.

—Pero... ¿qué pasó?

—Tuve que ir a casa, pues ella me pidió unos días para estar sola. Yo creo que se fue con él, pero ni siquiera me molestó. Yo me quedé con Valentín y la Fran, reconozco que me olvide de todo y me enfoqué en ellos. No me di cuenta que dejé todo de lado, entre ellos a ti.

—Siento mucho lo que te pasó.

—No lo hagas, yo también tuve algo de culpa. Debí llamarte para que supieras lo que estaba pasando, pero creo que asimilar todo eso me costó caro.

—Y tu madre se aprovechó de eso. Si vieras como me dijo que habías vuelto a “tú” casa...

—Perdón por eso, en el fondo también está arrepentida. Cuando le dije que Cristina se había ido de la casa por unos días no pudo creerlo, pero no me negó lo que te había dicho. Aunque creo que no sintió culpa por eso.

Ambos nos quedamos viendo sin decir mucho. Al parecer ahora me tocaba a mi.

—Me fui porque necesitaba tiempo para mi, además a mi mamá hacia mucho que quería visitarla...

—Francis... —al escucharlo decir su nombre lo interrumpí de golpe.

—Él llegó de sorpresa, un mes después, de haber sabido que iría... tal vez le hubiese dicho que no lo hiciera.

—¿Pasó algo? No lo sé, algo que deba saber...

—Sí —al decir aquella afirmación lo vi morderse el labio inferior al tiempo que pestañó varias veces sin levantar la vista del edredón—. Él entendió que amo a otra persona —continué—, sabe que es a ti...

Sus labios formaron una hermosa sonrisa.

—¿Entonces? Eso quiere decir...

—Que nada pasó.

Si les dijera que Tobías se abalanzó sobre mi en ese instante, dejando el resto de la conversación para otro momento y preocupándose solo por mi, por besarme y tocarme hasta volverme loca de deseo... Sí, eso mismo pasó y más de una vez esa misma tarde.

Esa noche se quedó a dormir conmigo. Comimos sushi, a los dos nos gustaba. Hablamos del futuro, de uno juntos, uno que antes vi imposible y me gustó, esa noche me pidió ser su novia oficialmente y le dije que sí. Esa noche luego de hacer el amor, me dormí en sus brazos. Esa noche tuve un sueño, uno que venía teniendo desde que supe que lo amaba y entendí lo que me había dicho del destino, ambos estábamos destinados y nadie podría cambiar eso porque siempre estaríamos juntos, aunque fuésemos un secreto bien guardado, pero ya no más porque ahora lo gritaríamos al mundo, ahora caminaríamos de la mano por el parque, y lo besaría delante de todos. Esa noche dormí sabiendo que lo tendría a mi lado al despertar. Esa noche era la primera de muchas que vendrían y yo siempre querría más...

A brí mis ojos y traté de adaptarme a la luz que inundaba el cuarto. Un día soleado para un clima de invierno era el mejor regalo de bienvenida, bueno, eso y que al mirar al lado izquierdo de mi cama aún seguía ocupado por el hombre que anoche me prometió el cielo y las estrellas. No es que me crea estar viviendo un cuento de hadas, donde el príncipe llega y se rapta a la bella damisela en peligro, se enamora y la desposa al día siguiente, aunque si él me lo pidiera, me casaba mañana, pero me bastaba con saber que ahora estaría para mí siempre. Inmersa en mis pensamientos lo vi moverse y buscarme con sus brazos. Yo me acomodé a su lado y descansé mi cabeza en su pecho. La respiración calmada me relajo una vez más logrando que mis ojos volvieran a cerrarse y me dormí...

El sonido de un teléfono me despertó de golpe justo en el momento en que Tobías lo contestaba. Lo escuché hablar y me mantuve en silencio.

—Hola.

Después de eso, un silencio largo.

—Voy para allá.

Otra vez esa frase. No me gustó el tono en que lo dijo y me senté para que supiera que estaba despierta.

—¿Te irás? —dije con un tono de decepción que no pude disimular.

—Nos vamos —respondió él.

—¿Juntos? ¿A dónde?

—Mi papá acaba de tener un infarto y lo están llevando al hospital.

—¿Pero qué voy a hacer allá?

—Acompañarme, como mi novia y te necesito conmigo.

Lo vi vestirse tan rápido que no me dio tiempo de procesar nada. Sin discutir lo imité y me vestí con unos leggins y blusa sport. Busqué mi chaqueta, ya que el sol que había no era de esos que calentaba realmente, tomé las llaves del auto, de la casa y salimos en dirección al hospital.

Conduje a toda velocidad por las calles capitalinas, era domingo y no andaban muchos autos en las calles. Llegamos en menos de quince minutos y al momento de estacionar me quedé inmóvil frente al volante.

—¡Mili! —escuché su voz y giré la cabeza hacia él—. ¡Vamos!

—Tal vez no es muy buena idea que yo entre, te puedo esperar aquí el tiempo que necesites...

—No tengas miedo de ellos...

—No es miedo, es terror, estoy paralizada —Tobías le dio la vuelta al auto y abrió mi puerta.

—Si aceptaste ser mi novia, debes aceptar todo lo que venga de una vez. Mi papá está ahí dentro y no sé en qué estado lo encontraremos. Te necesito ahora, conmigo.

Se me quedó viendo con la mano extendida, como suplicándome que la tomase. Respiré profundo y cerré los ojos. «Debes ser valiente, vendrán días duros y difíciles, pero eres fuerte, digan lo que digan, te mantendrás a su lado» Me di palabras de ánimo y apagué el motor del auto. Tomé su mano y salí con él.

Caminamos por un pasillo, hasta llegar al sector de la UTI, Tobías preguntaba a las enfermeras y rápidamente nos movimos por el hospital, yo no entendía nada, simplemente lo seguía sin soltar su mano. Por fin vi a su madre, estaba parada con las manos empuñadas sobre su boca. Tobías le habló y solo entonces me soltó para ir a abrazarla. Yo me quedé a distancia, no conocía ni a su hermano, ni a su madre, salvo por aquella vez en la que me atreví a golpear su puerta. Los niños no estaban allí, al parecer el lugar no era apto para ellos. Dada las circunstancias preferí quedarme lejos de ellos, pero a la vez mirando a Tobías para que supiera que estaba con él. De vez en cuando miraba mi teléfono y revisaba algunos mensajes que tenía. Había uno de Vicky reclamando mi visita. Otro de mi papá invitándome a comer y uno de Francis que decía:

«Supongo que hubo reconciliación, no creas que me alejaré completamente. Recuerda, siempre me tendrás cerca...»

Aquellas palabras me sacaron una sonrisa amarga que disimulé para no demostrar gesto alguno. Pero en mi cabeza lo imaginaba a él parado en su moto fuera del departamento vigilándome. Francis es un buen hombre y un excelente amigo, pero ya no es el amor de mi vida, hoy es solo un amigo.

—Mili —Tobías me llamó desde lejos y me hizo la seña para que me

acercara a ellos. Yo me puse nerviosa y no reaccioné.

«¿Yo acercarme a su madre? Ni que estuviera loca»

—No —le grite en susurros. Él muy descarado se me acercó y tiró de mi mano para que caminará con él—. ¡Tobías!

—Deja de temerle a mi madre. Menos ahora que está vulnerable. Mi papá está bien, estable, pero cansado. Pero ella está nerviosa e inquieta. Se siente culpable porque discutieron por mi culpa y ahora al verte aquí no será capaz de decir ninguna pesadez, así que es nuestro momento.

¡Diosssss, ahora resulta que yo soy tan culpable de que a su papá le viniera esto y quiere que vaya a saludar a su mamá! ¡¿Estoy loca o qué?!

—Mamá, ella es Emilia, la nieta de la señora Roberta de la casa de al lado. —Su mamá se me quedó mirando sin abrir la boca. Tenía los ojos hinchados y las lágrimas le salían de vez en cuando. Yo levanté mi mano tímidamente y preferí no decir nada. Pero claro, Tobías siguió—. Ella y yo somos novios, así que espero que puedas convivir con ella de la manera más cordial posible.

Yo roja como un tomate, me limité a seguir allí paraba al lado de Tobías.

—Gracias por venir —habló finalmente ella. Fue raro, pero no sonó falso. Aunque sigue siendo raro.

—De nada —respondí con un hilo de voz. En mi cabeza sonó más fuerte, pero no se escuchó así.

—Yo soy el hermano de Tobías, Mateo —era un chico muy guapo, muy parecido a su madre y rasgos similares a su hermano.

—Hola, soy Mili —él se me acercó para darme un beso en la mejilla. Y sin darme cuenta ya estaba sentada entre ellos, esperando que nos avisaran cuando pasarían a su padre a una sala donde podrían visitarlo.

—Entonces... ¿se va a recuperar, verdad? —todos me miraron al hacer esa pregunta.

—Sí —respondió Tobías al mismo tiempo que me abrazaba con cariño —. Tuvo un pre infarto, es más leve de lo que parece, ya que esa palabra suena terrible.

—Sí, lo sé.

—Deberían darle el alta dentro de unos días, pero ahora necesita descansar y no pasar malos ratos —dijo esto último mirando a su madre, quien de inmediato entendió el mensaje de su hijo.

—Yo estaría igual de asustada que tu mamá... —estaba hablando más relajada, quería entablar algo de conversación para que la espera no se hiciera eterna, cuando la presencia que menos esperaba me interrumpió—. Lo bueno es que pronto estará en casa y...

—Hola, ¿como está mi suegro? —una voz fuerte y con tilde cálido me atrajo. Pero sus palabras fueron como un punzón en cada espacio de mi cuerpo. Ella era Cristina, una mujer de carácter duro, de apariencia apagada, linda a su manera, pero era ella...

Vi a la madre de Tobías acercarse a ella y abrazándola le contó todos los pormenores. Tobías también se acercó a saludarla seguida de su hermano. Al parecer entre ellos no había resentimiento por lo que ella había echo. Yo no entendía nada. Pero luego sentí su mirada clavada en mí. Me dio terror, lo reconozco. Yo no tenía nada más que hacer allí.

—Iré afuera —dije parándome y caminé por el pasillo hacia la salida. Tobías me siguió alcanzándome en segundos.

—Mili, no te vayas...

—No debo estar aquí, no soy parte de tu familia.

—Eres mi novia, eres parte de mí, eso es lo único que importa.

Ahí estaba yo. Parada frente a él sintiéndome observada por el resto de la familia. Me sentía tan fuera de lugar que ni su carita de suplica por quedarme con él era suficiente...

—Te voy a esperar en casa, eso en caso que puedas venir, pero lo mejor es que me vaya. —Le di un beso en los labios, al menos me di el gusto de demostrarles que yo estaba allí por algo, y con ese beso le decía a ella, a Cristina, que Tobías no estaba solo, que él y yo estábamos más juntos que nunca.

Salí de allí con el pecho apretado. Tobías me había pedido que me quedara y aunque me dejó ir me dio pena y a la vez me puso nerviosa saber que estaría junto a su ex. Confiaba en él, pero quien sabe ella...

Llegué a mi auto y me quite bruscamente unas lágrimas. Entré y le di el encendido al motor, fue en ese momento que decidí ir a ver a mi amiga, Vicky me mataba si no iba a verla, así que no lo pensé más. Estacionar aquí era tan difícil como volar. Todo lleno. Tuve que dejar a mi Giulietta a dos cuadras del departamento y con él frío que hacía me congele recorriendo ese tramo a pie. Cuando estuve en la puerta, mis dedos congelados pulsaron el

botón del timbre y esperé. Teo abrió y se me quedó viendo.

—¡Tú, por fin...! —se me acercó y abrazó como si no nos hubiésemos visto en años.

—Estoy bien, gracias... ¿Qué tal todo por acá?

—Tu amiga esta poniendo mi paciencia al límite, no ha logrado sacarme de la casa aún, pero créeme, cuando todo esto termine deberá levantar un monumento con mi imagen —me reí con su humor, en el fondo sabía que lo estaba pasando mal. Era el primer embarazo estilo thriller que veía. Pero ya quedaba menos, un mes y medio y por fin tendrían a su bebé en casa.

—Ya queda menos, un poquito más de paciencia y yo misma mando a poner esa estatua con tu nombre... —le hablé con mucho cariño para que supiera que lo apoyaba—. Iré a verla.

Me fui hasta el cuarto de Vicky y al verme ahí en la puerta se puso a llorar. Estaba con su pijama y recostada en su cama. Me acerque a ella y la abracé. Su panza estaba inmensa y entendí por qué tanta sensibilidad, si yo estuviese así también querría llorar el día entero, pero quedaba tan poco para que su bebé naciera. Tenía fecha para finales de Septiembre a menos que se le adelantara.

—Amiga, no vuelvas a dejarme sola, llevó dos meses lidiando con Teo y mi genio. Mi yo anterior quiere salir, pero mi yo embarazada e hinchada no la deja. Estoy que reviento y ya no quiero más, quiero que nazca pronto... ya no puedo más... —mi amiga seguía llorando y mi consuelo poco le ayudaba. Se supone que las mujeres en este estado debieran sentirse alegres y llenas de amor interno. Me parece que Vicky es la excepción a la regla, sólo ruego que cuando el bebé nazca le cambie el genio.

—Vicky, tienes que ser fuerte, tu bebé está sano y salvo en tu interior. Pero pronto estará entre nosotros. Mejor cuéntame, ¿ya te dijeron el sexó? ¿Sabes qué nombre le pondrás?

—Sí, sí... es una niña, se llamará Alicia. Teo quería que se llamara como su madre.

—Guauuuu ¿le darás en el gusto?

—Pero él aún no lo sabe. La verdad, me casé con un santo y se merece elegir el nombre después de aguantarme todos estos meses.

—Vicky, le darás una alegría que hará se le olviden todos los malos ratos.

—Más le vale, porque después le tocará cambiar pañales y pasearse con

la pequeña Alicia cuando no quiera dormir por culpa de los cólicos. Que sepa que esto recién comienza.

—Uffff si que serán felices ustedes tres... —por fin estaba riendo y yo también. Por alguna razón me costaba estar relajada y sonriendo. Tener a Tobías a mi lado no me daba la seguridad que estaba necesitando. Su familia me aterraba y si a eso le sumábamos haber conocido a su ex no era de mucha ayuda.

—¿Me vas a contar ahora como te fue? Quiero saber si viste a Tobías —Vicky ya se había aguantado mucho de preguntar.

—Tobías me esperaba en el departamento cuando llegué del aeropuerto...

—Lo sé, es mi culpa. Tobías fue a buscarte cuando yo estaba dándole de comer a tu gato y no puede echarlo, ya sabes, quería saber lo que tenía que decir sobre ti.

—¿Y qué averiguaste?

—Que ese hombre está enamorado hasta las patas de ti y por eso le pasé las llaves de tu departamento y cuando me avisaste que venias no dude en llamarlo. Lo siento.

—¡Ay, Vickyyyy! Yo también lo amo, pero estoy aterrada, su familia me intimida y el único que sí quiere conocerme es su papá que ahora está en el hospital...

—¿Qué pasó? ¿Por qué?

—Un infarto, lo bueno es que está controlado. Lo acompañé a verlo, pero ahí estaba su mamá, que me odia, ¿y adivina quien llegó también?

—No sé, dímelo, si no me da una contracción por la incertidumbre.

—Su ex.

—Oh... era de esperar, mal que mal eran familia.

—Pero ahí salí corriendo y me vine para acá, me sentí fuera de lugar, una molestia y no aguanté, me vine, no sé como abordar todo esto...

—Mili, ¿tú quieres a ese hombre o no?

—Más que a nada... pero...

—¿Pero qué? ¡No seas tonta y deja de ser una niña, ya crece por diossss! Lucha por estar con él...

—Francis llegó a Miami, fue a verme... —no le había contado sobre eso y se quedó con la boca abierta.

—Eso no me lo esperaba. Pero Tobías me cae mejor.

—Fue a decirme que me ama y que quiere estar conmigo...

—No, amiga, él sí que tiene una ex que da terror, no te lo recomiendo.

—Sí, pero al menos sé que está loca, en cambio Tobías... tiene sus hijos, siempre tendrá que ver a su ex, que por cierto su mamá adora y yo ni siquiera se si me atreveré a conocer a sus hijos, ¿qué pasa si ellos me odian?

—Nada, ya deja de pensar cosas sin antes hacerlas. Piensa, ¿a quién quieres a tu lado?

—A Tobías.

—Francis lo va a entender. Pero date la oportunidad de ser feliz de una vez por todas.

Vicky me abrazó y eso fue reconfortante. Su manera de ver las cosas y su franqueza me daban fuerzas para luchar por él. Mi mente y mi corazón estaban con Tobías, mi cariño y verdadera amistad, estaban con Francis. No había confusión. Sabía por quién debía luchar y lo haría.

A l caer la noche y antes de salir de la casa de mi amiga llamé a Tobías. Me contestó rápido y se alegró de escucharme. Le dije si quería que pasara por él al hospital y me dijo que sí. Así que me armé de valor y partí. Llegué y detuve el auto frente al hospital, miré hacia el interior y no lo vi. No le dije que me esperara fuera por lo que volví a encender el motor y entre en el estacionamiento. Bajé y caminé decidida, sabía que allí dentro estaría su mamá y si tenía suerte no estaría su ex. Recorrí los fríos pasillos, los mismos de ésta mañana, al llegar al sector de la UCI no vi a nadie. Volví mis pasos y seguí buscando, no vi a Tobías y me sentí perdida, no supe donde ir y solo atine a llamarlo. Su teléfono sonó varias veces y no atendía. «¿Dónde estás, Tobías?» Me moví nerviosa. Diez minutos anduve deambulando hasta que al fin sonó mi móvil.

—Tobías... ¿Dónde estás? Vine donde estaban esta mañana y aquí no hay nada.

—Tranquila, estamos en una habitación del segundo piso. Mi papá esta mejor, pero le darán el alta dentro de dos o tres días.

—Que bueno, estaba preocupada... entonces ¿en qué habitación está?

—La 201, segundo piso.

—Voy... —me hubiese gustado que él bajara y nos fuéramos de una vez, pero ni indicios de eso, no me quedaba otra alternativa que subir y ver a la familia, otra vez.

Salí del ascensor y ahí estaba él esperándome, me sentí aliviada al verlo y no pude evitar abrazarlo con todas mis fuerzas. Tobías me envolvió dándome la seguridad que buscaba, lo necesitaba a él y sus besos, necesitaba sentir que estaba conmigo para seguir con todo lo que venía. Para dar ese paso que me estaba pidiendo, para conocer a sus hijos y soportar las miradas de su madre y saber que siempre tendría que ver a su ex. Pero lo haría, por él estaba dispuesta a guardarme el orgullo y abrir las puertas que se han mantenido cerradas desde siempre... ni siquiera Nicolás pudo lograr que

visitara a sus padres, solo lo hacía para los cumpleaños y siempre en contra de mi voluntad.

—Yo también te extrañé —Tobías, siempre tan acertado. Siempre lo extraño.

—Te quiero, Tobías... —él buscó mi mirada y adoré la forma en que lo hizo. Y sin miedo de que nos vieran lo besé demostrándole que estaba con él, que estaría con él siempre.

Abrí los ojos y al mirar por encima de sus hombros unos ojos inquisidores nos miraban y no eran los de su madre, sino de Cristina, su ex. Ella nos miró y me desafió con la mirada, pero no lograría asustarme, ella tuvo su oportunidad y la perdió, ella estuvo con él y no supo quererlo, probablemente lo conoce como nadie, pero esa no es mi desventaja, más bien es mi punto a favor, nosotros cada día iremos descubriendo cosas del otro, pero lo más importante es que creo en nosotros, en que nuestras vidas siempre han estado unidas, y el destino ha luchado por que lo escuchemos. Ahora es nuestra oportunidad, la tercera oportunidad que yo no dejaré pasar. Ni siquiera ella o su madre me asustaran.

—Ven conmigo, iré a despedirme de mi papá y nos vamos.

—Sí, sí... vamos.

Él entro en un cuarto y como me lo temía, su ex se acercó a mí. En primera instancia no dijo nada, pero luego no se aguantó. Y como si llevara tiempo amarrada me escupió su rabia, su pena, su angustia... Ella sospechaba de mi existencia y me lo hizo saber.

—Así que tú eres la perra por la que Tobías me dejó, por la que dejó a sus hijos, a su familia... —su tono era bajo y gracias a Dios, de lo contrario todo el mundo se enteraría.

—No creo que sea el momento —dije dándome la vuelta.

—¿Crees que esto va a durar para siempre, que él será el amor de tu vida y vivieron felices por siempre? No te olvides que tiene dos hijos conmigo y nunca, escúchame bien, nunca cambiará eso.

—No espero que sea así —miré al frente esperando verlo salir del cuarto, me negaba a verla a los ojos, no quería llorar y demostrarme débil, pero esta mujer sí que daba miedo. No quise decir nada, pero ella insistió, no tuve otra salida...

—Él se entretendrá contigo un tiempo y apenas se aburra te dejará como una rata —no pude evitar girarme a verla y su rostro era de angustia y rabia,

pero no era necesario que fuera ofensiva, yo ni siquiera la había tratado, pero...

—Yo no lo he engañado —dije sin medir las consecuencias, sabía que ese comentario dolería, pero que mas da, si quería asustarme al menos no se la haría tan fácil.

—Él sí lo hizo, me engañó contigo —eso me llegó de golpe, pero que tanto sabía ella de mí, pues nada, ahí estaba mi punto a favor.

—A mi no me ha mentado, siempre supe que estaba contigo y sus hijos, fui yo quien aceptó seguir viéndolo, mal que mal el amor de juventud no se olvida tan fácilmente.

Se quedó callada y con la boca abierta. Yo no quise seguir con su juego y volví a darme la vuelta, gracias al cielo en ese mismo momento Tobías salía del cuarto y me sacó de ese lugar. No le dije nada, para qué, preferí dejarlo entre su ex mujer y yo. Pero reconozco que por una milésima de segundo quise ser una maldita perra y echarle en la cara que su oportunidad había pasado y yo no perdería la mía, al menos no ésta.

Caminé al auto en silencio, Tobías me abrazó cariñoso y me habló sobre la recuperación de su papá. Estaba contento y no dejaba de hablar. Pero noto algo raro en mí, y no se anduvo con rodeos.

—¿Pasó algo? ¿Cristina te dijo algo? —me detuvo para verme a los ojos y se encontró con mi rostro cansado, pero no logró sacar una pizca de información al respecto.

—Sólo que está celosa, nada más. No te preocupes, no logró asustarme —abrí la puerta del auto y entré dando la conversación por finalizada. En cierto modo era cierto, no lograría hacerme huir otra vez, no esta vez.

—No sé que te dijo, pero no hagas caso a nada...

—Tú tranquilo, ya soy grande —sonreí para eliminar toda duda—, entonces, ¿te llevo a tu casa o a la mía?

—A la tuya, definitivamente a la tuya —y en ese instante pensé que mi noche mejoraría.

Llegamos al edificio y escuché maldecir a Tobías, no quise preguntar, pero vi que revisaba su teléfono. Pero me bastó mirarlo para ver su cara de disculpa.

—Mili, yo...

—Te tienes que ir...

—Son los niños, mi mamá se los llevó a la casa y ahora me necesita —

obvio, su madre aliada con la ex nuera. Esas cosas sólo me pasan a mí.

—Vamos te llevo —mi voz sonó a resignación y decepción, no era su culpa, lo sé, pero yo siempre pagaría las consecuencias.

—No me mires así, sabes que quería quedarme contigo, pero...

—Lo sé, tus hijos siempre serán lo más importante y lo entiendo —ya no quería seguir hablando o empezaría a hablar sin pensar.

—Tú también eres importante para mí, tal vez podrías quedarte en la casa de tu Abuela y así yo escabullirme cuando los niños duerman...

—No, Tobías, está noche prefiero dormir en mi casa y estar sola. No estoy enojada contigo, que te quede claro, pero me hará bien estar sola.

—Ok, no voy a insistir, pero de verdad me gustaba más la idea de que durmieras cerca, yo quiero estar contigo y eso no va a cambiar porque te escapes de mi alcance.

—No me estoy escapando, es sólo que hoy ha sido muy raro todo y necesito procesar tanta información.

—Está bien, pero apenas esté libre te llamo, al menos para que escuches mi voz antes de dormir.

—Eso me parece bien —sonreí. Al fin y al cabo debo entender su situación, aunque debo reconocer que lo que me tiene con rabia es la acción de su madre y su ex, sé lo que buscan y ahora dependerá de mí aguantar. No será fácil, ¿acaso nunca me darán tregua?

Dejé a Tobías en su casa. Nos quedamos largo rato en el interior del auto besándonos como dos adolescentes, con esas ansias de ir más allá, pero él debía entrar y al mirarlo a los ojos supe que estaba algo inquieto, le preocupa que quiera salir corriendo por todo lo que tendremos que pasar, y sí, es verdad que siempre quiero escapar de las situaciones difíciles, porque no sé como abordarlas, me abruma ser el centro de atención y lo peor, de las miradas o los comentarios bajo la mesa. La sola idea de que sus hijos me odien me harán correr como en un maratón, pero lo intentaré, juro por mi vida que lo intentaré, no se las haré fácil, porque Tobías lo vale, sé que lo vale... espero no estar equivocada.

Llegué a mi casa cansada, sin ganas de nada, sólo quería dormir o morir o desaparecer de la faz de la tierra. Yo que me creía la mujer más fuerte de

todas y mírenme aquí, abatida por culpa de la bruja de su ex, Cristina y peor, por su mamá.

Al bajar del auto, un ruido llamó mi atención. El rugido de una moto me obligo a mirar al frente y ahí estaba él, mirándome desde la vereda de enfrente, no puedo negarlo, aparecía justo en los momentos más indicados.

Francis sin querer era justo lo que necesitaba.

Caminé sin pensar en su dirección y claro en su rostro había una sonrisa. Me apoyé en su moto y bajé la mirada a la acera. Él se me acercó y me dio un abrazo sin decir nada, aún. En ese mismo instante quise gritar, llorar, reír, todo al mismo tiempo... mil emociones juntas peleaban por salir y grité, grité aferrada a ese abrazo, grité y él me sostuvo hasta que ya no me salía la voz.

—¿Una vuelta? —de pronto me invitó a subir y no dude en aceptar. Me haría bien el viento, la libertad y la adrenalina.

—Sólo una —respondí. Por mucho que él estuviese en el momento preciso y justo cuando necesitaba una escapada, no significaba que le daría una esperanza. Eso ya estaba hablado y zanjado, pero como aceptó ser mi amigo merecía mi confianza, esa que jamás perdería.

Recorrimos las calles de Santiago más de una hora y cuando se detuvo estábamos frente al puente de los candados, cursi, pensé, pero lindo. Bajé de la moto y comencé a subir, Francis me seguía cauteloso, no se atrevió a hablarme, pero yo necesitaba contarle a alguien lo que pasaba por mi cabeza. Me detuve en lo alto del puente y me giré para verlo, mis ojos estaban inundados en lágrimas y luego de secarme las mejillas de manera brusca me acerque a él y lo abracé.

—Shhh tranquila, yo estoy contigo —Francis me hablaba en susurros, con ternura y eso me daba rabia.

—No sé si seré capaz —comencé a decir de pronto—. No estoy diciendo que voy a renunciar, pero su mamá me odia, Francis, yo no soy de las que les gusta lidiar con ese tipo de problemas, además está su ex que quiso pisotearme y sus hijos a los cuales no quiero conocer aún, porque sé que tampoco me querrán, el único al que sí le caigo bien es a su papá y ahora está hospitalizado, espero que salga pronto de eso... yo, yo no puedo, ¿qué hago, Francis? Necesito que me digan que debo hacer —y eso último lo dije llorando de manera desconsolada.

—Tranquila, Emi, todo estará bien. Ahora estás ofuscada, es normal.

Cuéntame qué pasó.

—No, no, Francis, ni siquiera es justo que tenga que contarte estas cosas a ti...

—Emi, te hice una promesa, no voy a dejarte sola, no lo haré incluso tú estando con él, sabes que puedes decirme todo.

—¿Todo? No puedo hacer eso, ni siquiera sé que hago aquí ahora mismo, debería estar en casa con él, pero no, él tiene sus hijos que siempre serán lo más importante en su vida y yo...

—Eso es algo que jamás podrás evitar, pero...

—Pero nada, Francis, ni siquiera quiero tener mis propios hijos, dime, ¿cómo va a resultar todo esto? ¡¿Cómo?!

—No lo sé, pero en parte esa es la idea. Debes arriesgarte para saber si valió la pena.

—¿Y si no resulta?

—Yo estaré feliz de que así sea —al escuchar eso no pude evitar sonreír—. Pero si resulta, no querrás arrepentirte por no haberlo intentado.

Francis me habló serio, pero con tanta ternura que era imposible no seguir abrazándolo.

—Ay, Francis, ¿Por qué todo es tan difícil? ¿Por qué?

—No lo sé, Emi. Mírame a mí, a veces pienso que si ella no hubiese regresado tú aún estarías conmigo y así no estarías pasando por esto. Yo estaba preparado para ti, no es a ella a quien amo en este momento, ella se encargó de matar todo lo que había. Lo peor es que ahora no puedo dejarla, ella me amenaza con quitarse la vida, con venir hasta tu casa a acosarte y eso no lo puedo permitir, juro por mi madre que hay veces en que quisiera que cumpliera su palabra con la primera opción, suena egoísta e insensible, pero estoy atrapado, ella me tiene atrapado.

—Francis... tu mujer esta desequilibrada, seguramente su realidad está distorsionada, es un peligro para los dos y yo ya tengo suficiente con la madre de Tobías.

—Aún así, no puedo alejarme de ti.

—Lo sé, ver tu moto estacionada frente a mi departamento justo hoy fue algo bueno después de todo.

—Parezco un acosador.

—Sí, pero eso no me molesta. Sé que estás ahí para apoyarme, aunque sea desde lejos.

De pronto Francis cruzo la línea que yo misma había puesto hace un tiempo atrás, me alejó unos segundos y llevó sus manos a su cabello, se movió inquieto y volvió a abrazarme, pero esta vez con más fuerza.

—Emi, yo estaría dispuesto a sacarte de aquí, llevarte lejos mañana mismo si así lo quieres. En estos momentos sólo vivo para ti, trabajaré y luego vendré hasta tu casa a vigilar tu sueño, sé que él lo está intentando, pero te miro y no veo felicidad, tu rostro no muestra alegría. Yo quiero darte esa alegría, pero lejos de aquí, lejos de Paulina, de Tobías. Emilia, deja que te saque de esta mierda que no te deja ser feliz, yo puedo hacerte vibrar, lo sabes —sus manos secaron las lágrimas que habían aflorado de mis ojos al escucharlo hablar y sus labios se pegaron a los míos en un beso suave, pero lleno de un sentimiento que me puso la piel de gallina. Sería simple volver a escapar, irme con él y olvidarme de todo. Pero después qué, ¿cómo hago desaparecer mis verdaderos sentimientos? ¿mintiendo? No puedo mentirme a mi misma toda la vida. Lo que Francis me estaba ofreciendo no era la solución a mis problemas, sino un remedio de parche y aunque agradezco que se preocupe por mí, no puedo aceptarlo.

—Gracias, Francis, pero no puedo, lo que siento por Tobías no lo puedo negar, menos mentirme a mí misma. Créeme que si esto hubiese sido hace muchos años atrás te seguiría sin pensarlo, pero hoy no, hoy sé a quien le pertenece mi corazón.

Esas palabras oscurecieron un poco la mirada de Francis, él ya lo sabía, pero que se lo dijera aún sabiendo que no estaba segura con todo lo que se avecinaba, significaba que no había vuelta atrás. Sus ojos verdes, esta vez oscuros y profundos como la misma noche, me miraron con desilusión y pena. Nunca lo vi llorar en mi vida, juro que jamás lo vi vulnerable, pero esta noche una lágrima rodó por su mejilla, no sé si es mi culpa, pero no puedo mentirle, lo quiero, pero ahora como un amigo con el que siempre querré contar.

—Dime algo, Francis... no te quedes callado.

Pensé que diría algún comentario conciliador, pero no, para mi asombro, Francis comenzó a tararear una canción...

“Hay una cosa que yo no te he dicho aún, en mis problemas sabes que se llaman tú, sólo por eso tú me ves hacerme el duro, para sentirme un poquito más seguro...”

Y si no quieres ni decir en que he fallado, recuerda que también a ti te

he perdonado, y en cambio tú dices lo siento no te quiero y te me vas con esta historia entre los dedos...”

(Gianluca Grignani — 1995)

—Naaa, nanara, naaaa nanara, naaaa nanara... —lo vi caminar de regreso a la moto mientras seguía tarareando la canción y yo no paraba de llorar, él no podía hacerme eso, no ahora. Mi juventud entera se la di a él y ahora que sé por quien debo luchar, Francis me hace volver al pasado, a mis años de locura y obsesión; esa canción se la canté la última vez que estuvimos juntos, que me entregué en cuerpo a él y ahora la sacaba, ¡qué jugada más sucia!

—¡Francissss! —corrí para alcanzarlo y como no se detuvo salté a su espalda y me aferré a ella—. Perdóname por no ser quien quieres que sea, ya no soy esa Emilia rebelde de antes, esa que te seguía por cielo mar y tierra. Perdóname por no poder ser tu destino, pero te quiero, eres una de las personas a quien más quiero en esta tierra y eso será hasta el día que me muera, lo prometo. Por favor abrázame.

A veces creo que las mujeres lloramos por acto reflejo, es como nuestro método de convicción, un poder de persuasión, y claro, damos lastima en ese estado, pero sirve para convencer a casi cualquier persona de que nos perdonen. Esa noche, Francis estaba triste y esa lagrima acompañada de aquellas letras que tarareó en susurros fueron más convincentes que mis lágrimas y es que él es hombre, uno fuerte y con pinta de chico malo, pero luego de rogarle el perdón suavizó su gesto y me abrazó tan fuerte que odie el instante en que me dejó ir.

Esa noche me llevó al parque Juan XXIII, estaba ubicado en mi antiguo barrio donde viví cuando mis papás aún estaban juntos. Era tarde y obviamente estaba cerrado, pero no dudamos en saltar la reja y una vez dentro caminamos por esos senderos que seguían igual que hace 18 años atrás, donde Francis solía besarme a escondidas para poder tocarme más allá de lo permitido. Dios, los recuerdos estaban incrustados en mi memoria. Nos detuvimos en el centro de aquel parque, cerré los ojos y levanté los brazos, sentí esa libertad de antaño, y giré, giré y giré... por un instante volví a ser esa joven sin preocupaciones y reí, era feliz y él estaba a mi lado...

Unas gotas cayeron en mi rostro, abrí los ojos y volví a la realidad. La lluvia estaba dejándose caer justo cuando creí que mi vida solo era un sueño

y el pasado la realidad, pero lo vivido en el pasado no se puede vivir dos veces, aunque quedan los recuerdos y ésta noche agradecí que me trajera, porque aquí vivimos hermosos momentos. Así es como quiero recordarlo.

Corrimos hasta la moto riendo como unos adolescentes, la lluvia comenzaba a caer con más fuerza y las calles ya estaban cubiertas de agua. Había poco tráfico y llegamos rápido hasta mi edificio. Ambos estábamos empapados y yo no dejaba de tiritar. Lo invité a subir para que se secara y esperara que la lluvia amainara, pero no aceptó. Me dio un beso en la mejilla y caminó de espaldas hacia su moto sonriéndome, me decía con sus gestos que estábamos bien, pero ¿por qué eso no me convencía a mí? Francis se montó en su moto, me lanzó un beso antes de ponerse el casco e hizo rugir el motor logrando sacarme una sonrisa, luego de eso salió derrapando como siempre.

Mis manos introdujeron las llaves en la cerradura de la reja de mi edificio, pero un fuerte estruendo me hizo saltar logrando que mis llaves cayeran al suelo. Escuché unos gritos y todo mi cuerpo sufrió de escalofríos. Corrí calle arriba y mientras la lluvia se hacía más tupida y espesa, me iba acercando a una escena que solo vería en las películas. En el cruce se encontraban un camión de carga, un vehículo cuatro por cuatro y él, Francis... la noche tranquila en segundos se transformó en una noche negra y de histeria. Escuchaba los gritos de una mujer que se encontraba en el interior del vehículo, pero yo solo quería llegar a Francis que estaba en el suelo a unos cinco metros de la moto echa pedazos. El casco no estaba en su lugar y en mi desesperación me tiré a su lado y lo abracé, estaba medio inconsciente y lleno de sangre, su cabeza sangraba y su cuerpo no respondía.

—¡Francissssss! —le grité para supiera que estaba ahí, con él—, ¡Francissssssss! —volví a gritar, él no reaccionaba, se estaba yendo frente a mi... —¡Francissssssss, no te mueras, no por favorrrrr!

Un leve movimiento en sus parpados me hicieron reaccionar y le hablé para mantenerlo a mi lado, para que me escuchara. Sus ojos verdes se abrieron y su sonrisa nuevamente estaba ahí, estoy segura que no se daba cuenta qué le había pasado y me sonreía como antes de subirse a esa maldita

moto...

—Franciss... quédate conmigo, no cierres los ojos por favor, quédate conmigo...

Me acerqué a su boca para besarlo y al alejarme un poco dejó escapar un suspiro, un último suspiro, ya no había más aliento, se había ido, se había ido en mis brazos.

—Nooo, nooo, noooo... ¡Francissssssssssssssss! —grité su nombre en medio de este caos.

No supe cuando llegaron los paramédicos, las ambulancias, la policía... yo sólo lo abrazaba llorando, gritando su nombre, aferrada a su cuerpo inerte, empapada por la lluvia que no nos daba tregua y luché porque no me alejaran de él, pero ellos me atraparon, eran fuertes y brutos. Yo corrí apenas pude zafarme y subí en la ambulancia que lo llevó a la clínica, pero ya no había nada más que hacer. Los paramédicos trataron de revivirlo con golpes de electroshok, hicieron lo que pudieron, pero yo había recibido su último aliento en mis labios, en ese momento se abandonó a su cuerpo y no volvería porque ya no tenía por quien luchar, y sentí que se llevaba un pedacito de mí con él. Mi vida nunca estaría completa desde ahora porque en mi corazón su nombre seguiría hurgando como la espina que se clava sin ser vista, esa que mantendrá vivo el recuerdo de alguien a quien amaste aunque ya no fuese tu destino. Ahora puedo estar segura que yo sí era el suyo, porque me lo dijo y le creí, lo que el destino no le dijo fue que él no era el mío y ahora vino por él, y me lo arrebató.

No puedo creer que te hayas ido.

No puedo entenderlo, hace dos horas estábamos en aquel parque reviviendo los recuerdos y ahora ya no estás.

¿Por qué no subiste a mi departamento?

¿Por qué no insistí?

Francis... ¡¿por qué te fuiste?!

Mientras esperaba en la sala de urgencias una chica se sentó a mi lado, estaba con su teléfono y los audífonos puestos, ella me miró y debo haber tenido una cara de mierda porque de seguro solo daba pena. Ella me pasó uno de sus audífonos, imagino quería tratar de alegrarme un poco y yo sin decir nada lo acepté. La música que sonaba era conocida... escuché un poco y supe

que era *Andrés de León* , la canción se llamaba “ *Como empezar de nuevo .*” Cerré los ojos y escuché atenta cada frase...

*“ Si tú te vas, no puedo respirar, me faltan tus besos... Si tu te vas no quiero un día más, vivir de recuerdos... Si tú te vas, no puedo respirar, me faltan tus besos... Si tu te vas no quiero un día más, vivir de recuerdos... como quisiera regresar el tiempo atrás... como quisiera regresar el tiempo atrás... como quisiera regresar el tiempo atrás y en tus brazos volver a empezar...”*

Lejos de animarme me hizo volver atrás, al momento en que corrí y lo vi ahí tirado sobre el cemento, vulnerable y mustio. Me quité el audífono y corrí para salir de aquella clínica. No había que esperar nada, él ya estaba muerto. Ya casi amanecía y tomé un taxi que me llevó hasta la casa de Tobías, bajé de aquel auto y sin pensar corrí hasta su puerta y golpee con mis manos cerradas una y otra vez sin detenerme hasta que se abrió, gracias a Dios quien abrió fue el mismo Tobías y lo abracé como nunca. Afuera ya no llovía, pero mis ropas seguían húmedas y él supo que algo andaba mal. Pero no logré hablar, al menos no hasta que dejé de llorar.

—Francis —dije su nombre y Tobías se tensó por completo—. Se ha ido... frente a mi, se ha ido...

—Mili, calma, explícate mejor que no te estoy entendiendo...

—Murió, Francis murió, choco en la moto, había lluvia y sangre, mucha sangre y se fue, Tobías, él se fue —Ahí fue cuando comencé nuevamente a llorar. Vi a su madre que nos miraba en las escaleras y aunque no lo crean, después de un largo rato me trajo un té para tratar de ayudar en algo.

Tobías me llevó a su cuarto y me acomodó en su cama, se tiró a mi lado y me ayudó a dormir, al menos hasta que llegó la mañana.

Un funeral siempre es la culminación o despedida de la muerte. Supongo que debe ser porque es el lugar donde se despide al ser querido.

La madre de Francis decidió enterrarlo en el Cementerio General donde estaba toda su familia. Yo me acerqué a ella al día siguiente del accidente para darle el pésame, pero no he querido involucrarme mucho más. Tobías me acompañó en todo este proceso y se lo agradezco porque sola estaría aún tirada en mi cama sin fuerzas para levantarme. Este día en el cementerio vino mucha gente que lo conocía y quería, Sandra entre ellos quien se me acercó y dio un abrazo maternal llenándome de fuerzas. La mayoría de los allí presentes tuvieron palabras para él como una persona afable, animosa, amigo de sus amigos y muy profesional. Alma libre y conquistador. Todo eso era cierto, pero se les olvidó decir que tenía un corazón como nadie y que estuvo a mi lado cuando más lo necesité, fue mucho más que un amigo y seguro el destino sabía lo que valía, por eso vino por él, para liberarlo de su maldita vida aferrado a una loca mujer que no dejaba de atormentarlo, ahora él era libre, libre, como siempre le gustó vivir, libre...

Casi no quedaba gente en el cementerio, sólo los más cercanos y a lo lejos una mujer me miraba atenta, era Paulina. Estaba vestida completamente de negro, con un vestido ceñido, un sombrero de ala ancha con encaje cubriendo su rostro, y unos lentes grandes y oscuros que se quitó para mirarme a los ojos, levantó su cabeza para demostrar superioridad intimidante y lo fue, me intimidó su mirada, parecía un bruja que esperaba atacar, esa mujer sí me daba miedo.

—Mili —Tobías me habló distrayéndome un poco y gracias a Dios, porque en cualquier momento esa mujer me hipnotizaba para lograr que me lance a las vías del tren—. Mili, es hora de irnos...

—Sí, sí, vamos... deja ir a despedirme —me acerque a la madre de Francis y luego a Sandra, me despedí de alguno de sus familiares y traté de

no mirar a Paulina, aunque eso fue imposible, ya que ella me llamaba con su mente y antes de volver con Tobías la vi por una última vez.

Ruego no volver a topármela en la vida.

Dos días después del funeral de Francis le dieron el alta al papá de Tobías. Yo misma me ofrecí para traerlo a casa y su madre me dio las primeras gracias. Las cosas al parecer estaban mejorando con ella y yo estaba poniendo de mi parte para que eso sucediera. Su papá resulto ser un sol; un hombre alegre y cariñoso que me dio la bendición enseguida. Los dejé en su casa y apenas escuché que los hijos de Tobías venían en camino junto a Cristina, anuncié mi retirada. Le dije a Tobías que había quedado con Vicky en su casa, era mentira, Tobías se dio cuenta, pero no dijo nada, sabía que no quería toparme con su ex y que aún no estaba preparada para conocer a sus hijos.

Sin más rodeos salí de su casa y me monte en mi Giulietta, conduje por largo rato sin pensar y cuando me detuve vi que había llegado hasta el puente de los candados, lugar que desde ahora significaba mucho para mí. Caminé hasta llegar a la cima y cerré los ojos para lograr sentirlo... un rugido llegó a mis oídos, busqué su moto, pero no la vi, volví a cerrar los ojos entendiendo que estaba siendo una tonta, pero lo percibí, era su olor, estaba pegado a mi espalda, podía sentir que me abrazaba y esta vez no quise abrir los ojos, si lo hacía toda sensación desaparecería y necesitaba un poco más de él...

—Perdóname, Francis... perdóname por no ser tu destino, pero sí lo fuiste en algún momento, fuiste mucho más que eso, fuiste el amor de mi vida, mi primer amor, ese que nunca, nunca se olvida y siempre estarás en mi corazón.

Estando ahí en la quietud de aquel puente, me vi parada, pero no sola, él me sostenía con su presencia, lo sé porque el aroma era inconfundible y un suave suspiro en mi oído fue su despedida. Pero estuvo conmigo. De mis ojos ya no caían lágrimas, me sentía en paz y ahora estaba preparada para seguir.

No fui a casa de Vicky esa tarde, mi amiga estaba algo sensible y yo no era muy buena compañía, más bien volví a mi departamento y me metí en la cama. Necesitaba dormir, creo que lo hice hasta el día siguiente y cuando desperté el olor a comida inundó mis fosas nasales. Me desperecé para salir al salón y me encontré a Tobías, mi hermoso Tobías preparaba algo de comer,

se movía como si ésta fuera su cocina y al notar mi presencia me miró sonriente. Yo, me lancé sobre él, aquella era la mejor manera de despertar en muchos años y aunque mis ojos volvían a inundarse de lágrimas, esta vez eran de alegría y sobre todo de amor.

—Buenos días dormilona, tu príncipe vino para alimentarte como te lo mereces.

—Te amo, Tobías —fue lo primero que mis labios pronunciaron—. Te amo y no quiero separarme nunca más de ti. Hoy mismo me mudaré a la casa de mi Abue para estar lo más cerca posible de ti, y te prometo que haré todo por caerle bien a tus hijos, los conoceré cuando tú me digas, pero ya no quiero estar lejos de ti, te amo y te necesito en mi vida a tiempo completo.

—Me parece que debo cocinarte más seguido —su respuesta me hizo reír y no podía estar más de acuerdo.

—Tu cocinas y yo lavo, pero ahora que te parece si vamos directo al postre. —Tobías no dudo en tomarme en sus brazos y luego de besarme me llevó al cuarto donde hicimos el amor, con calma, con pasión y sobre todo libres...

Mi amiga Vicky llevaba diez horas de parto, la bebé se le había adelantado y con 38 semanas ya estaba lista para salir y conocer este mundo. Teo era el hombre ideal, le traía todo lo que pedía o lo que le dejaban entrar a la sala de pre parto, yo no la dejé ni a sol ni a sombra y cuando ya creíamos que la pasarían a la sala de operaciones para una cesarí, milagrosamente mi amiga comenzó a dilatar. De 4 pasó a 6 y en menos de una hora ya estaba en 10, lista para la sala de parto y quiso que ambos nos quedáramos para ver nacer a su pequeña, a mi nueva ahijada.

Fue algo increíble, Vicky pujaba como una profesional, Teo comenzó a sudar como un loco y yo me posicioné al lado del médico para grabar todo el parto. Era de película, en mi vida había visto uno tan de cerca y cuando su cabecita hizo la primera aparición le hice señas al nuevo papá para que la viera nacer. Teo la miró y de manera instantánea sufrió un desmayo, lo valiente se le fue al suelo junto con su orgullo y yo muerta de risa grabé todo para que luego los dos papás vieran como llegaba su nenita a este mundo. Mi amiga pujó con todas sus fuerzas y yo le gritaba que quedaba poco... — ¡Puja, Vicky, puja... ya salió la cabecita, está saliendo, puja amiga! Yo no sé si mis vítores servían de algo, pero luego de eso bastaron sólo dos pujes más para que la bebé naciera y mi amiga llorara de la emoción.

—Lo lograste, Vicky, ya eres una mamá, una muy obsesiva y seguro aprensiva nueva mamá —ambas nos reímos y aproveché de grabarnos a las dos con esa cara horrible que obvio después nos avergonzaría ver, pero valía la pena, porque a fin de cuentas estuvimos juntas y eso era mucho más importante. En cuanto la bebé comenzó a llorar, Vicky se puso en alerta y una de las enfermeras le indicó que se la pondría en el pecho para que la conociera. Apenas le habían limpiado y envuelto en una manta, y al sentir a su madre y como por acto de magia dejó de llorar. Y es que ese sería su nuevo lugar seguro, y fue oficialmente el momento más hermoso e íntimo que hayamos vivido hasta hoy. Lastima que Teo se perdiera todo eso, pero

siempre podría revisar el video que nunca dejé de grabar.

Hace dos meses que cumplí mi promesa y como le dije a Tobías me vine a vivir a la casa de mi Abue. Mi gato Abu desapareció el día que comencé a empacar mis cosas, en un principio culpe a Tobías de su desaparición, pero me juró cruz para el cielo que no le había echo nada. Lo busqué por todos lados, dentro y fuera del departamento, en las escaleras de arriba y abajo, pregunté a mis vecinas y nadie lo había visto, simplemente desapareció. La mudanza la hicimos un sábado por la mañana y por la noche Tobías me tenía sentada a la mesa de su casa aceptando una cena de bienvenida. Me parece que su mamá no estaba muy emocionada, pero al menos disimuló bien su poco cariño hacia mi. Su hermano, su padre y cuñada fueron tan amables que me olvidé que allí era casi una extraña y me hicieron sentir parte de ellos. Al terminar la cena, el postre y posterior sobre mesa me sentí agotada y me levante para retirarme a descasar. Tobías enseguida hizo lo mismo y antes que pudiera decir algo fue él quien anunciaba que “nos íbamos a casa.” Yo lo miré y me sonroje al escucharlo hablar así delante de su familia, Tobías se iba conmigo a casa... “¿nuestra casa?”

Nuestra casa...

¡Diossss, se iba conmigo a nuestra casa!

La semana siguiente no pude evadir más lo inevitable y sí, conocí a la pequeña Fran y al ya jovencito Valentín. Lo hice en casa de los padres de Tobías para no descolocarlos demasiado, pese a que Tobías estaba feliz viviendo conmigo. Al principio fue raro, algo incómodo, pero luego, cuando les dije que vivía en la casa de al lado y que además teníamos un sótano creo que me convertí en su amiga. Desde ese día el sótano se transformó en su guarida y dejó de ser la mía.

Y hoy, después de estos dos meses puedo decir que la vida me sonrío, aunque debo reconocer que estoy esperando al cumpleaños de Tobías para darle una sorpresa, desde ahora ya no seremos dos, ni cuatro, más bien seremos 3 o mejor dicho 5 o eso espero...

Después del nacimiento de mi ahijada comencé a sentir mareos y cansancio, aún no me venían los síntomas de la última vez, pero recordé las palabras de Francis como si me las hubiese dicho ayer: “Las mujeres saben

esas cosas.” Fue fácil, sume uno más uno y partí a la farmacia por un, miento, por tres test de embarazo, necesitaba asegurarme por si alguno se equivocaba, pero todos y cada uno dieron positivo. Me alegró saber que dentro de mí nuevamente se engendraría vida, pero no sé que dirá el papá, supongo que estará todo bien y no saldrá corriendo con la noticia.

# Epílogo

*Diez meses después...*

T enerte en mis brazos es algo hermoso, vas a tener una vida llena de amor. Tu papá dice que fuiste concebido con amor y eso es muy cierto, pero ahí también hubo mucha pasión y locura, pero de la buena. Quiero que sepas que tienes dos hermanos que ya te quieren mucho, Francisca y Valentín, ya verás que te cuidarán y defenderán siempre. Además de una mejor amiga que deberás cuidar con tu vida, ella es Alicia, es la hija de la mejor amiga de tu mamá. No espero que ustedes dos se enamoren y se casen, pero sí que se quieran mucho...

—¿Cómo estás, preciosa? ¿Qué son esas cosas que le dices a Matías? Te mira como hipnotizado.

—Sólo le cuento de su familia.

—De nuestra familia querrás decir, te recuerdo que llevas un anillo en tu dedo que lo confirma. Ahora eres mi mujer, mi esposa, mi familia...

—¡Tobías... me vas a hacer llorar!

—Pero ¿por qué? No te gusta ser mi mujer... no me digas que ya estás arrepentida, porque eso de las ataduras ya no me asustan..

—Si lloro es de alegría, no de miedo, además con este puntito en nuestras vidas jamás saldría corriendo.

—Gracias por llenar mi vida, preciosa, te amo para siempre...

—Querrás decir: te amaré para siempre.

—No, quiero decir, que te amo hoy, mañana y siempre, pero te amo desde mucho antes, te amo desde siempre.

Las lágrimas derramadas esa tarde, no fueron las últimas de mi vida junto a Tobías, pero fueron muy especiales, pues nadie más que nosotros dos supo cuanto amor existió desde el principio, un amor adolescente y puro, un amor oculto y clandestino, un amor real y verdadero y sobre todo un amor que puede romper con los paradigmas de lo correcto, un amor sin condición, simplemente amor...

**Fin**

#Másqueamigos #Parte2 #Mili #UnNuevoComienzo

## Primer día de clases y yo entraba a primero medio, ya era grande, según yo...

T e vi parado a pasos del escenario ubicado al centro del patio del colegio. Ese día me enamoré a primera vista, no sabía quién eras ni tu nombre, pero en ese mismísimo instante supe que eras para mí.

\*\*\*

¿Sabes que fuiste mi primer amor?

Uno inolvidable.

Vine hoy a decírtelo, vine hoy a recordar...

\*\*\*

El primer mes de clases, ya había averiguado tu nombre, Francis, un nombre bastante peculiar, lindo pensé, y me paseaba frente a ti todo el tiempo. Sabía que me mirabas y sonreías, ya te tenía...

— Deberías dejar de seguirme... apenas eres una chiquilla.

— Puede ser, pero te gusto.

Apenas hablamos dos frases la primera vez y eso nos bastó para lo que vino después.

\*\*\*

Nunca olvidaré cuanto me costó atraparte. Eras tan lindo, que todas las mujeres del colegio te miraban. Estoy segura que más de alguna cayó en tus encantos, pero tu último año de estudio en el colegio fue el inicio de lo

nuestro...

\*\*\*

— Vamos, quiero mostrarte un lugar.

Esa tarde me llevaste a conocer el local de José, ahí fue donde comenzaste a dar tus primeros pasos en eso del arte de los tatuajes. Ese día fue especial...

— Así que aquí es donde te pasas la tarde — dije saliendo del local de tatuajes.

— Así es, es muy apasionante, estoy seguro que es a esto a lo que me quiero dedicar en el futuro. — Él hablaba muy en serio y yo no lo dudaba.

— Entonces no vas a estudiar nada — lo dije en tono de afirmación.

— Sí, voy a investigar todo lo que deba saber para ser el mejor tatuador del mundo.

— Francis, estoy segura que lo serás. — Lo miré coqueta y le sonreí. Caminé hasta la vereda y antes de dar otro paso, una mano tomó la mía haciendo que detuviese mis pasos. Francis se acercó hasta mi, muy cerca, tomo mi rostro con sus manos, unas muy fuertes y de inmediato mis labios y todo lo que sigue de mi cuerpo tembló como una gelatina. Esta era la primera vez que se acercaba así. Sus ojos verdes se quedaron fijos en los míos, hasta ese instante en que sus labios tocaron los míos. Cerré mis ojos y disfrute de ese beso, de sus manos en mi rostro, en como rosaba mi cuello con sus largos dedos, y su olor... ¡Ayyyyy cómo olíaaaaaa!

\*\*\*

Gracias por regalarme tu atención. Yo apenas era una niña detrás de un chico malo, que en el fondo terminó siendo el más bueno de todos...

\*\*\*

— Pequeña, no te pongas así, los celos harán que te pongas vieja antes de tiempo.

— La culpa es tuya, mucha sonrisita no es necesario, con un “de nada” bastaría, ¿no crees?

— Pero, Emi, debo serlo, ellas son clientas del local y si me dejan usar su piel como lienzo para mi arte, debo agradecerse.

— Pero no tan coqueto... — Los celos me estaban jugando una mala pasada. Cada vez que él atendía a mujeres guapas les coqueteaba y eso no era justo para mi.

— Emi, tu eres mi única persona especial, no dudes nunca de eso — me lo dijo riendo, como si mi reacción fuera un juego de niñas, pero no, era serio y mucho.

— ¡Uyyyyyyyy! ¡Las odios! — y me fui de allí dejándolo solo con su risita.

Llevábamos seis meses juntos y yo ya mostraba serios signos de novia celopata. Claro que había un gran detalle y es que NO éramos NOVIOS.

\*\*\*

Libre, siempre supe que eras un hombre libre.

\*\*\*

— Entonces, ¿No irás a tu fiesta de final de año?

— No, ¿por qué querría ir? — respondió ofuscado mientras caminaba por todo el cuarto buscando con qué encender el cigarrillo que colgaba de sus labios.

— Es una tradición, yo quiero ir contigo. — En realidad era un ritual y si él me llevaba era como formalizar de una vez la relación que teníamos, una “ESPECIAL”, según él.

— No me interesa.

— Pero... ¡Francissss! ¿Y tus amigos?

— Da igual si ellos van, yo no iré y punto.

— Ok, ok, tú ganas.

— No se trata de ganar, Emi, se trata de ser consecuente y yo no soy de

rituales como ese, además hoy tengo otras cosas que hacer.

— ¿Qué cosa?

— Cosas mías...

— Tus cosas también son las mías.

— No, no lo son, además esta noche iré al bar que me comentó Paco.

— ¿Irás solo?...

— Sí, solo, ese no es un lugar para ti.

— Soy tu... Francis, nosotros somos...

— Ya te dije Emi, las ataduras no son lo mío. Nosotros estamos bien así, pero no te llevaré a ese antro, fin de la discusión.

\*\*\*

Ese día me di cuenta que te estabas alejando de mí. El año escolar había llegado a su fin y lo nuestro decaía sin que yo pudiese remediarlo.

\*\*\*

## La noche de año nuevo

— ¿Cuándo partirás?

— Mañana.

— ¿Mañana? Y me lo dices recién hoy...

— Pequeña, solo me iré dos semanas a Río de Janeiro, debo hacerlo, es una convención de arte donde estarán los mejores tatuadores de América.

Un largo suspiró salió de mi cuerpo.

— Francis, eso lo entiendo, pero ¿por qué me lo dices recién esta noche?

— Porque surgió repentinamente, además ya sabes como soy, no planeo tanto las cosas.

— Lo sé, lo sé... odio que seas así.

— Eso no es verdad, te encanta que sea así, espontáneo — caminó

hacia mí, como hacía días no lo hacía. Me besó intensamente mientras sus manos hacían un recorrido por mi cuerpo y yo de inmediato sentí un cosquilleo.

— Francis — dije alerta a sus caricias que más que caricias eran toques de deseo.

— Emi, déjame demostrarte que eres mi pequeña, mi persona especial. Detesto que dudes eso...

— No quiero que te vayas... — hablé casi en susurros y jadeos mientras quitaba mi blusa, y yo entre lágrimas me dejé hacer, lo necesitaba, quería que eso pasara, demostrarle que era suya, rogarle que no se fuera, aún sabiendo que lo haría.

— Siénteme, pequeña, sabes que te quiero, siempre lo haré...

\*\*\*

Esa fue mi primera vez, nuestra primera vez juntos y yo apenas tenía 15 años. La noche de año nuevo, mientras todos celebraban la llegada de un nuevo año, yo me entregaba al hombre que se robaba mi inocencia, mi niñez y mi sensatez. Esa noche algo cambió en mí, esa noche, Emilia se convirtió en la chica rebelde que vino después.

Tú fuiste el culpable de ese cambio, pero no me arrepentiré nunca...

\*\*\*

— Un viaje tras otro, así es tu vida ahora... — yo sabía que todo había cambiado, pero aún así me negaba a admitir que todo estaba terminando.

— Emi, ya sabes que son importantes, ¿para que vienes a hacer escándalos?, me conoces bien como para pensar que no iré.

— Dos años y medio te conozco, pero creo que cada día te alejas de lo que eras, me estás cansando...

— Pequeña, si eso tanto te molesta, deberías dejar todo. — ¿Francis me estaba dejando?

— ¡Francis! ¡Ni siquiera puedo terminar esto que tengo contigo! No somos nada más que amigos especiales. ¡Te odio, Francis! ¡Te odio!

Me fui corriendo del estudio donde trabajaba junto a Paco. Esa noche estaba tan enojada que fui hasta el bar que ellos solían visitar. Bebí tanto que me desmaye fuera del baño y como un milagro desperté en su casa. Francis me encontró no sé a que hora, pero si no hubiese sido por él quizás que hubiese sido de mi.

Los meses avanzaron lentos, yo seguía yendo a las fiestas que él asistía, me llenaba de alcohol, drogas y desenfreno. Solía verlo desde lejos y lloraba de rabia cuando alguna perra se acercaba a besar esa boca que era mía. Me volvía loca y bebía hasta perder la razón logrando llamar su atención.

\*\*\*

Cuando decía que te odiaba, no era cierto. Lo que odiaba era no ser quien tú necesitabas. Yo solo quería ser esa persona a tu lado para siempre.

Odie tu habilidad, esa que te alejó de mi.

Odie a cada mujer que se acercó a ti.

Y me odie a mi misma por ser débil, porque si me lo pedías, por ti daba la vida.

Pero no te odiaba, te amaba...

\*\*\*

A finales de ese año, supe que iría a pasar el verano con mi abuela Roberta. Mis papás estaban separados desde hacía rato, pero ese verano decidieron vender la casa y mi mamá decidió que lo mejor era que me fuera a pasar los días con mi Abue.

«Para variar yo no tenía ni voz ni voto.»

\*\*\*

Ahí comenzó un verano especial para mí. Fue un cambio completo en mi vida. Ese verano del 97' conocí a Tobías, un chico lindo y tierno. Él me ayudo a dejarte ir y me conquistó simplemente por ser diferente a ti. Y aunque me di cuenta que él sería importante, siempre supe que estarías en mi

corazón por siempre.

Tobías me hizo creer que el amor y la amistad eran posible, y aunque nos separámos, el destino sabía que llegaría nuestro momento, tú también lo viste, lo sé.

Nunca te olvidaré, siempre serás mi primer amor, uno intenso y lleno de primeras veces.

Gracias por haber estado en mi vida, por existir y por ser tú.

Tal vez no vendré todos los años a verte, pero te recordaré todos los días de mi vida.

Soy feliz, te lo cuento por si te lo estabas preguntando, y sí, lo soy. Tengo a mi lado un hombre que me ama y también a mi pequeño Matías, estoy segura que te hubiese conquistado con su mirada, con su sonrisa pegajosa, además se parece a mí o eso dicen...

La vida me sonrío, por ahora y la estoy disfrutando a cada segundo, por si eso cambia, espero que no.

A un año de haberme dejado, vengo a decirte adiós mi querido Francis, gracias por quererme, siempre...

**Emilia.**

¡GRACIAS!

A mi Seba, gracias por ser mi cómplice, por vivir las historias a mi lado, y por ser el hombre más paciente del mundo. Te Amo, mucho, muchito.

Catalina Salvo, ella es quien le da vida a todas las portadas de mis libros. Eres la mejor y sé que disfrutas trabajando en ellas. Esta vez no podía ser de otra manera, te amo hasta el infinituuuuuuuu.

A mis papás que los Amo.

Esta vez le diré a mi amiga Majo: Te quiero amiga, ahora tienes en tus manos el final, aunque sé que me odiarás un poquito.

Quiero agradecer a cada persona que leyo esta historia, gracias por la espera y por la paciencia, no fue fácil decidir el destino de sus personajes, pero lo hice con mi corazón.

A las viudas, deben saber que las adoro a todas y cada una, son mis amigas y lectoras, aunque me odien un poquito por este final. Carito Bustos, Mariela Espinoza, Nicole Contreras, Dammy Pardo, y la infiltrada Kathy Pérez ;)

Ahora solo diré...

*“Siento, que no te he dejado de pensar, desde ese momento....que contigo estaría bien, que tus ojos son perfectos y... pienso que ya es hora de empezar algo en serio, y creo que, nada me impide decirte que estaría bien, besarnos una vez y otra vez... hacer el amor por siempre una y otra vez, tocarnos una vez y otra vez, sentir tu piel junto a la mía una vez y otra vez y otra vez..... uhhuhhh...”*

“Una y otra vez” - Manuel Medrano